

STAR WARS

THE

MANDALORIAN

LA NOVELA

¡INCLUYE
FOTOGRAFÍAS!



se

Tras la caída del Imperio, y antes del surgimiento de la Primera Orden, un cazarrecompensas solitario conocido como el Mandaloriano viaja por el borde exterior de la galaxia. Cuando descubre que su nuevo objetivo es un bebé, el Mandaloriano decide proteger al Niño a toda costa.



Joe Schreiber

The Mandalorian

La novela

Nuevo Canon - 6.15

ePub r1.1

Titivillus 22.04.2022

Título original: *The Mandalorian*
Joe Schreiber, 2021
Traducción: Gloria Estela Padilla Sierra

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Hace mucho tiempo, en una galaxia muy, muy lejana...

CAPÍTULO



—ESTA ES MI RECOMPENSA MEJOR valuada —aseguró Greef Karga.

Desde su lado de la mesa, el mandaloriano le devolvió la mirada. Nunca quedaba claro si Karga decía la verdad completa. En su papel como agente local del Sindicato de Cazarrecompensas, esparcía verdades a medias, rumores y mentiras descaradas, de la misma forma que utilizaba los créditos imperiales y los pucks de recompensa: como herramientas para mantener un equilibrio incómodo y siempre cambiante entre los cazadores con los que trabajaba y los individuos sospechosos a los que servía. No era nada personal, solo negocios.

—Enséñame el puck —exigió Mando, refiriéndose al pequeño dispositivo holográfico que contenía información sobre la presa.

—Sin puck. Cara a cara. —Karga hizo una pausa—. Comisión directa. Es un pago considerable.

El mandaloriano no estaba sorprendido. A menudo, los trabajos más redituables llegaban con la menor cantidad de información, casi siempre para protección del cliente, que no quería que sus asuntos se volvieran públicos.

—¿Es ilegal?

—Lo único que sé es que no existe código de cadena —contestó el otro sin preocuparse por ocultar su impaciencia—. ¿Quieres el vale o no?

El mandaloriano lo tomó. En realidad, nunca lo había dudado. Incluso para un cazador experimentado como él, cuya reputación le precedía, las opciones eran pocas desde los mundos del Núcleo hasta el Borde Exterior. Luego de la caída del Imperio, la galaxia parecía haber perdido el rumbo. Había poca estabilidad económica o ley, y si la promesa de paz y prosperidad de la Nueva República llegara a consumarse, tardaría en arribar a un planeta lejano como Nevarro. Ahora, en estas calles y en otras mil parecidas, los contrabandistas y ladrones, los caciques y rufianes locales, conducían sus negocios entre las sombras y, a veces, a plena luz del día. Era cada vez más frecuente que la delincuencia floreciera, pero, para los cazarrecompensas, los criminales mismos valían cada vez menos.

Mientras avanzaba por los callejones en camino a conocer a su nuevo cliente, Mando pensó en el futuro inmediato: su nueva tarea y la siguiente, y la que vendría después. Incontables rostros y planetas olvidados, cuyos nombres se reducían a los créditos pagados y debidos. Esos objetivos formaban una cadena en sí misma, un

interminable caudal de presas que se extendían hacia un futuro incierto. El sindicato esperaba que los cazadores trajeran sus presas sin hacer preguntas, y olvidarse de ellas con la mayor rapidez posible era parte de la profesión, lo cual, para el mandaloriano, era más que adecuado. Ya tenía muchas cosas que no podía olvidar.

El rugido de las explosiones, los rostros aterrorizados de sus padres, brillantes por el sudor, mientras corrían con él por las calles y todo su mundo se caía a pedazos detrás de ellos en la Gran Purga. Todo era aún vívido y estremecedor. Y más allá de todo eso, estaba el código.

En algún punto entre la oscuridad del pasado y la vaga confusión del futuro, la ruta misma seguía siendo clara. A donde quiera que fuera, las habilidades y fortaleza de los mandalorianos le proporcionaban una vía, un destino siempre eterno.

El camino así era.

CAPÍTULO



—GREF KARGA DIJO que vendrías.

Mando se paró frente al cliente y dejó que el silencio los envolviera. Para ser una supuesta casa de seguridad, la habitación no se sentía así. Al entrar, lo rodearon cuatro stormtroopers, iban vestidos con sus armaduras polvosas y llenas de cicatrices de batalla, y con blásteres en la mano. Al igual que el Imperio al que sirvieron alguna vez, los troopers fueron despojados de su autoridad oficial, pero no de su aspecto amenazante. Ahora trabajaban, peleaban y mataban en nombre del mejor postor.

—¿Qué más dijo Karga? —preguntó Mando.

—Que eras el mejor en el pársec. —Su expresión no cambió. Era un hombre de unos setenta y tantos años, con cabello blanco y un acento que Mando no podía ubicar, pero su porte distinguido sugería una otrora vida como oficial imperial de alto rango—. También dijo que cobras mucho.

No era una pregunta y Mando no se molestó en responder. Se escuchó un tintineo amortiguado mientras observaba que el anciano desenvolvía la suave tela negra sobre la mesa frente a él, y revelaba una placa rectangular y plana de metal que yacía en medio de un forro rojo. A sus espaldas, notó cómo los troopers se inclinaban para ver el objeto de cerca. Ni siquiera ellos podían ocultar su interés en un tesoro como este. El mandaloriano supo su nombre de inmediato.

—¿Beskar?

—Esto es apenas el pago inicial —apuntó el cliente—. El resto te estará esperando cuando entregues al activo.

—Vivo —añadió el hombre ansioso con anteojos que estaba parado al lado. El cliente lo había presentado como el Doctor Pershing, y la entrada agitada del sujeto hacía un momento casi provocó que Mando le disparara antes de que el cliente le pidiera que guardara su bláster.

—La evidencia de haberlo eliminado también es aceptable, pero por un pago menor —agregó el cliente, sin preocuparse por reconocer las objeciones titubeantes de Pershing—. Solo soy pragmático, la cacería de recompensas es un negocio incierto. —El anciano esperó para permitir que captara el significado de sus palabras—. El beskar merece regresar a un mandaloriano y es bueno restaurar el orden natural de las cosas después de un periodo de tal desorden. —Levantó la mirada—. ¿No lo crees?

* * *

Estuviera de acuerdo o no, el trabajo era suyo y el beskar también. El cliente le proporcionó el fob rastreador y la última ubicación conocida de su presa. La cacería le aguardaba, pero primero tenía que hacer una última parada.

Atravesó el umbral oculto y bajó por los escalones hacia la frescura y familiaridad de las sombras que le esperaban. La fundidora de la armera estaba en la base de un tramo de escaleras que bajaba a las profundidades, escondida de las miradas de los enemigos que habían llevado a su secta a ocultarse bajo la superficie. Era un lugar secreto cuya ubicación estaba cuidadosamente protegida. Aquí, entre la penumbra, el círculo constante de llamas azules ardía de manera resplandeciente, y el tintineo del martillo de la armera proporcionaba una especie de latido propio a la oscuridad.

La armera y él intercambiaron un movimiento de cabeza como saludo, y cuando Mando le entregó el beskar, ella no respondió de inmediato.

—Esto lo recolectaron en la Gran Purga, es bueno que haya regresado con la tribu —señaló. Luego, miró al mandaloriano—. Sería conveniente una hombrera. ¿Ya se reveló tu sello?

—No.

—Pronto. —Mientras la mujer fundía el beskar en el crisol y el metal derretido corría por una serie de depresiones hasta llenar el molde, su voz se volvió un poco más amable—. Esto es muy generoso, los sobrantes patrocinarán a muchos huérfanos.

—Eso es bueno —afirmó Mando—. Alguna vez yo lo fui.

—Lo sé —respondió la armera, y no hubo nada más que añadir a la conversación. En poco tiempo, el mandaloriano ya estaba en camino.

CAPÍTULO



EL RAZOR CREST ERA SU HOGAR.

Aunque otros podrían mirar la cañonera y ver un simple medio de transporte o escape, el mandaloriano sabía que el *Crest* era su refugio y protección, casi como una extensión de la armadura y casco que lo protegían. Mientras programaba la computadora de navegación con las coordenadas que le había dado el cliente, sintió cómo el rugido familiar del encendido de los propulsores tomaba más fuerza y atravesaba hasta lo más profundo de la estructura de la nave al momento de separarse del puerto espacial y, con una leve inclinación, salía volando al espacio.

En muchos sentidos, la persecución de su presa siempre era igual. Solo era cuestión de tiempo para que regresara a Nevarro con el botín a cuestas para obtener lo que se le debía, y todo el proceso comenzaría de nuevo.

Sin embargo, en esta ocasión se sentía diferente. Tal vez era por haber visto el beskar y sentir su peso en las manos, y por la predicción de la armera de que su sello se revelaría pronto.

La nave voló por un rato, trazando un arco por el espacio, hasta que un faro de proximidad empezó a pulsar en la consola frente a él. Sus sentidos se aguzaron cuando se inclinó para encender de nuevo el modo manual en la navegación. Arvala-7 era el nombre de ese planeta, cuyo paisaje rocoso se extendía ante él con sus cimas áridas y escarpadas, mientras reducía la altitud y empezaba su descenso inicial.

El desierto se elevó poco a poco a su encuentro y luego lo hizo de manera repentina. El mandaloriano extendió el tren de aterrizaje y posó la nave sobre un cañón plano rodeado de colinas de color café rojizo, para luego bajar y caminar por la rampa de abordaje y explorar con la mirada el terreno, mientras el fob rastreador parpadeaba en su mano. Luego de pasar horas dentro de la nave, se sentía bien estar de pie sobre un terreno sólido, aunque la tierra misma se sintiera pantanosa y suave bajo sus botas.

Levantó el rifle para activar la mirilla y se tomó su tiempo para explorar el enorme paisaje abierto, siguiendo la línea del horizonte hasta que localizó un par de criaturas rechonchas de dos patas que deambulaban por la planicie. Esas cosas eran feas de manera casi absurda, con un lomo redondo, y cabezas planas y achacadas como peces primitivos, además de hocicos llenos de dientes que parecían capaces de triturar con facilidad cualquier cosa que atraparan. Sin duda, de cerca parecían

peligrosas, aunque el mandaloriano estaba decidido a mantener su distancia. Por el momento solo veía un par de ellas. La tercera estaba parada justo frente a él.

* * *

La criatura lo atacó con un bramido iracundo. Mando gritó cuando el animal cerró la quijada alrededor de su brazo y lo elevó para luego lanzarlo al suelo. Cuando logró liberarse y dispararle con su lanzallamas, la bestia lanzó un chillido y lo soltó apenas el tiempo suficiente para que se diera cuenta de que solo había logrado enfurecerla. En unos instantes llegó otra criatura igual y con seguridad lo habría rematado de no ser por el dardo tranquilizante que de pronto la hizo caer.

Levantó la vista y vio que otra de las criaturas se inclinaba con pesadez al frente. A diferencia del resto, esta llevaba un jinete, un ugnaught con visores y casco de piloto que no pareció sorprendido de encontrar a un mandaloriano tirado en el suelo con la pierna atrapada debajo de una de las bestias. Mando asintió hacia los dardos tranquilizantes clavados en la piel de las criaturas.

—Gracias.

El ugnaught lo observó un momento; su mirada era la de alguien que estaba acostumbrado a pasar sus días en soledad.

—Eres un cazarrecompensas.

—Sí.

—Yo soy Kuiil —afirmó—. Te ayudaré.

«No te pedí ayuda», pensó Mando, pero el ugnaught ya había asentido.

—No se hable más.

CAPÍTULO



KUIIL LE INFORMÓ que las criaturas que lo habían atacado se llamaban blurrgs. Eran horribles y apestosas, pero si el mandaloriano quería viajar por Arvala-7, necesitaría no solo montar una de ellas, sino también aprender a hacerlo con cierto grado de dominio.

—Muchos han pasado por aquí —explicó Kuiil mientras estaban sentados en su campamento y discutían su viaje—. Buscan lo mismo que tú.

—¿Los ayudaste?

—Sí. —El ugnaught sirvió agua en una taza y la levantó para ofrecérsela—. Murieron.

—Entonces, no sé si quiero tu ayuda.

Kuiil no se molestó en discutir.

Esa misma tarde, Kuiil llevó al cazarrecompensas a un potrero detrás de su recinto y observó pacientemente mientras su nuevo huésped montaba un blurrg y este lo lanzaba una y otra vez. Se preguntó cuánto serviría la armadura del mandaloriano para protegerlo de los golpes; desde su punto de vista, el esfuerzo se veía brutal y no parecía estar mejorando en absoluto. Era el mismo blurrg al que Kuiil le había disparado el dardo tranquilizante y tenía que admitir que la bestia parecía estar incluso de peor humor que antes, decidida a cobrar venganza por los intentos del mandaloriano de quemarla con su lanzallamas.

«Tal vez no debiste estar tan presto a disparar tu arma», pensó Kuiil, pero decidió reservarse su opinión. De pie al otro lado de la cerca, no necesitaba ver el rostro del mandaloriano detrás del visor para saber que se exasperaba más cada vez que el blurrg lo tiraba. Estaba al límite de su paciencia.

—No tengo tiempo para esto —sentenció Mando—. ¿Tienes un landspeeder o una moto speeder que pueda rentarte?

Kuiil negó con la cabeza.

—¡Eres un mandaloriano! —exclamó—. ¡Tus ancestros montaban los grandes mitosaurios! Claro que puedes montar esta joven potranca.

El mandaloriano se levantó con dificultad y miró al otro lado del potrero, donde el blurrg lo observaba con sus siniestros ojos amarillos, preparándose para su siguiente encuentro. Kuiil, que conocía bien la expresión de la criatura, sintió como si pudiera leer sus pensamientos. «Te derrotaré», decía su mirada. «He derribado a hombres

mucho mejores que tú, cazarrecompensas, y seguiré haciéndolo mucho después de que te hayas ido de aquí. A menos, por supuesto, que elijas morir ahora».

Kuiil esperó para ver qué haría el cazarrecompensas: ¿se daría por vencido y se iría? ¿O intentaría de nuevo subyugar al blurrg por la fuerza?

No obstante, el mandaloriano no hizo ninguna de las dos. Al principio, pareció no estar haciendo nada; Kuiil lo observó mientras daba tentativamente un paso hacia el animal, con los brazos a los costados y las manos apenas extendidas al frente en un ademán de paz, y luego avanzaba uno más.

—Tranquila —murmuró, y esta vez, en lugar de abalanzarse hacia el animal, se encaminó con lentitud, dándole tiempo para adaptarse a su presencia—. Todo está bien.

La criatura resopló y le gruñó; sin embargo, no lo atacó. Para cuando estuvo junto a ella, esta le permitió ponerle la mano sobre la coronilla.

—Muy bien —dijo Mando y se impulsó sobre su lomo. La bestia gruñó, pero no intentó desmontarlo, y para cuando salieron del potrero, el mandaloriano ya había empezado a mantener el equilibrio y se encaminaba al desierto.

* * *

Luego de salir del campamento, Mando y Kuiil cabalgaron en fila india hacia las zonas altas, a lo largo de una serie de cumbres y estrechos desfiladeros intercalados con grietas tan profundas que era imposible ver el fondo. Los blurrgs saltaban sobre estas con una agilidad sorprendente, sin perder el paso ni una vez. Cuando llegaron a un terreno más plano, los dos jinetes avanzaron por extensas planicies de tierra caliente que parecían haberse fracturado al secarse bajo la implacable mirada del sol; lucían rotas, de un modo que nunca sanaría.

Al final, cuando llegaron a una meseta alta, Kuiil obligó a su montura a inclinarse y apuntó hacia abajo.

—Allí es donde encontrarás a tu presa.

Mientras paseaba la mirada por el conjunto de edificios más abajo, Mando buscó dentro del bolsillo lateral de su arnés y le ofreció una pequeña bolsa de créditos.

—Por favor —le dijo a Kuiil—. Te lo ganaste.

El ugnaught sacudió la cabeza.

—Desde que ellos llegaron, el territorio se ha convertido en un interminable desfile de mercenarios que buscan recompensa y traen consigo la destrucción —afirmó—. Ya me cansé de eso.

Mando lo miró sin entender.

—Entonces, ¿por qué me guiaste?

—No pertenecen aquí —continuó—. Quienes viven aquí vienen a buscar la paz, y no habrá paz hasta que se vayan.

—¿Por qué me ayudaste?

Kuiil no respondió de inmediato. Los años de no tener a nadie con quien hablar le habían enseñado a meditar sus palabras y a eligirlas con cuidado.

—Nunca conocí a un mandaloriano —explicó—. Solo leí las historias y, si son ciertas, lograrás hacer tu trabajo con rapidez. Entonces recobraremos la paz. —Jaló las riendas de su montura y levantó una mano en señal de haber terminado—. No se hable más.

CAPÍTULO



EL CAMPAMENTO MISMO era un conjunto de edificios con techo plano y en forma de U que rodeaban una plaza polvorienta. Al mirar hacia abajo a través de su visor telescópico, Mando observó a los mercenarios y guardias niktos que descansaban bajo las últimas luces de la tarde. Aclimatados al ambiente desértico, los niktos tenían la piel escamosa y eran imponentes, con rostros y cabezas adornadas con cuernos y picos. Desde su puesto de observación, se veían tan peligrosos como los stormtroopers que estaban en la casa de seguridad: eran soldados aburridos y fuertemente armados que buscaban problemas.

Seguía observándolos y planeando cómo abordarlos cuando se escuchó una voz mecánica, reconocible de inmediato, que empeoró la situación.

—Atención. —El droide cazarrecompensas se dirigió a los mercenarios; era una unidad IG diseñada para el combate—. El subinciso dieciséis del protocolo de renuncia del Sindicato de Fiadores los obliga a entregar dicho activo de inmediato.

—Ay, no —murmuró el mandaloriano. Allá abajo, el IG seguía avanzando en el momento en que los guardias alrededor de la plaza sacaban sus blásteres y de manera simultánea firmaban sus sentencias de muerte. Sin dudarlo, el droide entró en acción, y empezó a girar y abrir fuego sobre el mercenario que estaba justo frente a él. Su cuerpo giraba sin esfuerzo y los blásteres en sus manos disparaban sin parar, con una exactitud digna de una herramienta de precisión. No titubeó una sola vez, ni siquiera cuando el disparo de un bláster rebotó contra la placa de su procesador.

Al mismo tiempo que Mando bajaba por la pendiente hacia el conjunto de edificaciones, se dio cuenta de que los disparos habían cesado y el silencio llenaba el espacio abierto. Para cuando desaparecieron los últimos ecos, y el humo y el polvo se habían asentado, vio que el suelo estaba cubierto de los mercenarios niktos. En el silencio, la voz del droide sonó exactamente igual que antes, imperturbable, mientras repetía su misión.

—El subinciso dieciséis del protocolo de renuncia del Sindicato de Extención de Fiador los obliga a entregar dicho activo de inmediato —afirmó y avanzó al frente con una confianza inquebrantable, cualidad única de un droide cazarrecompensas.

Mando dio vuelta a la esquina.

—¡Unidad IG, deponga las armas!

El droide le disparó. El mandaloriano sintió que el rayo del bláster chocaba justo en su pechera y la fuerza del impacto fue lo suficientemente poderosa como para arrojarlo sobre una fila de barriles alineados contra la pared detrás de él. En el mismo instante, el dolor atravesó su hombro y bajó por sus costillas, y se esforzó por recobrar el aliento. El beskar había repelido lo peor del disparo, pero en su futuro inmediato habría mucho dolor.

Frente a él, el droide lo observaba con atención, tal vez procesando aún por qué su bláster no le había causado más daño. Mando se sentó y se dio cuenta de que tenía menos de un segundo para convencer al IG de que se abstuviera de eliminarlo con un tiro en la cabeza.

—¡Soy del sindicato! —gritó y le mostró el fob rastreador que apretaba en su mano.

—¿Eres miembro del sindicato? —Por primera vez, la voz del droide reveló una nota de incertidumbre—. Yo soy IG-11 —añadió con tono de cortesía profesional—. Pensé que era el único encargado de esta misión.

—Ambos pensábamos lo mismo. —Mando volteó para explorar la entrada fortificada delante de ellos. Sin duda había más niktos en el interior, todos plenamente conscientes de que algo estaba muy mal en el exterior—. Adiós al elemento sorpresa.

Pero el IG tenía asuntos más apremiantes que discutir.

—Por desgracia, debo pedirte tu fob rastreador. La recompensa es mía.

El mandaloriano miró al droide y pensó en sus opciones.

—A menos que me equivoque, todavía sigues con las manos vacías —apuntó.

—Es cierto.

—Tengo una sugerencia.

—Continúa.

—Dividamos la recompensa.

—Eso es aceptable —respondió el droide sin dudarlo.

—Fantástico —dijo Mando—. Ahora, vamos a reagruparnos y alejémonos del peligro para hacer un plan.

Si el droide tuvo una respuesta, no la escuchó. Allí fue cuando empezó la segunda oleada.

* * *

Esta vez había más niktos que salían de entre las sombras y subían a los techos, mientras disparaban con sus blásteres en una andanada que venía de todas direcciones. El mandaloriano se agachó para cubrirse y devolvió el fuego al mismo tiempo que observaba cómo el IG giraba y disparaba un rayo tras otro. Gracias a su programación, cada tiro acertaba en el blanco; a pesar de ello, la situación se salía rápidamente de control. Más y más niktos seguían apareciendo y, después de cierto punto, Mando e IG-11 se vieron superados.

El mandaloriano revisó el rastreador, su señal se intensificaba; luego miró al otro lado de la plaza hacia el portón cerrado. No había duda: el activo estaba allí. Se encontraban muy cerca, pero a veinte metros de distancia, bajo una lluvia constante de fuego de los blásteres, bien podría haber estado al otro lado del Espacio Salvaje.

—Parece que estamos atrapados —dijo la voz del droide, que por lo visto estaba programado para decir obviedades—. Iniciaré la secuencia de autodestrucción.

—¡Ey, un momento! —El mandaloriano volteó, al tiempo que se preguntaba si había escuchado bien—. ¿Que harás qué?

—El protocolo del fabricante indica que no puedo ser capturado. Debo autodestruirme.

—¡No te autodestruyas! —le ordenó Mando—. ¡Cúbreme!

Al parecer, el IG estaba dispuesto a jugar con esa alternativa, aunque fuera de manera temporal; giró al otro lado y siguió disparando mientras el cazarrecompensas se agachaba y corría por la plaza hacia el punto de ingreso. Había un anticuado panel de seguridad con un tablero de acceso y, si hubiera tenido el tiempo y no enfrentara el fuego de los blásteres, podría haberlo puenteado; sin embargo, no tenía ninguno de los dos. Un segundo después, un rayo de bláster acertó en el panel y lo redujo a una chisporroteante criba de alambres y circuitos.

—¡Nos tienen acorralados! —gritó.

—Iniciaré la secuencia de autodestrucción —anunció el droide con alegría.

—¡No te autodestruyas! ¡Saldremos de aquí disparando!

Pero algo había cambiado en la actitud de los niktos que los rodeaban, quienes habían detenido su ataque y miraban sobre sus hombros. Cuando el mandaloriano siguió su línea de visión, notó lo que atrajo su atención: era una pesada pieza de artillería láser montada sobre una plataforma flotante que posicionaban al otro lado de la plaza en dirección a él y al droide; su enorme cañón apuntaba directamente a ellos.

—Muy bien —dijo Mando—. Nuevo plan, debemos...

El cañón rugió y lanzó una descarga masiva; gracias a la plataforma flotante, el tirador tenía un alcance ilimitado y el mandaloriano supo que el arma poseía la suficiente potencia de fuego como para que un disparo directo fuera más de lo que cualquier blindaje podría tolerar. En algún lugar detrás de él escuchó que el IG anunciaba, de nuevo, que iniciaría sus protocolos de autodestrucción.

—¡Atrae los disparos! —ordenó Mando—. ¡Voy a derribarla!

—Aceptable —respondió el droide y salió a campo abierto. De inmediato, el operador del cañón láser enfocó su ataque sobre el IG-11 y embistió su cuerpo reforzado con una andanada incesante de fuego de bláster. Mando no pudo más que admirarlo. Fuera o no un droide, no dudó en ponerse en peligro cuando la situación lo demandó.

Aprovechó la distracción y, agachándose, se deslizó con rapidez entre las sombras para rodear por detrás al atacante, mientras el IG seguía recibiendo los intensos

disparos y, al final, caía al suelo. Desde su posición actual, vio la oportunidad que se había producido y la aprovechó. Levantó el guantelete de su muñeca y lanzó un alambre de sujeción hacia un costado del cañón; luego lo tensó y tiró de él con la fuerza suficiente como para hacer girar toda la plataforma, lo que hizo caer de su percha al sorprendido tirador.

«¡Ahora! ¡Corre!».

El cazarrecompensas saltó hacia la plataforma, se apropió del cañón, afianzó los gatillos y los apretó. Mientras daba vueltas y sentía las pulsaciones del arma en las manos, abrió fuego contra los niktos restantes, que empezaron a caer en oleadas. En unos segundos todo había terminado, hasta el último de ellos cayó derrotado.

—Bien hecho —dijo el IG—. Desactivaré la iniciativa de autodestrucción.

Mando caminó y extendió la mano para ayudar al IG a ponerse en pie.

—¿Sabes? No eres tan malo para ser un droide.

—De acuerdo.

—Ese tiro de bláster se ve muy feo. —Miró las placas metálicas del pecho del droide, que estaban carbonizadas—. ¿Te sientes bien?

IG realizó un diagnóstico rápido y confirmó que el tiro no había acertado en su arnés neural central. El mandaloriano asintió, respiró profundo y echó un vistazo al fob rastreador.

—Bueno, ahora lo único que nos falta es abrir esa puerta.

IG y él se quedaron parados y muy quietos durante un instante; luego, ambos dirigieron sus miradas hacia el cañón.

CAPÍTULO



COMO ERA DE ESPERARSE, la puerta de seguridad cedió de inmediato ante el cañón. Después de una serie de disparos directos, la derribaron con un estruendo.

Mando entró y se detuvo un segundo en el umbral para mirar al interior. El aire tenía un olor viejo y rancio. Las espirales de polvo ondeaban en los rayos de luz que bajaban del techo y caían sobre los contenedores de almacenamiento y paquetes distribuidos de manera aleatoria contra las paredes. Aparte de los niktos, no se percibía que nadie más viviera allí, ni para qué utilizaban ese lugar y si quedaba cualquier persona rezagada.

Como si esa duda lo hubiera convocado, un nikto solitario saltó desde un rincón con un bláster en la mano. El mandaloriano disparó sin apenas detenerse para apuntar y el guardia salió volando hasta estrellarse contra el suelo.

—¿Alguien más?

Se hizo el silencio, excepto por el pitido del rastreador. IG volteó hacia él.

—Mis sensores indican que hay presencia de alguna forma de vida.

Mando sostuvo el rastreador frente a él y caminó mientras el pitido se intensificaba. Siguió la señal hasta que se encontró mirando un contenedor plateado, con forma de huevo, que flotaba justo por encima del suelo. Se inclinó y presionó el botón para abrir la tapa, lo cual dejó ver una pequeña figura cubierta con una manta.

Por un instante, se limitó a observarla. La criatura levantó una pequeña mano con tres dedos y tiró de la manta para revelar su rostro verde, su boca y nariz diminutas en medio de unos ojos grandes y atentos, y unas orejas tan largas que casi tocaban el interior del recipiente donde estaba acunado. La boca se abrió y Mando escuchó algo parecido a un suave gorjeo, el sonido de un niño muy pequeño que todavía no había aprendido a utilizar el lenguaje.

—Un momento, dijeron que tenía cincuenta años.

—Las especies envejecen de manera diferente —señaló IG—. Tal vez sea capaz de vivir muchos siglos —agregó mientras levantaba su bláster—. Por desgracia, nunca lo sabremos.

—No —exclamó Mando al tiempo que lo detenía—. Lo llevaremos vivo.

—El encargo fue bastante específico: el activo debe eliminarse.

Mando miró al droide y percibió su determinación; era una simple cuestión de programación que no daba ninguna posibilidad de hacer un trato, por lo que consideró sus opciones. No tardó en decidir. Levantó su bláster y disparó un solo tiro a quemarropa que atravesó la bóveda craneana del IG e hizo caer al droide con un delgado listón de humo que salía del orificio en su placa de acero.

Mientras bajaba su bláster, Mando volteó en dirección a la carriola flotante y extendió una mano hacia la criatura que lo miraba. El ser levantó un dedo para tocarla.

Un momento después, salieron de la casa de seguridad para regresar a la plaza bañada de luz.

CAPÍTULO



EN TODOS SUS AÑOS como cazarrecompensas, el mandaloriano se había atravesado con todo tipo de presas: algunas violentas, otras tímidas, otras más carismáticas y en apariencia amistosas; sin embargo, nunca se había topado con nada parecido a este... niño.

«Si acaso es un niño», pensó. En efecto tenía cincuenta años, pero, de todas maneras, las palabras de IG seguían resonando en su mente: «Las especies envejecen de manera diferente». Mando se descubrió mirando esa cosa y tratando de averiguar qué era. Todo en su modo de observarlo con una mezcla de curiosidad, asombro y confianza indicaban que seguía siendo muy pequeño, tal vez incluso un bebé. No obstante, detrás de esa mirada también había inteligencia.

Mientras caminaba, la carriola flotante se deslizaba detrás de él a muy poca distancia. Atravesaron la plaza hacia la pendiente y llegaron al sitio donde las montañas se erguían escarpadas contra el horizonte cada vez más rojizo. Al mirar al frente, el mandaloriano se descubrió pensando en el cliente que estaba en Nevarro y en cuál sería el posible uso que querría darle a este activo tan altamente valorado. Por supuesto, la galaxia estaba plagada de cosas valiosas y mortales que daban una apariencia común e indefensa para aprovecharse de aquellos que se equivocaban al juzgarlas.

Observó de nuevo al niño en su carriola, que flotaba a corta distancia detrás de él. Atentos, sus ojos brillaban al dirigirle la mirada, mientras absorbían todos los detalles. Quizá la fascinación del cliente era más parecida a la de un coleccionista de especies exóticas y quería esta presa para añadirla a algún zoológico privado.

Pero ¿para qué eran todas esas protecciones? ¿Por qué la ruta hacia el niño estaba tan fuertemente custodiada?

El mandaloriano se detuvo a estudiar las cavernas bajas, bloqueadas por las rocas, que estaban entre él y su camino de regreso a la nave. Pequeñas criaturas correteaban sobre las piedras: los veloces gorvin snu, semejantes a lagartijas; el niño se asomó para observarlas con gran atención. Pronto se haría de noche y Mando tenía que averiguar cómo regresar. Su blurrg ya no estaba; en algún momento debió haber deambulado para buscar su propio camino, así que, al parecer, tendrían que viajar a pie hasta su nave, lo cual quería decir que...

Se detuvo a medio paso y escuchó en el silencio. Al susurro solitario del viento a través del cañón abierto le siguió el débil pero inconfundible crujido de tela. No estaban solos. Una sombra parpadeó contra el muro de piedra a su izquierda.

Mando bajó la mano para desabrochar la funda de su bláster y la posó en la empuñadura. Un segundo después, un trandoshano saltó sobre él y lanzó un gruñido mientras blandía su vibrohacha. El mandaloriano se giró para librarse de la hoja y extendió el brazo para empujar con todas sus fuerzas la cápsula del niño y librarlo del peligro. En ese momento escuchó, aunque no pudo dar crédito, una débil risita jubilosa que venía del interior.

Un segundo trandoshano saltó de pronto para unirse al primero, ahora ambos agitaban sus hachas mientras gruñían, gritaban y se abalanzaban sobre él desde ambos costados. Mando sacó su rifle con la intención de bloquear el ataque, pero el segundo trandoshano se agachó para golpearlo con su arma y acertó en su pecho. El mortal y afilado corte de la hoja atravesó su armadura y le rasgó la piel, y el cazarrecompensas sintió cómo lo recorría una aguda punzada de dolor.

Al percibir el olor a sangre, los atacantes duplicaron sus esfuerzos. El mandaloriano logró patear las piernas de uno de ellos hasta derribarlo, giró sobre su eje y levantó el rifle a gran velocidad. Le dio al trandoshano que tenía enfrente con un choque de electricidad y con la misma arma lo golpeó en la parte trasera del cráneo; el otro retrocedió, se dio vuelta y salió corriendo. Mando alzó su rifle, disparó y redujo al fugitivo a una pila de ropa suelta que flotó hacia el suelo.

Pero no quedaba solo la ropa. Al examinarla de cerca, descubrió el rastreador fob que habían traído con él. Eran más cazarrecompensas que venían a reclamar su presa. ¿A cuántos de su tipo había contratado el cliente? ¿Una docena? ¿Cien?

Respiró de nuevo. En ese momento, no había razón para no esperar a más cazadores. Por ahora, con el viento del desierto elevándose y la noche que venía en camino, necesitaban un lugar donde detenerse a descansar, de preferencia en terreno elevado para que pudiera reparar su armadura y curar sus heridas. Así que siguieron adelante.

* * *

La oscuridad cayó de pronto, de una manera tanto sorpresiva como inevitable. Para entonces, el mandaloriano había encontrado un sitio adecuado para detenerse, activar su linterna y sentarse con un cauterio de bajo voltaje para tratar las heridas en su pecho y brazo. El corte de la vibrohacha había sido doloroso pero no demasiado profundo, y el cauterio selló la carne hasta fruncirla en un bulto ennegrecido que pronto se convertiría en una cicatriz: otra más que añadiría a su amplia colección.

Al levantar la vista, descubrió que el niño había bajado de su cápsula; gateaba con un brazo extendido, como si percibiera lo que Mando estaba haciendo, el dolor que sentía y la crueldad del proceso de curación, y quisiera ayudarlo. El mandaloriano lo miró y negó con la cabeza.

—Regresa allí dentro.

Levantó al niño y lo acomodó de nuevo dentro de la carriola flotante. Ya casi había oscurecido por completo y las primeras estrellas empezaban a aparecer sobre ellos, materializándose cada vez más hasta formar racimos de luces. De pronto se sintió muy cansado. «Tan solo cerraré los ojos por un minuto», se dijo.

Cuando los abrió de nuevo, ya era de día.

CAPÍTULO



PARA CUANDO llegaron al *Razor Crest*, ya era demasiado tarde.

Al bajar por la colina con la cápsula que seguía flotando a sus espaldas, el mandaloriano escuchó los graznidos inconfundibles de agudas voces que, de alguna manera, sonaban irritadas y jubilosas al mismo tiempo. El idioma no era uno que hablara, pero reconoció de inmediato las voces: eran jawas.

Parado en lo alto del risco, contempló al pequeño ejército de figuras cubiertas con capuchas cafés que se apuraban afanosamente alrededor del *Crest* para despojarlo de las piezas de su nave y llevárselas por la rampa de carga de su enorme reptador de las arenas. Como los moradores del desierto que habían sido desde la antigüedad, los jawas se consideraban con derecho sobre cualquier cosa que encontraran allí, del mismo modo que el viento, la arena y el sol podrían reclamar su dominio sobre todo lo demás. A juzgar por la situación, ya habían subido una buena cantidad del *Razor Crest* a bordo del reptador.

Colocó el rifle disruptor en posición y lo apuntó hacia los jawas; Mando eligió uno al azar, apretó el gatillo y observó cómo la túnica café volaba por los aires y flotaba vacía hasta caer al suelo. El efecto sobre el resto de los chatarreros fue instantáneo: la operación de salvamento estalló en un pánico generalizado, olvidaron su trabajo y lanzaron chillidos mientras que los otros jawas corrían por todas partes para resguardarse. Mando recargó el disruptor y se tomó su tiempo para elegir a dos de los más lentos; mientras tanto, el resto del grupo montaba por la rampa para entrar al reptador, cuya escotilla se cerró de golpe detrás de ellos.

El cazarrecompensas se puso de pie y salió corriendo por la pendiente del acantilado, con el rifle listo para disparar. Más adelante, el reptador ya se había puesto en movimiento. El vehículo era una fortaleza en apariencia antigua, salpicada de cicatrices provocadas por la arena, y su cualidad más sorprendente era lo rápido que avanzaba. Corrió a toda velocidad para alcanzarlo al mismo tiempo que medía la distancia. Sabía que necesitaba las piezas de su nave que los jawas se habían robado y tenía que hacer lo que fuera para recuperarlas, aunque eso significara escalar por el reptador.

Mando disparó un cable y se ayudó de él para elevarse por un costado del vehículo, el cual giró en dirección a las salientes rocosas que se veían a la distancia. Cuando atisbó cómo se aproximaban, tiró del cable para ocultarse en un hueco del

reptador, metiendo su cuerpo apenas segundos antes de que las rocas lo aplastaran. El vehículo raspó contra la orilla del acantilado y el mandaloriano se aferró al borde de metal para esperar mientras pasaban, antes de balancearse de nuevo en el aire.

Ahora tenía espacio para reanudar su ascenso por la superficie del reptador, su capa flotaba detrás de él gracias a la fuerza del viento. Era como escalar un acantilado de metal, pero era la única manera. Si lograba llegar a la cima...

¡ZAS! Algo lo golpeó en el hombro y levantó la vista. Las escotillas de metal herrumbroso se abrieron por todos los lados y Mando vio que los jawas asomaban la cabeza; sus ojos brillaron con un júbilo malicioso cuando comenzaron a lanzarle trozos de escombros: una rueda oxidada, la pierna de un droide, un engrane de metal. Resbaló al esquivar los ataques, por lo que casi perdió el equilibrio y se quedó con los pies colgando, agarrado con una sola mano, mientras que otro proyectil improvisado pasaba silbando apenas a unos cuantos centímetros junto a su cabeza.

Mando levantó un brazo por encima de la cabeza y disparó un cable de sujeción en línea recta; este dio en el blanco y se enredó alrededor de las estrechas protuberancias de metal que sobresalían por la parte superior del reptador. Con un gemido de esfuerzo, empezó a impulsarse para ascender, colocando una mano sobre la otra.

Más escombros volaron hacia él y golpearon su visor. Al basurero móvil de los jawas no le faltaban municiones y Mando pudo oír sus risas: habían convertido aquello en un juego para ver cuántas veces acertaban a darle mientras escalaba. Pero no faltaba mucho, ya casi...

Una escotilla se abrió de inmediato frente a él, y un jawa se inclinó para golpearle el pecho con un bastón eléctrico. Gimió de dolor al sentir que la corriente eléctrica lo atravesaba, mientras colgaba indefenso del cable. Se agarró del jawa y tiró con fuerza de él; pudo escuchar su penetrante aullido al caer.

Al llegar a la cima, Mando se levantó y sacó su bláster. Una docena de jawas estaban adentro, con sus blásteres de iones apuntados hacia él. Con un grito unificado de victoria, dispararon al mismo tiempo; Mando sintió que todo se oscurecía mientras caía de espaldas hacia un profundo abismo, hacia oscuridad que ahí habitaba.

* * *

—¿Te lanzaron chatarra? —preguntó Kuiil. No estaba sorprendido, sino más bien curioso, acerca de lo que acababa de escuchar—. Es interesante. En general, los jawas no están tan dispuestos a perder lo que encontraron.

—Trataban de matarme —respondió el mandaloriano—. Estaba colgado del costado de su reptador.

De nuevo llegaba el atardecer; Kuiil invitó otra vez al cazarrecompensas a que se quedara en su granja, junto con la extraña criatura que llevaba con él. El mandaloriano le pagó el favor de su hospitalidad con una fascinante historia acerca de lo que había pasado entre él, su nave y el grupo de jawas. En apariencia, se trataba de

una persecución, seguida de una poderosa batalla, que evidentemente el mandaloriano había perdido.

Kuiil lo escuchó, cautivado con cada uno de los detalles. Estaba fascinado en particular con el esfuerzo fallido del cazarrecompensas para subirse por el costado del reptador de las arenas, y por cómo había evitado los trozos de metal y basura que usaron para bombardearlo. Cuando el mandaloriano le contó cómo había llegado a la cima del vehículo, solo para que una docena de jawas le dispararan a la vez y lo lanzaran por los aires, Kuiil sacudió la cabeza lleno de asombro. El hecho de que sobreviviera a tal caída era testimonio de su gran capacidad de sobreponerse, al igual que de la fortaleza de su armadura. Kuiil volvió a prestar atención a la presa del cazarrecompensas, que ahora se ocupaba de observar a una rana que pasaba por allí, y le apuntó con un dedo.

—¿Es lo que causó todo este escándalo? —preguntó.

—Creo que es un niño.

Kuiil nunca había visto nada parecido.

—Entonces, lo mejor es que lo entregues vivo.

—Destruyeron mi nave. —El mandaloriano se ajustó uno de los guanteletes a la muñeca—. Estoy atrapado aquí.

—Está desvalijada —lo corrigió el otro—, pero no destruida. Los jawas roban, no destruyen.

—Robada o destruida, no hay ninguna diferencia para mí. Están protegidos en su fortaleza rodante y nunca recuperaré las piezas.

Detrás de él escucharon que su presa, el niño, balbuceaba emocionado mientras golpeaba a la rana que había estado persiguiendo. Entonces, Kuiil tuvo una idea.

—Puedes hacer un intercambio.

—¿Con los jawas? —preguntó Mando—. ¿Estás loco?

—Te llevaré con ellos —dijo el ugnaught, y antes de que el cazarrecompensas pudiera discutirle, añadió—: No se hable más.

Miró de nuevo al niño y notó que la rana se había convertido ahora en un par de patas largas que salían de la boca de la pequeña criatura y se retorcían en el aire.

—Óyeme —le gritó Mando—, escúpela.

En vez de eso, el niño tragó y las patas desaparecieron por su garganta. Su única respuesta fue un sonoro eructo.

—Por lo menos no tienes que preocuparte de alimentarlo —apuntó Kuiil—. Parece que sabe encontrar su propia comida.

—No voy a tenerlo conmigo por tanto tiempo —respondió el mandaloriano.

Kuiil asintió hacia el horizonte.

—Si vamos a conseguir tu nave de regreso, tenemos que empezar a movernos.

* * *

Anduvieron toda la noche por largos tramos de desierto inexplorado, bajo una tormenta eléctrica cuyos rayos salvajes cruzaban el cielo. Kuiil encabezaba la marcha a horcajadas sobre su blurr, mientras que el mandaloriano lo seguía en una plataforma de carga vacía que llevaban con ellos. Las probabilidades de recuperar cualquier cosa de manos de los jawas parecían escasas, pero no había otro modo de salir de ese planeta.

Amanecía cuando por fin distinguieron a la distancia el reptador y el campamento de los jawas, estos ya los habían visto aproximarse. Kuiil pudo ver que tomaban sus armas y se preparaban para lo que parecía un contraataque.

—Por alguna razón, parece que en realidad no les agradas —señaló el ugnaught.

—Bueno... —El mandaloriano se percató de que más jawas asomaban la cabeza por las escotillas en los lados superiores del reptador—. Sí desintegré a unos cuantos.

—Tienes que bajar tu rifle.

—Soy un mandaloriano, las armas son parte de mi religión.

—Entonces no recuperarás las piezas de tu nave —sentenció Kuiil.

El cazarrecompensas suspiró y con gran renuencia dejó a un lado su rifle; al mismo tiempo, Kuiil dio un paso al frente para acercarse a los jawas y hablarles con paciencia, esperaba y escuchaba mientras respondían. Tenía razón en algo: el mandaloriano de verdad les desagradaba, y todavía se encontraban indignados por lo que les había hecho. Sin embargo, luego de un momento de negociar, Kuiil regresó con una oferta.

—Intercambiarán todas las piezas por el beskar —informó.

—¡No voy a intercambiar nada! —espetó Mando—. Esas piezas me pertenecen. ¡Ellos las robaron! —Volteó hacia los jawas y convocó su conocimiento rudimentario del idioma—: *Dee-jugg... dee jugg... je-jo-so...*

Los jawas estallaron en carcajadas, burlándose de sus intentos por comunicarse.

—Hablas muy mal el jawa —exclamó con sorna el que estaba enfrente—. ¡Suenas como un wookiee!

—¿Entienden esto? —Mando agitó el brazo y el lanzallamas que llevaba montado en la muñeca lanzó una ráfaga de fuego anaranjado; los jawas soltaron un chillido de terror y sorpresa, y salieron en desbandada, lanzando indudables maldiciones mientras huían.

Pero Kuiil todavía no se daba por vencido. Empezó a hablar de nuevo con ellos en el mismo tono tranquilo y respetuoso y, de hecho, parecieron escucharlo.

—Por favor —imploró—. Debe haber otra cosa. Algo que quieran, algo que aceptarían a cambio.

Esta vez, la respuesta llegó en palabras que incluso el mandaloriano entendió.

—Debes traernos el huevo. Demandamos el huevo.

—¿El huevo? —Mando se dirigió a Kuiil—. ¿Cuál huevo?

La única respuesta fue la misma palabra, entonada una y otra vez: «El huevo, el huevo, el huevo». Kuiil volteó hacia Mando, quien le devolvió la mirada, tal vez con

el mismo pensamiento en la mente.

Era un simple huevo. ¿Qué tan difícil podía ser?

CAPÍTULO



¡ZAS!

El mandaloriano salió volando del interior de la cueva sin saber del todo qué lo había golpeado. La cosa en el interior lo lanzó por los aires y provocó que se estrellara contra el suelo con un golpe que estremeció su columna vertebral, colapsó sus pulmones y, por un momento, lo dejó incapaz de respirar. Todo sucedió con mucha rapidez. La criatura al que los jawas llamaban mudhorn, cuyo huevo lo habían enviado a robar para intercambiarlo por las piezas de su nave, le dio un golpe directo con la cabeza y se sintió como si chocara contra una pared viviente de músculos y huesos. Por lo que logró escuchar, esa cosa estaba a punto de salir para rematarlo.

Mando se las arregló para levantar la cabeza; sus ojos empezaron a enfocarse y pudo ver cuando el animal salió tambaleándose de la oscuridad maloliente de su madriguera. Por un instante, lo único que pudo hacer fue mirarlo. El mudhorn era todavía más grande y mortal de lo que parecía dentro de la caverna. A plena luz del día, el enorme cuerno de color marfil que brotaba de su peluda cabeza lucía bastante afilado como para empalar cualquier cosa que atrapara; su enmarañado pelaje de color café estaba embadurnado de lodo y suciedad. Apestaba a muerte y estaba furioso.

Mando buscó su rifle. Cuando esa cosa se lanzó retumbando hacia él, pudo sentir cómo el suelo se sacudía con su peso; levantó el rifle para apuntar y tirar del gatillo... pero nada sucedió. Algo había salido mal, el rifle no quiso disparar y la bestia se precipitó a gran velocidad, galopando y acortando la distancia entre ellos...

¡ZAS! Salió volando de nuevo; esta vez, lo único que escuchó al estrellarse contra el suelo fue el chisporroteo electrónico de los sensores averiados dentro de su casco. Su visión regresó con el zumbido de un enjambre de pixeles diminutos; finalmente, el paisaje se reestableció hasta convertirse en la cara de la criatura. Esta se levantó furiosa sobre sus patas traseras, y se abalanzó otra vez con un estruendoso bramido.

En el último instante, Mando rodó hasta darse vuelta, gimiendo de dolor; levantó el brazo y le lanzó una llamarada justo en la cara. El animal rugió con furia, pero no retrocedió, ni siquiera mientras las llamas se apagaban. Le disparó un cable de sujeción y se enganchó a él, pero era demasiado tarde cuando se dio cuenta de su error. Ahora estaba atado al mudhorn, que lo sacudió con ira mientras colgaba detrás de él, lo elevó junto con el cable y terminó por azotarlo de nuevo contra el suelo.

Buscó sus armas, pero no encontró más que el espacio vacío. Su rifle y su bláster habían desaparecido, y junto con ellos todas sus esperanzas.

El mudhorn, que al parecer percibió la llegada de su triunfo, volteó en su dirección, inclinó la cabeza y la golpeó varias veces contra el suelo; luego emitió un rugido y se lanzó a embestirlo.

Mando se agachó, sacó su cuchillo y lo sostuvo frente a él con ambas manos. Tal vez habría algún punto vulnerable en el cuello de esa cosa, un vaso sanguíneo que pudiera cercenar o perforar, y así quizás tendría una oportunidad. En caso contrario, cuando menos le dejaría alguna cicatriz; algo para que lo recordara.

Cerró los ojos y esperó, pero no pasó nada.

* * *

Un momento más tarde, se dio cuenta de que la bestia bramaba de nuevo, desde algún lugar frente a sí. Sin embargo, esta vez el sonido era diferente; se parecía más al gruñido asombrado de un depredador tras encontrar algo por completo nuevo e incomprendible. El mandaloriano levantó la vista y frunció el ceño, incapaz de creer lo que veía.

Justo frente a él, lo bastante cerca como para casi tocarlo si levantaba la mano, el mudhorn flotaba. Sus patas con forma de tocones se agitaban indefensas en el aire mientras se retorcía y gruñía; sacudía la cabeza de un lado a otro, atrapado en una red invisible que no entendía, y su cuerno se agitaba en el espacio vacío.

Mando se quedó de pie, muy quieto, y se preguntó si lo que veía era una alucinación, el resultado de algún tipo de lesión en la cabeza o del mal funcionamiento del visor. Nada, absolutamente nada de esto tenía sentido. No obstante, allí estaba, y mientras más lo miraba, más se convencía de que debía ser real. Pero ¿cómo...?

Entonces volteó hacia el niño. Estaba justo donde siempre, en la cápsula plateada flotante que había seguido a Mando desde el interior de la cueva, pero ahora hacía algo que no había visto antes. Tenía los ojos cerrados, sus facciones se contraían debido a la concentración y extendía su manita en dirección al mudhorn. Todo su cuerpo temblaba, como si se estremeciera por la intensidad de lo que fuera que estuviera haciendo; parecía que se esforzaba con cada ápice de concentración para levantar algún enorme peso inimaginable. Mando se dio cuenta de que eso era justo lo que sucedía.

Continuó así por un largo instante hasta que, de un momento a otro, el niño pareció llegar al límite de lo que fuera que estuviera haciendo. Se dejó caer dentro de la cápsula mientras, al mismo tiempo, el mudhorn cayó al suelo con un confuso rebuzno de sorpresa.

El mandaloriano vio su oportunidad. Se lanzó al frente y levantó el brazo para encajar la hoja del cuchillo en el cuello de la criatura, clavándola hasta la empuñadura. La bestia lanzó otro rugido, pero fue debilitándose y se tambaleó

cuando la abandonó lo último de sus fuerzas. Con un suspiro final de derrota, cayó de lomo, rodó de costado y se hundió en el lodo; el cuchillo sobresalía de su cuello. Mando cayó junto a ella, completamente exhausto.

Un instante después se obligó a levantarse; tomó el cuchillo, extrajo la hoja, y luego caminó hasta la cápsula plateada. En el interior, el niño yacía inmóvil, con los ojos cerrados. Se veía tan agotado como el mandaloriano. Al mirarlo, el cazarrecompensas se dio cuenta de la primera de mil preguntas que brotaban en su mente y que no tendrían una respuesta fácil.

Pero en ese momento no había tiempo para ello. Se dio la vuelta y regresó a la entrada de la caverna.

* * *

Cuando regresó al reptador con el huevo, los jawas estaban empacando para irse. Pudo ver que guardaban la rampa de carga y supo que, si hubiera llegado solo un poco más tarde, todo el esfuerzo habría sido en vano. Kuiil también lo esperaba, y cuando los jawas lo vieron venir, voltearon esperanzados en su dirección.

—Lo tengo —dijo Mando—. Tengo el huevo.

Cuando se percataron de lo que tenía en las manos, un gran estruendo de alegría se escuchó entre los jawas, que corrieron hacia él, lo rodearon y le quitaron el huevo. El objeto en cuestión era un óvalo grande y sin nada notable, cubierto de una capa de pelo resbaloso y lodoso.

Mando observó a los jawas llevar su recompensa hasta el reptador. Uno de ellos lo tomó y lo sostuvo en alto con un grito de victoria mientras lo presentaba a los demás como si fuera una reliquia sagrada digna de admiración y veneración. Un momento después, el líder sacó un cuchillo y rompió la parte superior del huevo para dejar ver el brillante líquido amarillo de su interior. Todos los demás se acercaron, metieron las manos en la sustancia y la sacaron en hebras gruesas y viscosas que se metieron con deleite dentro de la boca.

El mandaloriano los contempló y sacudió la cabeza. Caminó hasta donde Kuiil estaba parado.

—Me sorprende que me hayas esperado.

—A mí me sorprende que te demoras tanto —contestó el otro y examinó la maltrecha armadura del mandaloriano—. Supongo que tendrás otra historia que contar.

—Sí, la tengo.

* * *

Esa noche regresaron al campamento; Kuiil montaba su blurrg, que tiraba de la plataforma de carga, ahora llena hasta el tope de las piezas del *Razor Crest* que los

jawas les habían devuelto. El mandaloriano se sentó al frente con el niño, quien iba en su cápsula y seguía con los ojos cerrados.

—¿Sigue durmiendo? —preguntó Kuiil.

—Sí.

—¿Está herido?

—No lo creo —respondió Mando—. Al menos no en lo físico.

—Explícamelo de nuevo —le pidió Kuiil, reflexionando sobre lo que el cazarrecompensas le había narrado—. Sigo sin entender qué pasó.

—Yo tampoco lo entiendo.

Viajaron en silencio, cada uno perdido en sus propios pensamientos. Kuiil seguía mirando al niño; nunca había visto nada parecido, y aunque no dudaba ni una palabra de lo que el mandaloriano le había contado, aún tenía dificultades para creerle. Derrotar a un mudhorn era una cosa, pero hacer que una bestia así flotara por los aires... en especial tratándose una criaturita como esta... Simplemente no podía entenderlo.

Cuando llegaron al *Razor Crest*, Kuiil observó al mandaloriano mientras este bajaba y evaluaba su nave dañada de gravedad; al final, sacudió la cabeza con resignación.

—No existe forma en que logremos que esto funcione sin un taller de mantenimiento completo —concluyó el cazarrecompensas—. Repararla llevará días.

—Si gustas ayudarme, podría ser más rápido —afirmó Kuiil—. Hay mucho trabajo por hacer.

* * *

Trabajaron durante el resto de la noche para reinstalar las piezas que los jawas habían arrancado, y soldaron los cables y los componentes en su sitio. Para Kuiil, esta era una oportunidad para entregarse a algo que le encantaba. Siempre había experimentado una profunda satisfacción al reparar cosas descompuestas, escuchar qué estaba mal en una pieza de maquinaria y convencerla de que reviviera. En ocasiones, incluso se descubrió hablándole con suavidad a las computadoras a bordo de la nave mientras trabajaba en ellas, como un médico que tranquiliza a un paciente asegurando que todo saldrá bien.

Poco a poco, el *Crest* empezó a recuperar su forma original. Para la mañana, el mandaloriano y él estaban parados uno al lado del otro en la cabina de mando. El cazarrecompensas activó los motores principales de la nave y observó mientras los propulsores comenzaban a responder.

—No puedo agradecerte lo suficiente —dijo Mando—. Por favor, déjame darte una parte de la recompensa.

Kuiil lo miró con gratitud.

—No puedo aceptarlo. Eres mi invitado y, en consecuencia, estoy a tu servicio. El cazarrecompensas asintió y luego consideró una táctica diferente.

—Me sería útil un miembro de la tripulación que tuviera tus capacidades — afirmó—. Puedo pagar generosamente.

—Es un honor, pero trabajé toda una vida para al final librarme de servir.

Mando asintió de nuevo.

—Lo entiendo. Entonces, lo único que te puedo ofrecer es mi agradecimiento.

—Y yo te ofrezco el mío —respondió Kuiil—. Gracias por traer la paz a mi valle. Salieron de la cabina y caminaron por la rampa de abordaje para bajar de la nave, donde el blurrg del ugnaught lo esperaba. Kuiil lo montó y levantó un brazo en dirección al cazarrecompensas a manera de despedida.

—Buena suerte con el niño. Espero que sobreviva y te traiga una jugosa recompensa. —Hizo una pausa—. No se hable más.

CAPÍTULO



MIENTRAS EL *RAZOR CREST* se elevaba, el mandaloriano ingresó las coordenadas en la computadora de navegación y esperó a que la nave hiciera sus cálculos de velocidad y consumo de combustible para el largo viaje que tenían por delante. Tomó el acelerador y lo empujó con suavidad al frente.

Miró hacia la cápsula y a la figura pequeña e inmóvil en su interior. El niño seguía sin moverse o abrir los ojos. El esfuerzo por levitar al mudhorn lo había agotado. Mando sacudió con cuidado la cápsula, pero no pasó nada. Tal vez solo dormía, así que regresó su atención hacia la consola de vuelo.

Escuchó un suave murmullo a sus espaldas. Al voltear, vio al niño sentado muy derecho, con sus brillantes ojos abiertos y resplandecientes, mirándolo con el mismo interés de antes. El mandaloriano lo observó también. El niño estaba vivo y bien y, por ahora, eso bastaba.

Verificó de nuevo su curso a Nevarro y se preparó para el largo viaje de regreso.

* * *

Más tarde escuchó un suave murmullo, producido por las mantas que alguien apartaba de su sitio; se dio cuenta entonces de que el niño había bajado de su carriola y, tras caer al piso, empezaba a gatear hacia él. Algo en la consola de la nave había atraído su atención, algún objeto pequeño y brillante.

Antes de que Mando pudiera ver de qué se trataba, escuchó un agudo pitido y el holoproyector entró en funcionamiento. Era la imagen de Greef Karga, de pie con las manos en las caderas y con una actitud sin duda complacida.

—Mando, recibí tu transmisión. Noticias maravillosas. Cuando regreses, entrega directamente tu paquete al cliente. —El agente del sindicato rió—. No tengo idea de si quiere comérselo o colgarlo de la pared, pero está muy ansioso. —Luego, con un movimiento de cabeza, continuó—. Buen viaje, ya sabes dónde encontrarme.

Mando le lanzó una mirada al niño: estaba muy ocupado desatornillando la esfera en el mango de una de las palancas de control de la nave; la levantó frente a sus ojos y pareció que se la metería en la boca. El cazarrecompensas se la quitó.

—No es un juguete —espetó y lo cargó del cuello de su túnica; el pequeño chilló con un débil gorjeo cuando lo acomodó dentro de su cápsula y se preparó para hacer su acercamiento final a Nevarro.

* * *

El mandaloriano se dirigió a la casa de seguridad donde había acordado reunirse con el cliente, caminando por las calles abarrotadas en medio de los olores combinados y la gris suciedad posindustrial de la ciudad. Bajó por un callejón, con el niño flotando en su carrito detrás de él; se detuvo y golpeó la puerta.

Momentos después, un droide centinela extendió un largo tubo telescopico que terminaba en un solo ojo rojo. El vocalizador del droide farfulló algo que era una combinación de pregunta y desafío.

Mando sacó el vale que el cliente le había dado al inicio de la tarea y lo sostuvo en alto para que el ojo rojo pudiera verlo; un segundo después, la puerta se abrió. Dentro había un par de stormtroopers, con sus blásteres listos para disparar. Los troopers se hicieron a un lado, miraron con desprecio al niño y luego de nuevo a Mando, antes de tomar la cápsula y jalarla con brusquedad al interior.

—Cuidado con eso —advirtió Mando.

El stormtrooper lo miró con atención.

—Ten cuidado tú.

Entraron por un estrecho vestíbulo y pasaron por otro par de puertas. Más adelante, en una habitación más grande, el cliente estaba sentado detrás de un escritorio, con el Doctor Pershing de pie a su lado. Cuando el anciano los vio entrar, se levantó sin disimular su emoción.

—¡Sí! —exclamó y se acercó a la cápsula para inclinarse a mirar al niño—. Sí, sí, sí.

El niño gimió con suavidad cuando Pershing sacó un sensor de diagnóstico de mano y lo agitó frente a su pequeño rostro; la luz ambarina iluminó sus ojos, proyectando patrones complejos mientras el dispositivo pasaba sobre sus rasgos.

—Muy sano, sí —decretó el médico.

El cliente se enderezó para mirar al mandaloriano.

—Tu reputación no era injustificada.

—¿Cuántos fobs entregó? —preguntó Mando al recordar al droide IG cazarrecompensas, a los trandoshanos que lo emboscaron en Arvala-7, y a cualquier otro que pudiera haber tratado de matarlo durante el curso de su encargo.

—Este activo era de extrema importancia para mí, tenía que asegurarme de su entrega —explicó el cliente, como si esa fuera una respuesta. Dándole la espalda, se dirigió de nuevo a su escritorio y tomó un gran estuche cilíndrico, que levantó para mostrarlo a los demás—. El ganador se lleva la recompensa.

Introdujo la combinación y el estuche se abrió como los pétalos de una flor metálica para mostrar la pila de placas de beskar en su interior. El mandaloriano avanzó y extendió el brazo para tomar una de las placas, cuyo peso inconfundible pudo sentir en la mano. Estaba consciente de que el cliente lo miraba cuando tomó el objeto.

—Una recompensa muy grande por un paquete muy pequeño —dijo el anciano.

A su derecha, Mando escuchó el sonido de un llanto. Volteó para observar como Pershing empujaba la cápsula hasta sacarla de la habitación. Desde allí, Mando todavía podía ver al niño, que lo miró con una expresión cada vez más atemorizada y confusa, sin entender lo que pasaba. Luego atravesaron otro umbral y se fueron.

La puerta se cerró detrás de ellos y el cazarrecompensas miró al cliente.

—¿Qué planes tiene para él?

El viejo levantó una ceja; al parecer, la pregunta le hacía gracia.

—Muy poco característico para alguien con tu reputación. Ya aceptaste la comisión y el pago. ¿El código del sindicato no dice que se olviden estos sucesos?

El mandaloriano no respondió. Se dio cuenta de que otra puerta se abría detrás del anciano para dar paso a dos stormtroopers. Su presencia enfatizaba el hecho de que sus negocios en ese sitio habían concluido y era hora de marcharse.

—El beskar es suficiente para hacer un buen reemplazo por su armadura —continuó el cliente—. Por desgracia, encontrar a un mandaloriano en estos tiempos complejos es más difícil que encontrar ese acero.

Mando lo observó por un largo rato, luego a los troopers, y por fin al beskar. Después extendió el brazo hacia el contenedor, lo cerró y lo tomó. El metal resultó ser sorprendentemente pesado, tanto que sintió como si arrastrara un ancla cuando volteó para llevárselo y cruzar la puerta.

* * *

—Esta cantidad puede moldearse de muchas formas.

Mando dirigió la mirada hacia la armera, al otro lado de la fragua; ambos estaban envueltos en las sombras producidas por el fuego azul.

—Mi armadura perdió su integridad. Es posible que necesite empezar de nuevo.

—Muy cierto. Puedo formar una pechera nueva —respondió la mujer y luego añadió—, aunque debo advertirte que atraerá muchas miradas.

Como para ilustrar la afirmación de la armera, el mandaloriano escuchó los pasos desde algún sitio detrás de él, seguidos de un gruñido burlesco de desaprobación. Un enorme mandaloriano llamado Paz Vizsla estaba de pie allí.

—Estos se fundieron en una forja imperial —señaló Vizsla—. Fueron un botín de la Gran Purga. Son la razón por la que vivimos ocultos como ratas de la arena.

—Nuestra discreción es nuestra supervivencia —aseguró la armera—. Nuestra supervivencia es nuestra fortaleza.

—Alguna vez nuestra fortaleza fue numérica —replicó el otro soldado—. Ahora vivimos entre las sombras y solo salimos a la superficie uno a la vez. —Mientras hablaba, el enojo en su voz se iba volviendo cada vez más intenso y agudo—. Nuestro mundo fue destruido por el Imperio con el que este cobarde —señaló a Mando— comparte la mesa.

Cuando la mano se posó sobre el brazo de Mando, este saltó para enfrentar el reto, con el cuchillo listo en la mano. Vizsla volteó hacia él y su propio cuchillo terminó debajo del casco de Mando. Ambos se miraron sin moverse, esperando ver qué haría el otro.

—El Imperio ya no existe —afirmó la armera, incorporándose—. Y el beskar regresó. Cuando alguien elige seguir el camino de Mandalore, se convierte tanto en el cazador como en la presa. ¿Cómo se puede ser un cobarde al elegir este camino en la vida? —Volteó hacia Mando—. ¿Alguna vez te has quitado el casco?

—No —respondió.

—¿Alguna vez otros te lo han quitado?

—Nunca.

La mujer asintió.

—El camino así es —sentenció, y las voces de los otros lo repitieron a coro. Se produjo una especie de unidad entre el grupo, que era justo su intención.

Mando se alejó un paso del soldado de infantería y sintió que disminuía parte de la tensión que había en la habitación.

—El camino así es —repitió.

La armera regresó su atención hacia la pechera rota y la hombrera de su armadura.

—¿Qué causó este daño?

—Un mudhorn.

—Entonces, ganaste al mudhorn como tu sello —afirmó—. Lo moldearé.

—No puedo aceptarlo, no fue una matanza noble. —Dudó un momento—. Me ayudó un enemigo.

—¿Por qué un enemigo te ayudaría en batalla?

Pensó en el niño que levantaba la mano y en la tensión que lo hacía temblar por el esfuerzo.

—Él no... no sabía que era mi enemigo.

—Como renuncias a tu sello, usaré el sobrante para hacer unas aves silbantes —indicó la armera, refiriéndose a un arma mandaloriana—. Son una poderosa defensa contra los enemigos. Úsalas con moderación, porque son poco comunes.

El mandaloriano se retiró para esperar. Mientras la armera trabajaba con el metal en la fragua, algo en el choque del martillo y el chisporroteo del metal fundido convocó sus recuerdos con una claridad implacable: sonidos y sensaciones tan realistas que no parecían recuerdos en absoluto, sino más bien los sucesos mismos que ocurrían de nuevo.

Allí estaba él con sus padres, los tres horriblemente expuestos mientras les daban cacería a través de campo abierto, con las calles que explotaban alrededor y los droides de batalla cercándolos. Mando podía oler el humo y escuchar los gritos. Vio los rostros de sus padres mientras el mundo se cerraba a su alrededor. Sintió cómo las manos de su madre apretaban sus hombros y lo agarraban con todas sus fuerzas por

última vez antes de que lo llevaran a un búnker; las puertas se cerraron, y tuvo una imagen final de ellos cuando los redujeron a un delgado rayo de luz antes de que una explosión arrasara con cualquier rastro de su existencia...

Mando contuvo el aliento. El corazón le latía con fuerza y su garganta estaba tan seca como la arena de Arvala-7. Lo veía todo de nuevo, lo vivía de nuevo. Esa no era la primera vez y tampoco sería la última.

CAPÍTULO



—QUIERO MI SIGUIENTE TRABAJO.

Mando y Greef Karga estaban la cantina, sentados en la mesa que Karga siempre ocupaba. El mandaloriano había entrado con su armadura recién forjada, hecha del beskar que acababan de moldear y que todavía resplandecía por el trabajo de la armera. El casco y el visor lanzaban destellos de luz mientras avanzaba por el lugar.

Al sentarse, no había duda de los celos y resentimientos en las miradas de los otros cazadores que lo rodeaban, todos los cuales sin duda pensaban que el activo del cliente era algo que les pertenecía por derecho propio. Karga, que estaba encantado de levantar su copa en honor al éxito de su cazador más famoso y a la fortuna que les trajo a ambos, le dio unos golpecitos al beskar que tenía guardado en el bolsillo delantero por encima de su corazón.

—Incluso yo soy rico —dijo entre risitas y luego pareció decepcionado de que su acompañante no compartiera su alegría. Quizá no esperaría que el cazarrecompensas se vanagloriara de su victoria, pero la solicitud inmediata de más trabajo lo tomó por sorpresa—. ¿El siguiente trabajo? —Su rostro pareció ensombrecerse, no podía dar crédito a sus oídos—. ¿Por qué no te tomas un tiempo de descanso? Disfruta de la vida.

—Quiero mi siguiente trabajo.

—Bien —concedió Karga luego de un suspiro—. Sé que a los cazadores les gusta mantenerse ocupados.

El mandaloriano esperó. Antes de que la conversación terminara, ya había aceptado la presa más costosa que Karga podía ofrecerle: el hijo de un noble que se había fugado bajo fianza. Se levantó y salió con el puck en la mano, decidido a subirse a su nave y dejar Nevarro lo más pronto posible... como si de alguna manera eso le ayudara a borrar el recuerdo del niño.

Al principio, pareció funcionar. Una nueva misión, la nueva armadura, los rituales familiares de abordar el *Razor Crest*, encender los motores e ingresar las coordenadas de destino en el sistema de navegación. Todas esas cosas bastaban para alejar su mente de lo que estaba dejando atrás.

Casi lo logró, hasta que bajó la mano hacia la palanca. Allí era donde solía estar la esfera que el niño había desatornillado porque era pequeña, brillante y redonda, y

había capturado su interés. El mandaloriano bajó la vista; la esfera estaba tirada junto a la palanca.

La recogió y la giró entre sus dedos, pensaba de nuevo en el rostro atemorizado del niño mientras el Doctor Pershing empujaba su carriola, y recordó ese llanto temeroso y lastimero. Mientras volvía a atornillar la esfera en su sitio, se detuvo un instante, perdido en sus pensamientos.

Apagó los motores, bajó de la nave y empezó a andar de regreso al pueblo.

* * *

—No me importa —decía la voz del cliente, que se escuchaba entre chasquidos por medio del micrófono direccional de larga distancia que Mando sostenía dentro del audífono en el interior de su casco—. Te ordeno que extraigas el material necesario y que termines con eso.

Encaramado en el techo, Mando utilizaba el escáner de su casco para escuchar la conversación. Había subido con mucho cuidado después de salir del callejón junto a la casa de seguridad, donde encontró la cápsula del niño, tirada en un contenedor junto con la basura. Verla allí, apilada como basura común, eliminó cualquier duda que pudiera haber albergado sobre la razón de su regreso.

Caminó hacia la entrada de la casa, colocó el detonador térmico junto a la puerta y encendió el temporizador. Lo que sucediera después tendría éxito o fallaría, pero sabía que no tenía otra opción.

A partir de ese momento, no habría marcha atrás.

* * *

En los años que siguieron, cuando los baladistas de Nevarro hablaron del día en que el mandaloriano violó el código y firmó su propia sentencia de muerte, hubo tantas versiones de los sucesos como oídos para escucharlas. Sin embargo, siempre empezaban con la explosión.

El explosivo gris tuvo la suficiente potencia como para sacar la puerta de sus goznes; un momento después, Mando ya había entrado en la casa de seguridad y avanzaba entre el humo y las chispas que volaban por todas partes, al mismo tiempo que recibía los disparos de los stormtroopers (algunos dicen que eran una docena, otros aseguran que eran más) que entraron corriendo al escuchar el sonido. Los troopers hicieron aquello por lo que eran famosos: pelear y luego morir, en tanto que Mando forcejeaba para entrar por el túnel que conducía al laboratorio del Doctor Pershing.

Cuando ingresó, Pershing ya estaba en el proceso de extraer algo del niño. Mando lo sujetó, lo lanzó a un lado, y el médico aterrizó en el suelo, de rodillas y con las manos frente a la cara.

—¡Por favor! —rogó—. ¡Estoy tratando de salvarlo! ¡Soy la única razón por la que sigue vivo!

Mando levantó al niño y lo metió bajo su brazo. Dio la vuelta y regresó al corredor, con el bláster preparado.

Los stormtroopers se arremolinaron hacia él y dispararon desde todos los flancos. El cazarrecompensas se agachó, se replegó y disparó, para luego desaparecer entre las sombras. Para entonces ya había escuchado que más troopers corrían por el pasillo adyacente: hablaban entre sí, estaban decididos a sacarlo de su escondite. Una descarga de disparos de bláster atravesó el pasillo; uno acertó en el muro junto a su cabeza y sintió que el niño se encogía de miedo entre sus brazos.

El mandaloriano disparó de regreso, se dio vuelta y vio que un trooper frente a él se preparaba para disparar. Dirigió las puntas al final de su rifle disruptor hacia el peto del atacante y lanzó un chisporroteante estallido de electricidad a través de su armadura. El cazarrecompensas apuntó al segundo trooper detrás de él, le disparó con su lanzallamas y lo mandó a volar entre gritos.

Aun así, seguían llegando. Tomó un atajo al final del pasillo para regresar por donde había entrado, se detuvo a escuchar los pasos de más troopers y fue eliminándolos. Para cuando llegó a la oficina del cliente, donde aceptó el beskar en un inicio, se encontraba rodeado.

—¡Alto!

—¡No te muevas!

—¡Levanta las manos!

—¡Suelta el bláster!

El mandaloriano sintió el peso del niño en sus brazos; escuchó el sonido de sus quejidos al mismo tiempo que sus relucientes ojos volteaban a verlo. Con lentitud, bajó su arma.

—Esperen —pidió—. Esto que sostengo es muy valioso. Tengan...

Se arrodilló y colocó su bláster sobre el suelo, justo frente a ellos; los stormtroopers comenzaron a acercarse, pero...

Ahí estaban: las aves silbantes. Los diminutos proyectiles voladores salieron de su guantelete y trazaron una espiral hacia una docena de direcciones diferentes al mismo tiempo, hasta atravesar a los troopers con precisión letal. En unos segundos, cayeron al suelo.

Mando pasó sobre sus cadáveres y siguió adelante.

* * *

Por todo Nevarro, en cada cantina y en cada esquina, los fobs de cada uno de los cazarrecompensas empezaron a parpadear al mismo tiempo con sus luces rojas.

Tras salir de la casa de seguridad, una vez en espacio abierto, el mandaloriano no tuvo que mirar alrededor para percibir que la red se cerraba. Reconoció los pasos de sus competidores y escuchó el sonido agudo de las alertas electrónicas que se

encendían y rebotaban contra los muros de la ciudad. La atmósfera pareció estrecharse a su alrededor, como si el aire mismo fuera una red. En el extremo más lejano de la calle, vio que Greef Karga lo esperaba; las manos de su antiguo amigo estaban extendidas en un ademán de falsa amabilidad.

—¡Bienvenido de nuevo, Mando! —exclamó, pero de inmediato todas sus pretensiones se esfumaron—. Ahora suelta el paquete.

El mandaloriano no se movió.

—Hazte a un lado —espetó, consciente del poder y el alcance de las armas que le apuntaban desde todos los flancos. Nadie se movía. A su derecha escuchó un leve zumbido que venía de un speeder comercial pilotado por una unidad R6; parecía muy atemorizada, y estaba quizás a un metro de distancia—. Voy a mi nave.

—Pon el paquete abajo y tal vez te deje pasar —indicó Karga.

—El niño viene conmigo.

—Si de verdad te importa el niño, entonces lo pondrás en el speeder y discutiremos las condiciones.

Este era el ir y venir de siempre; Mando sabía cuál esperaban que fuera su siguiente pregunta.

—¿Cómo sé que puedo confiar en ti?

—Porque yo soy tu última esperanza —sentenció Karga, con la confianza absoluta de alguien que cree por completo en cada una de sus palabras.

Parecía que Greef Karga se jactaba de creer que conocía a Mando, que podía predecir lo que haría, qué elegiría y cómo reaccionaría. El mandaloriano lo miró y esperó para dejar que el momento se prolongara.

Entonces, con un solo movimiento fluido, saltó dentro del speeder, giró su cuerpo para proteger al niño y comenzó a disparar contra dos de los cazarrecompensas más cercanos; todo ello en el instante que necesitó para llegar a la cubierta interior del speeder. El elemento sorpresa le bastó para llamar la atención del droide.

—¡Conduce! —ordenó, y cuando el droide soltó una negativa llena de pánico, le apuntó con su bláster—. ¡Conduce!

El droide lanzó un chillido y el speeder se puso en movimiento para salir por la calle a toda velocidad; Mando siguió disparando y mantenía al niño junto a él, al mismo tiempo que eliminaba a los cazadores en ambos costados. Después, cambió a su rifle disruptor y arrasó con los pocos que quedaban antes de que pudieran disparar. En algún sitio, Karga les gritaba de manera bastante absurda que no le dispararan al objetivo. Parecían disparar en todas direcciones. En el extremo opuesto de la calle, el speeder chocó contra un montón de escombros, se sacudió hasta detenerse y Mando escuchó que los impulsores en el interior se apagaban con un último siseo.

Levantó la cabeza, con el rifle preparado. Distinguió a Karga, quien ahora estaba bastante cerca, flanqueado por más cazadores; asintió hacia el disruptor con una genuina actitud de respeto.

—Esa es un arma impresionante —afirmó el agente del sindicato.

Mando no respondió, pero sintió que el niño se agitaba de nuevo entre sus brazos. La descarga de adrenalina que lo condujo hasta ese momento empezaba a diluirse. Había llevado el elemento sorpresa lo más lejos posible; lo que sucedería después era algo que nadie podría saber.

—Esto es lo que haré —dijo Mando—. Voy a caminar a mi nave con el niño y tú vas a dejar que lo haga.

—No —respondió Karga—, ¿qué te parece esto? Nos llevamos al niño y si intentas detenernos, te matamos y te descuartizamos. —Esta vez no había señal de esperanza en su voz, ni indicio de confianza o familiaridad. Estaba preparado para disparar, al igual que todos los demás cazadores que lo rodeaban.

«Acorralado», dirían los baladistas de Nevarro cuando hablaran de él. «El mandaloriano no veía salida. Todo aquello por lo que luchó y arriesgó su vida estaba a punto de terminar, como consecuencia de su estúpido desafío, de la temeridad de su pecado...».

La siguiente explosión provino de arriba. Mando levantó la vista, tan sorprendido como todos los demás de ver las figuras fuertemente armadas que se elevaban sobre los techos de la ciudad. Sus ojos se abrieron al reconocer quiénes eran.

Sus compañeros mandalorianos, con sus mochilas propulsoras transportándolos por encima de la multitud, disparaban contra los cazadores y los obligaban a dispersarse. Mando los contempló mientras descendían y reconoció a Paz Vizsla, el soldado mandaloriano que lo había desafiado y confrontado a punta de cuchillo en la forja de la armera. Vizsla y varios otros habían formado un escuadrón bien organizado que forzaba a los cazarrecompensas a retroceder, con lo que crearon una ruta de escape.

—¡Sal de aquí! —le gritó a Mando, haciéndose oír por encima del rugido del fuego tupido de blásteres—. ¡Nosotros los detendremos!

—Tendrán que reubicarse —protestó Mando.

El soldado respondió sin dudarlo.

—El camino así es.

—El camino así es —repitió Mando.

Recogió a la pequeña figura del niño, encogido de miedo, giró en dirección a su nave y empezó a correr.

* * *

—Detente, Mando —exigió Karga.

A medio camino por la rampa del *Razor Crest*, el cazarrecompensas volteó para encontrarse con el agente del sindicato; allí estaba, de pie, con las cejas fruncidas y el bláster en la mano.

—No quería que llegáramos a esto —continuó—, ¡pero violaste el código!

Mando se limitó a observarlo. Por increíble que pareciera, el hombre al otro extremo de la rampa parecía de verdad ofendido, como si las acciones del

mandaloriano fueran algún tipo de afrenta personal. ¿Era posible que, después de todo lo que había pasado, de amenazar con matarlo y desmembrarlo, Greef Karga siguiera considerándolo de alguna manera como su amigo?

Desvió apenas su mirada de Karga y movió el brazo para lanzar un cable hacia el panel de control; liberó entonces una nube repentina de gas presurizado que de inmediato llenó el espacio entre ellos. Karga frunció el ceño y entrecerró los ojos, mientras movía de manera errática su bláster de un lado al otro e intentaba ver dónde estaba el mandaloriano.

Este le disparó.

* * *

No fue sino hasta que estuvo dentro de la cabina del *Razor Crest*, sobrevolando la atmósfera de Nevarro, que el cazarrecompensas extendió la mano para desenroscar la esfera de la punta de la palanca. Se la entregó al niño y sintió cómo su mano pequeña y curiosa la tomaba con un suave murmullo de interés.

Mando volteó para escudriñar su rostro y vio que le devolvía la mirada. Todo lo que les quedaba en ese momento era encontrar un sitio para ocultarse, algún planeta perdido donde pudieran esperar a que se enfriaran los ánimos.

Con toda certeza, no sería difícil encontrar un sitio así: un sitio pacífico.

CAPÍTULO



LOS ALDEANOS

aún pescaban cuando atacaron los bandidos.

Omera y los demás habían pasado la mañana con sus redes para conseguir grandes cosechas de krill azul de las aguas someras, al igual que lo habían hecho sus padres y abuelos cuando sembraron estas aguas desde el inicio. Los droides se movían junto con ellos para cargar las bolsas con todo lo recolectado. «Era una buena pesca», pensó. Alimentaría bien a la aldea.

Levantó la vista de su labor y la dirigió al otro lado del paisaje verde y azul, a los árboles que los rodeaban. Los niños corrían y pateaban una pelota, riendo y jugando. Su hija Winta estaba en alguna parte entre ellos. Omera sabía que llegaría el día en que la pequeña se uniría a sus trabajos con las redes y canastas de mimbre. En ese momento, la distinguió persiguiendo una rana por el arroyo y sonrió.

«Deja que sea una niña por un poco más de tiempo», pensó. «Y después, quizá...».

Su sonrisa se desvaneció cuando los escuchó llegar; la respiración se le congeló de forma abrupta en los pulmones. Era un sonido parecido a un trueno y su reverberación provocó que parvadas de aves asustadas salieran de entre las ramas. Un instante después, todo el bosque pareció estallar con el terrible fuego rojo de bláster que bajaba de las ramas superiores y explotaba por todo el campo abierto, que se volvió trizas y comenzó a lanzar espirales de humo y agua. Con un repentino grito de terror, los aldeanos soltaron sus redes y huyeron.

—¡Mamá! —gritó Winta con una voz cargada de terror.

Omera la encontró a lo lejos, todavía en el arroyo donde estuvo persiguiendo a la rana, y corrió a su encuentro. Otro estallido de los cañones resonó muy cerca y provocó una nube de agua y vapor que pareció sacudir al planeta mismo. Winta gritó de nuevo.

Omera tomó a su hija y la jaló hacia el estanque, donde la sostuvo apenas por encima de la superficie. Debajo del agua, podía sentir que Winta se aferraba a ella con fuerza; su pequeño cuerpo temblaba de terror, agitándose sin poder respirar, con los ojos muy abiertos e incapaz de hablar.

«Ya vienen», pensó. Sin apenas considerarlo, buscó con la mano una de las canastas curvas de mimbre y la colocó de cabeza para cubrir sus rostros. Con los ojos

bien abiertos, ella y su hija se asomaron por los huecos en la canasta y contemplaron al grupo de asaltantes salir de entre el humo.

Los saqueadores klatooinianos se lanzaron contra la aldea. Llegaron como siempre lo habían hecho en el pasado: con sus armas levantadas, vociferando, listos para tomar lo que les pertenecía. Desde donde ella y su hija vadeaban en el agua, Omera vio que los bandidos se dispersaban por todo el campamento; tomaron las redes, las bolsas y las canastas para apropiarse de la cosecha de la aldea, deleitándose con la destrucción. Omera observó a uno de los bandidos encajar su lanza en un droide y atravesar su procesador neural.

Al final, los saqueadores se dieron la vuelta y cargaron con lo que habían robado. Tras de sí, la aldea quedó en llamas. Omera abrazó a su hija, pero no pudo obligar a su cuerpo a moverse.

Se preguntó si algún día volverían a sentirse seguras.

* * *

El *Razor Crest* viajó por el espacio.

Dentro de la cabina, el mandaloriano puso su atención en su siguiente destino. El niño estaba sentado a su lado, fascinado con el despliegue de luces de diferentes colores. Levantó la mano y presionó uno de los botones verdes en la consola de navegación. ¡CLIC! Los motores de la nave empezaron a producir un sonido apenas diferente. El niño emitió un gorjeo, feliz con el resultado, y apretó otro botón: esta vez el rojo. ¡CLIC!

—Deja de tocar cosas —advirtió el mandaloriano.

El niño lo miró con ojos muy abiertos y sin moverse. Entonces, muy despacio y sin desviar la vista de Mando, se inclinó y oprimió otro botón. ¡CLIC! La nave empezó a sacudirse y traquetear, desviándose de curso.

Mando lo cargó y lo alejó de los controles.

—Veamos —murmuró mientras consultaba los mapas—. Sorgan. Parece que no tiene puerto espacial ni centros industriales ni densidad de población. Es un verdadero agujero skug. Lo cual significa que es perfecto para nosotros. —Miró al niño—. ¿Estás listo para no llamar la atención y estirar las piernas un rato, pequeña rata womp? Nadie nos encontrará aquí.

Acurrucado en sus brazos, el niño parpadeó y miró alrededor, más interesado en las luces rojas y verdes.

* * *

Carasynthia Dune había aprendido hacía mucho tiempo a sentarse con la espalda contra la pared. Ese era el sitio más seguro.

Desde su mesa habitual en la cantina, vio al mandaloriano entrar y tomar asiento. No viajaba solo. Detrás de él se bamboleaba un ser pequeño, parecido a un niño, que

tenía la piel verde, orejas largas y ojos grandes. Cara los observó cuando el mandaloriano levantó al niño para ponerlo en su asiento y se sentó al otro lado, desde donde le pidió al dueño del lugar que les diera un tazón de sopa de huesos.

«¿Qué está haciendo aquí?», se preguntó Cara. Ese nivel de vigilancia era una segunda naturaleza para ella, perfeccionada por años de supervivencia en circunstancias peligrosas y a veces mortales. Durante la guerra, había servido a la Alianza Rebelde como una trooper de choque: iba a donde la acción era más intensa y se infiltraba en áreas en las que la infantería tradicional no podía hacerlo, luchando hasta salir de allí sin ningún apoyo. Aprendió a confiar en sus instintos, y esos instintos eran los que la habían mantenido con vida. Justo ahora, le decían que era momento de irse.

Se puso de pie y se deslizó por la puerta para dar vuelta en la esquina, hacia el espacio cercado por los edificios. Esperó entre las sombras, escuchándolo todo.

Un momento más tarde, el mandaloriano la siguió. Cara lo escuchó venir y esperó hasta que estuvo lo bastante cerca como para atacarlo. Saltó para asirse de una barra que estaba encima de ella, balanceó los pies hacia adelante y lo golpeó en el pecho. Mientras él seguía recuperándose, aterrizó y le dio un fuerte puñetazo en la cabeza y otro en el tórax, empujándolo contra la pared. Él se abalanzó al frente, lanzó fuertes puñetazos que le dieron en las costillas y en el rostro. Cara le sujetó la garganta, por debajo del casco, y lo derribó al suelo entre gruñidos.

El cazarrecompensas activó su lanzallamas. Ella se lanzó por los aires y le cayó encima con ambos pies, usando toda la fuerza de la que fue capaz. Rodó hacia un costado y tomó su bláster. Ambos terminaron en el suelo, jadeando para recuperar la respiración, con las armas apuntadas al rostro del otro.

A un lado de ellos, Cara escuchó unos sorbidos. Miró hacia allí y vio al niño que el mandaloriano había traído consigo, de pie y sorbiendo felizmente del tazón de sopa de huesos mientras los observaba.

—¿Quieres un poco de sopa? —preguntó el mandaloriano.

* * *

De regreso en la cantina, ocuparon una mesa y Cara le contó en qué había andado.

—La mayor parte de la acción en la que participé fue para lidiar con las consecuencias después de Endor —relató—. La mayoría eran exjefes imperiales. Lo querían rápido y en silencio. Nos enviaron en transbordadores. Luego, cuando los imperiales se fueron, llegaron los políticos. —Agitó la cabeza—. Eso no es a lo que me comprometí.

—¿Cómo terminaste aquí? —inquirió el mandaloriano.

—Digamos que fue un retiro anticipado. —Cara tomó un sorbo del tazón y volteó a verlo—. Sabía que estabas en el sindicato y supuse que tenías un fob para buscarme. Por eso te ataqué con tanta fuerza.

—Sí, eso supuse.

La mujer se levantó.

—Bueno, ha sido todo un placer, pero a menos que quieras otra ronda, uno de nosotros tendrá que irse y yo llegué primero.

Mientras se alejaba, el mandaloriano miró al niño, que le devolvió una mirada inquisitiva.

—Al parecer, este planeta ya está tomado —explicó—. Nos iremos en la mañana.

* * *

Esa noche, mientras preparaba el *Razor Crest* para partir al amanecer, escuchó que alguien se aproximaba entre los árboles. Si era un enemigo, estaba haciendo muy mal trabajo al tratar de acercarse con sigilo. Un momento después, dos hombres salieron de entre los árboles: uno era joven y el otro un poco mayor, y ninguno de los dos parecía muy seguro de sí mismo.

—Disculpe —dijo uno de ellos. Sonaba nervioso—. Disculpe, señor.

Mando volteó.

—¿Los puedo ayudar en algo?

Dudaron un instante. Uno de ellos retomó el habla.

—Bandidos, señor.

—Tenemos dinero —añadió el otro.

El cazarrecompensas los contempló por un momento. Ambos lo miraban con una mezcla de esperanza y desesperación.

—¿Así que piensan que soy algún tipo de mercenario?

—Usted es un mandaloriano, ¿cierto? O cuando menos lleva armadura mandaloriana. —El más joven de los dos estaba casi sin aliento por la emoción—. Señor, he leído mucho acerca de su pueblo... su tribu... y si la mitad de lo que leí es cierto...

—Tenemos dinero —repitió el otro, que sostenía una bolsa para mostrársela.

—¿Cuánto?

—Es todo lo que tenemos. —El joven tragó con fuerza y apretó los músculos de la garganta—. Robaron toda nuestra cosecha.

—Krill —agregó el otro hombre—. Cultivamos krill.

—Elaboramos spotchka. Toda nuestra aldea contribuyó.

El mandaloriano miró el pequeño saco de créditos en la mano temblorosa del hombre.

—No es suficiente —sentenció y se dio la vuelta.

—¿Está seguro? ¡Ni siquiera sabe de qué se trata el trabajo!

—Sé que no basta —replicó Mando—. Buena suerte.

Antes de que pudieran responder, oprimió el interruptor que extendía la rampa de abordaje del *Crest*. Una repentina ráfaga de vapor se esparció a medida que la rampa descendía. Los dos hombres retrocedieron, musitando para sí mismos acerca del fracaso de su misión y de la derrota segura que le seguiría.

—Nos tomó todo un día llegar aquí —se quejaba el más joven—. Ahora tendremos que cabalgar en la oscuridad, sin protección, hasta la mitad de la nada...

Mando levantó la cabeza.

—¿Dónde viven?

—En una granja. —El hombre que traía la bolsa de dinero lo miró por encima del hombro—. ¿No nos escuchó? Somos granjeros.

—¿A la mitad de la nada? —Pensó de nuevo en la posibilidad de encontrar un santuario, un sitio donde él y el niño pudieran estar a salvo, una oportunidad para reorganizarse y decidir su siguiente jugada. Quizás este planeta podría funcionar, cuando menos por un rato.

—Sí. —El hombre mayor asintió.

—¿Tienen alojamiento?

—Por supuesto —respondió el más joven.

—Bien. Suban y ayuden.

Los dos hombres intercambiaron una mirada perpleja, sin estar seguros de por qué su suerte había cambiado de pronto, y pusieron manos a la obra. Mientras ayudaban a cargar provisiones en el elevador, preparándose para dirigirse a su aldea, el cazarrecompensas se dio cuenta de que alguien más podría ayudarlos.

—Voy a necesitar otra cosa más. —Extendió la mano—. Denme esos créditos.

El hombre mayor lo miró sorprendido.

—Entonces, ¿ahora sí será suficiente?

Mando colocó la última de las bolsas en el elevador.

—Ya veremos —contestó.

* * *

Encontró a Cara Dune sentada frente a la fogata de su campamento, con los ojos alertas y el bláster apuntado hacia él. Mando respondió lanzándole a los pies la bolsa de créditos.

—¿Lista para la segunda ronda?

Ella frunció el ceño, pero bajó el arma para escucharlo. Los créditos le compraron el tiempo suficiente para explicarle la propuesta que le habían ofrecido los dos hombres de la aldea. Con base en la información que le habían dado, pensaba que podía aprovechar otro par de manos, alguien que supiera cómo manejar un bláster.

—Entonces, ¿estamos persiguiendo a una banda de ladrones a cambio de dinero para el almuerzo? —preguntó Cara cuando él terminó de describir la situación.

—Nos alojarán en medio de la nada —explicó Mando—. Por lo último que escuché, es un trato bastante bueno para alguien en tu posición. En el peor de los casos, ajustarás tu bláster. En el mejor, somos un disuasorio. —Volteó para mirar los bosques que los rodeaban—. No puedo imaginar que exista algo en estos árboles que una antigua trooper de choque no pueda manejar.

Cara no respondió, se limitó a mirar al fuego. El mandaloriano se inclinó hacia atrás y esperó su respuesta, pero ya tenía una idea de lo que le diría.

CAPÍTULO



PARA EL AMANECER del día siguiente, su speeder había salido del bosque y planeado hacia la aldea. La noticia sobre su arribo seguro había llegado a oídos de sus pobladores, ya que un grupo de niños lugareños corrió para encontrarse con el vehículo. Mando y Cara observaron a los chicos que iban hacia ellos, entre risas y saludos con la mano; su interés se centró de forma casi inmediata en el niño, que también los miraba con las manos en alto y gorjeos de placer.

—Parece que están felices de vernos —aventuró el mandaloriano.

La expresión de Cara siguió neutral.

—Eso parece.

Mando bajó del speeder y empezó a descargar las provisiones. Por lo que podían ver, la aldea era un conjunto de chozas y graneros con techos de paja, rodeados por una serie de pequeños estanques con redes suspendidas por encima: era ahí donde los aldeanos y granjeros pescaban el krill. Se trataba de una comunidad pacífica de pescadores-granjeros, un sitio donde nada sería demasiado peligroso.

Mientras recorrían el campamento, Mando llevó sus cosas al granero donde le dijeron que se quedaría. Adentro, una mujer abría las persianas de la ventana para permitir la entrada de la luz. Tenía la piel oscura y ojos amables y cordiales. Le sonrió.

—Entre, por favor —indicó—. Me llamo Omera. Espero que estén cómodos y lamento que lo único que tengamos sea el granero.

—Esto será suficiente —afirmó Mando y bajó la caja que llevaba consigo.

—Apilé unas mantas allá.

—Gracias. Es muy amable... —Por el rabillo del ojo, distinguió que algo se movía. Giró por reflejo, con el bláster listo en la mano. Al voltear hacia la entrada, vio que una niña pequeña se aferraba al costado de la mujer. Bajó su arma al detectar el temor en su mirada.

—Esta es mi hija Winta —dijo Omera—. No recibimos muchos visitantes aquí. No está acostumbrada a los desconocidos. —Pasó la mano de manera tranquilizadora sobre la cabeza de la niña—. Este amable señor nos va a ayudar a protegernos de los malos.

—Gracias —dijo la niña, mirándolo.

—Vamos, Winta —indicó Omera—. Vamos a darle un poco de privacidad a nuestro invitado.

Ambas regresaron más tarde, justo cuando él había terminado de guardar sus cosas. Esta vez, Omera traía consigo una bandeja con comida. Winta contempló al niño: estaba montado en una cuna improvisada junto al catre de Mando y parpadeaba hacia las visitantes, mirándolas con gran interés.

—¿Puedo alimentarlo? —preguntó Winta.

—Claro.

La niña se arrodilló.

—¿Tienes hambre? —preguntó y soltó una risita cuando el niño aceptó el bocado que sostenía frente a él. Winta volteó hacia Mando—. ¿Puedo jugar con él?

El hombre suspiró.

—Claro. —Levantó al niño de la cuna y lo bajó al piso de madera.

—¡Vamos! —exclamó Winta y salió corriendo; el pequeño gorjeó feliz y empezó a seguirla.

—No creo... —comenzó a decir Mando.

—Estarán bien —aseguró Omera.

—No...

—Estarán bien. —Omera le sonrió de nuevo y Mando sintió que parte de sus dudas empezaba a disolverse—. Le traje un poco de comida —continuó la mujer—. Noté que no comió nada. Se lo dejo aquí para cuando me vaya.

—Es muy considerado de su parte —respondió y empezó a regresar al granero, pero ella seguía parada en el umbral, mirándolo con atención.

—¿Le molesta si pregunto algo?

El cazarrecompensas asintió.

—Adelante.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde que se quitó eso?

—¿Mi casco? —Hizo una pausa—. Ayer.

—Quiero decir, enfrente de alguien más.

Mando dirigió la vista hacia donde los niños jugaban. El niño se bamboleaba con gran felicidad junto a los otros, emitiendo ruiditos de emoción.

—No era mucho mayor que ellos —respondió.

—¿No le ha mostrado su rostro a nadie desde que era niño?

—No. Fui feliz de que me aceptaran. Mis padres murieron y los mandalorianos cuidaron de mí.

—Lo siento —murmuró. Él le regresó la mirada.

—El camino así es.

Omera lo observó de nuevo por un instante.

—Avísenos si necesita alguna otra cosa.

—Gracias.

La contempló mientras ella se daba la vuelta para irse. Cuando desapareció, el mandaloriano se sentó a la mesa donde la mujer había dejado la comida. A través de la ventana podía escuchar a los niños que jugaban afuera, reían y corrían en círculos. Sus voces sonaban felices, despreocupadas, llenas de vida. El niño estaba entre ellos y también reía, sintiéndose en perfecto ambiente.

Alzó las manos para levantar su casco, se lo quitó y empezó a comer.

* * *

Al anochecer, Mando y Cara recorrieron el área que circundaba la aldea. Era una buena noche para una misión de reconocimiento. El ocaso era pacífico y el aire estaba casi en silencio, excepto por el leve chirriar de los insectos en el bosque. Mando levantó la mano e hizo un ajuste a su visor; el espectro infrarrojo se encendió y reveló una serie de pisadas que llevaban al bosque.

—Cerca de quince o veinte llegaron aquí a pie —calculó y apuntó hacia las ramas arriba de ellos—. Y algo grande podó esas ramas. —Caminaron un poco más lejos y se detuvieron de nuevo, sin que ninguno hablara mientras se acuclillaban junto a una enorme huella en la tierra suave.

—AT-ST —intervino Cara.

—Caminante imperial. —Mando seguía examinándola—. ¿Qué está haciendo aquí?

—No sé —respondió ella mientras se levantaban—. Pero esto es más de lo que me comprometí.

Él coincidió. Lo que los aldeanos habían descrito al inicio sonaba como una banda normal de ladrones, nada fuera de lo común. Pero esto era diferente. Desde la caída del Imperio, se habían reportado incontables suministros militares robados, armas y transportes que estaban en el mercado negro y dispersos por la galaxia. Con suficientes créditos, podía comprarse lo que se quisiera.

—Por lo que veo —dijo la mujer—, solo hay una forma de salir de esto. Y no les va a gustar.

* * *

—Malas noticias —informó Mando—. Ya no pueden vivir aquí.

Los aldeanos reunidos frente al granero lanzaron un murmullo colectivo de incredulidad y confusión. De pie junto a Winta, Omera estaba al frente y mostraba la misma expresión de incertidumbre y preocupación.

Cara levantó una ceja hacia el mandaloriano.

—Qué buena manera de dar malas noticias.

—¿Crees que puedes hacerlo mejor?

—No podría hacerlo peor. —Se adelantó y extendió las manos en señal de compasión—. Miren, sé que esta no es la noticia que querían escuchar, pero no

hay otras opciones.

—Aceptaron el trabajo —protestó alguien, y Mando vio que era uno de los hombres que lo habían abordado en su nave con la bolsa de créditos.

—Eso fue antes de que supiéramos del AT-ST —replicó Cara.

Bien podría haber hablado en otro idioma, porque ahora toda la multitud parecía absolutamente perpleja.

—¿Qué es eso? —preguntó otro.

—El caminante blindado con dos enormes cañones del que ustedes sabían y no nos dijeron —aclaró Cara. Si había esperado que esto convenciera de algún modo a los aldeanos, obtuvo el resultado contrario. Ahora todos les rogaban que se quedaran y pelearan. El mandaloriano vio que Omera los observaba, con su hija aún a su lado.

—No tenemos otro lugar a donde ir —dijo Omera.

—Claro que lo tienen —respondió Cara—. Este es un planeta grande. Bueno, he visto lugares mucho más pequeños.

La multitud no se dejaba convencer.

—Mis abuelos sembraron estos estanques —intervino uno de los granjeros—. Llevó generaciones desarrollar lo que tenemos.

—Entiendo —afirmó Cara—. De verdad. Pero solo somos dos.

—No, no lo son. ¡Aquí hay por lo menos veinte!

—Me refiero a *guerreros*. Sean realistas. —Su tono se volvió más amenazante—. He visto cómo esa cosa arrasa con compañías completas de soldados en cuestión de segundos.

Por un momento los aldeanos murmuraron entre sí. Mando distinguió la voz de Omera por encima de las demás; no muy fuerte, pero sí con la intensidad suficiente como para escucharla.

—No nos iremos —sentenció.

Cara intercambió una mirada con ella.

—No pueden luchar contra esa cosa.

El cazarrecompensas se descubrió mirando a la joven mujer que los había recibido en su aldea, la misma que les proporcionaría comida y refugio. Su expresión no había cambiado: era el rostro de una sobreviviente que se negaba a dejarse vencer por el miedo, decidida a mantenerse firme sin importar el costo.

Mando se dirigió a Cara.

—A menos que les enseñemos cómo.

CAPÍTULO



DE PIE AL BORDE del claro, Mando y Cara trazaron el plan para los aldeanos.

—Tienen dos problemas —explicó el cazarrecompensas—: los bandidos y la máquina. Nosotros nos ocuparemos del AT-ST, pero deben protegernos cuando salgamos del bosque.

El grupo se quedó escuchándolos con gran atención. Ahora que Cara y él habían accedido a ayudarlos, los aldeanos estaban listos para hacer lo que fuera necesario para defenderse, por lo menos la mayoría de ellos. En la parte posterior, Mando reconoció los rostros de Stoke y Caben, los dos hombres que al principio le habían ofrecido los créditos para que peleara por ellos; parecían inseguros de su capacidad para quedarse a luchar.

—¿Cómo se supone que derribemos a un caminante imperial? —cuestionó Caben.

—Buena pregunta —dijo Cara dando un paso al frente—. No hay nada en este planeta que pueda dañar las patas de esa cosa, así que lo que haremos será construirle una trampa. —Hizo un ademán hacia el pantano detrás de ella, donde el suelo daba paso a una serie de estanques—. Cavaremos un hoyo muy profundo justo allí. Y cuando la cosa entre, caerá.

—Necesito que corten árboles para construir barricadas en estos lados —indicó Mando—. Necesitan ser lo bastante altas y fuertes para que no puedan saltarlas ni atravesarlas. —Estudió los rostros frente a él y comprendió la gran pregunta que se había estado formando entre ellos—. Muy bien, ¿quién sabe disparar?

Silencio. Nadie se movió. Entonces, Omera levantó la mano.

* * *

No mentía. En el tiro al blanco, mientras el resto del grupo se afanaba en atinar con diversos grados de exactitud a los sartenes y ollas colgados de una rama, Omera disparaba con confianza y precisión, acertaba a cada blanco en todas las ocasiones.

A la distancia, Mando pudo oír que Cara trabajaba con los demás para entrenarlos en maniobras básicas de combate cuerpo a cuerpo, con lanzas y picas afiladas que ellos mismos habían fabricado. Al menos sonaban decididos y eso era bueno. Al final, cuando cayera la noche, necesitarían de cualquier ventaja que pudieran tener; el resultado de la batalla se reduciría a la mera fuerza de voluntad.

Ya cerca del crepúsculo, Omera lo encontró en el granero, ocupado con los preparativos de última hora.

—Saldremos pronto —dijo él—. Cuando regresemos, llegaremos con todo.

Ella asintió.

—Estaremos listos.

Mando la miró sin decir nada.

—Vámonos —llamó Cara desde fuera del granero y él volteó para irse.

* * *

El bosque estaba casi por completo oscuro y el cielo nocturno sin luna daba la protección perfecta para la operación. Mando y Cara avanzaron sobre el colchón de hojas secas y agujas de los árboles que amortiguaban sus pasos. Poco a poco escucharon los gruñidos y voces indistintas de los bandidos reunidos alrededor de una fogata que se adivinaba a la distancia. Eran los klatooianos.

Eran humanoides con piel marrón verdosa, cejas imponentes y quijadas llenas de dientes afilados que les daban un aspecto demasiado salvaje. Los que rodeaban el fuego comían y bebían, sobre todo lo último, como se podía adivinar por el sonido del choque de sus copas, llenas del luminoso spotchka azul que engullían, y por cómo arrastraban cada vez más las palabras. Sus éxitos recientes en la aldea los habían dejado con una sensación optimista y de confianza excesiva, y no hacían esfuerzo alguno para mantener la vigilancia.

Mando y Cara entraron al área iluminada por el fuego. Ambos guardias levantaron la vista, totalmente sorprendidos. Uno dejó caer su copa y empezó a levantarse, pero no alcanzó a hacerlo antes de que Cara lo derribara de un golpe y lo rematara con un puñetazo en la cabeza. Mando acabó con el otro y un momento más tarde ya estaban de nuevo en movimiento, con la cabeza baja, andando a toda prisa hacia el segundo grupo de fogatas.

Más adelante estaba el campamento principal: un puesto de avanzada con edificaciones sólidas que tenían algún tipo de luz azul que brotaba del interior. El mandaloriano volteó hacia Cara y ella asintió: ese era el lugar. Así pues, levantaron la aleta de la tienda de campaña y entraron.

La tienda parecía desierta. Alrededor, grandes tanques circulares llenos de spotchka azul lanzaban sombras acuosas por todo el interior del lugar, lo que daba al espacio un aspecto etéreo, similar al de un sitio encantado. Mando sacó una carga gris, la encendió y pegó el dispositivo con su luz roja parpadeante en una de las paredes. Pudo escuchar que del exterior venían más voces que hablaban y reían a medida que los bandidos se acercaban. Luego, de forma abrupta, las voces callaron. Miró a Cara: ella también había comprendido lo que sucedía. Entonces, las aletas se abrieron de nuevo.

Los bandidos irrumpieron en un clamor de furia. Mando y Cara los enfrentaron con una combinación de golpes y patadas. Un bandido poco afortunado terminó con

la cabeza metida en un estanque burbujeante de spotchka. No obstante, cuando llegó la segunda oleada, alguien empezó a disparar y Mando advirtió que él y su compañera estaban acorralados. Salir sería mucho más difícil de lo que anticipó. Mientras tanto, el temporizador del detonador aceleró a un BIP-BIP-BIP casi enloquecedor.

—¡Ve, yo te cubro! —le dijo a Cara Dune. Volteó, sacó su bláster y abrió fuego contra la pared opuesta, destrozándola hasta que se debilitó lo suficiente como para que ambos pudieran atravesarla. Un momento después, toda la operación se convirtió en una bola de fuego detrás de ellos, lo bastante cercana como para lanzarlos disparados hacia el suelo e incendiar todo el puesto de avanzada.

—Espero que el plan haya funcionado. —Cara se sentó y escupió tierra mientras lo miraba. Mando volteó hacia el par de ojos rojos que salió entre los árboles hasta erguirse sobre ellos con un chirriante gemido mecánico.

* * *

La carrera de regreso a la aldea fue una absoluta confusión. Al correr por los bosques, el mandaloriano percibía la presencia del caminante imperial, que los seguía de cerca. Podía escuchar y sentir el pesado retumbar de sus patas y de sus cañones que, con sus disparos, provocaban que nubes de tierra inundaran el aire a sus costados. Sabía que la trinchera estaba en algún sitio, con la barricada detrás, en un paisaje salpicado por las llamas anaranjadas de docenas de antorchas.

Él y Cara corrieron por un sendero estrecho que los aldeanos habían construido sobre la trinchera. Entre las antorchas parpadeantes, estos los esperaban con sus blásteres y armas caseras listas. Voltearon hacia el bosque.

—¡Ya vienen! —susurró alguien, y una descarga de adrenalina atravesó la fila como una corriente eléctrica.

Los árboles cayeron al suelo con sus ramas destrozadas en cuanto los ventanales rojizos de la cubierta de control del AT-ST aparecieron entre ellos, y la máquina estuvo a plena vista. Desde esta perspectiva, mientras se abría paso sobre sus patas dobladas, semejantes a las de una cigüeña, parecía incluso más grande.

«Así está perfecto», pensó Mando. «Sigue caminando». Midió en su mente la distancia restante a medida que se acercaba: faltaban veinte metros. Pudo sentir que su cuerpo se tensaba con la anticipación. La máquina dio un paso más, y luego otro.

Ahora faltaban quince metros. Diez... cinco... Y el caminante se detuvo. Mando refunfuñó y, a su lado, percibió una reacción similar en Cara. «¿Qué está haciendo?».

Un haz de luz brillante salió del caminante y empezó a barrer el terreno que se hallaba al frente, lanzando grandes sombras sobre la reluciente extensión de lagunas y chozas. Iluminó al otro lado de la barricada, hacia la hilera de rostros.

—¡Abajo! —indicó Mando entre dientes—. ¡Abajo!

De pronto, la máquina empezó a disparar de nuevo con sus ensordecedores cañones. Cara volteó hacia los aldeanos.

—¡Quédense allí! —gritó—. ¡Mantengan sus posiciones!

Fue entonces que Mando los escuchó salir de los bosques, alertado por su grito de batalla. Un instante después, el grupo de asalto de los klatooianos arremetió entre gritos y alaridos, con las armas en alto y dispersándose hacia la barricada.

—¡Abran fuego! —gritó Cara.

De inmediato, el paisaje cobró vida con los tiros de bláster que volaban de un lado a otro. Los aldeanos se levantaron y empezaron a dispararles a los bandidos mientras estos avanzaban. El mandaloriano apuntó a la cabina de control del caminante, pero su armadura reforzada desvió los disparos, y estos rebotaron de su cubierta exterior sin causar ningún daño. Aún no se había movido de su sitio al borde de la trinchera y no necesitaba hacerlo; desde allí, sus cañones gemelos estaban provocando un caos en la aldea. La situación se deterioraba con gran rapidez. Desde donde estaba acuclillado, Mando podía escuchar los gritos de la gente que había accedido a proteger y que ahora se encontraba indefensa y superada por la potencia de fuego de los otros. El caminante no tardaría mucho en terminar el trabajo.

—¡Tenemos que lograr que esa cosa dé un paso al frente! —exclamó, mirando a Cara.

—Estoy pensando —respondió ella—. ¡Dame el rifle de pulso!

—Yo te cubro. —Se lo entregó y ella saltó desde detrás de la barricada. Empezó a correr a toda velocidad hacia la trinchera, atrayendo los disparos. Mando la miró por última vez cuando saltó hacia la trinchera y desapareció. «Vamos, Cara», pensó. «Tú puedes».

El caminante dio otro paso; ahora estaba lo bastante cerca como para que sus patas se doblaran al borde de la trinchera. Luego se detuvo de manera abrupta y empezó a dispararle directo a Cara. Ella devolvió el fuego con el rifle de pulso, pero Mando sabía que no duraría mucho.

—Muerde el anzuelo, pedazo de chatarra —murmuró. Detrás de él, escuchó la voz de una mujer que les hablaba a los demás.

—¡Es ahora o nunca! —gritó Omara.

Ese fue todo el aliento que necesitaron los otros aldeanos. Saltaron de su escondite y corrieron hasta engarzarse con los bandidos, como los habían entrenado, en un combate cuerpo a cuerpo en el que blandieron sus bastones y lanzas, y pelearon con todo lo que tenían. Cuando el mandaloriano se levantó para unirse a ellos, se dio cuenta de que podrían tener una oportunidad si de alguna manera lograban derribar al caminante. Sin embargo, era una posibilidad muy remota.

Cara estaba de pie en la trinchera, con el rifle al hombro. Hizo un solo disparo al lado derecho de la ventanilla de la cubierta de mando: un tiro directo. La máquina se echo atrás cuando su ojo rojo estalló en una lluvia de chispas y el caminante se inclinó al frente. Plantó un pie sobre el borde de la trinchera y la tierra empezó a desmoronarse bajo su enorme peso.

Eso fue todo lo que necesitó. Mando vio que las patas del caminante se doblaban de lado y se desplomaban debajo de él hasta que la cabina superior de control golpeó contra el suelo con un estruendo ensordecedor. Sacó un detonador, lo encendió y empezó a correr hacia el caminante hundido hasta que estuvo lo bastante cerca para arrojárselo a través de la ventanilla destrozada.

La explosión lo lanzó de cabeza hacia la trinchera. Al salir un momento después, él y Cara miraron a todas partes para ver lo que quedaba del caminante; esa mole, antes imponente, quedó reducida a un montón enorme de escombros mecánicos en llamas.

El efecto sobre los bandidos que quedaban fue casi inmediato. Con el AT-ST destruido, de pronto se encontraron en el lado perdedor de la batalla. El mandaloriano observó el momento en que empezaron a darse vuelta y correr de regreso a los bosques, vociferando consternados al notar la rapidez con la que habían perdido la ventaja. Al otro lado del campo de batalla improvisado, escuchó la algarabía de los aldeanos, que izaban sus lanzas por encima de la cabeza en señal de victoria.

«Se lo han ganado», pensó y miró a Cara.

—¿Ese era el plan?

La mujer rio al mismo tiempo que trataba de recuperar el aliento.

—Algo parecido.

CAPÍTULO



LOS DÍAS que siguieron fueron algunos de los más relajados que Mando hubiera experimentado en su memoria reciente. Después de que el humo se despejó y la aldea regresó a sus actividades normales, se descubrió a sí mismo instalándose en su lugar en el granero. Omera lo hacía sentir bienvenido y el niño jugaba durante horas con Winta y los demás pequeños, además de perseguir ranas.

Los días pasaban unos tras otros sin diferencia alguna. Cierta tarde, él y Cara Dune estaban fuera del granero observando al niño, que perseguía a una rana y se la metía en la boca. El animal sacudió y retorció sus largas patas, que se asomaban entre sus labios; los otros chiquillos soltaron un entusiasta gemido de asco, por lo que el niño escupió a la rana y la dejó ir entre saltos. Un momento después, Omera llegó para reunirse con ellos a mirar a los chicos.

—Está muy feliz aquí —comentó.

—Sí que lo está —asintió Mando.

—Se adaptó muy bien a los demás. —Omera sonrió y se alejó hacia el estanque de krill. Cara volteó a mirar al cazarrecompensas.

—¿Qué pasa si te quitas esa cosa? —le preguntó—. ¿Vienen a buscarte y te matan?

—No —respondió—. Solo no te lo puedes poner de nuevo.

—¿Eso es todo? —La antigua trooper de choque lo miró sorprendida—. Entonces, ¿puedes quitarte el casco y sentar cabeza con la viuda joven y bella, y criar a tu niño mientras te sientas aquí a beber spotchka?

Mando no contestó por un momento.

—¿Sabes? Hace unas semanas creamos un verdadero caos en este lugar. Es demasiada acción para un pueblo perdido como este y las noticias viajan rápido. —Volteó a mirarla—. Podría ser que debamos irnos.

Cara hizo un movimiento con la taza para señalar a los pequeños reunidos alrededor del niño.

—No quisiera ser la que se lo tenga que decir.

—Lo dejaré aquí. Viajar conmigo no es vida para él. Ya hice mi labor. Está a salvo y tiene una mejor oportunidad en la vida.

—Le romperás su corazoncito —afirmó Cara y bebió otro trago de la taza en su mano.

—Lo superará. Todos lo hacemos.

Antes de que pudiera contestarle, él se incorporó y salió del porche para caminar hacia el estanque, en donde Omera estaba arrodillada con una canasta para el krill.

—Disculpa, ¿podemos hablar un momento?

—Por supuesto. —La mujer se levantó para seguirlo lejos de los demás. Mando se detuvo y se dio cuenta de que no sabía cómo iniciar la conversación.

—Este es un lugar muy agradable.

—Lo es —confirmó Omera.

—Creo que es obvio que el niño... está feliz aquí.

Ella le sonrió.

—¿Qué me dices de ti?

—¿Yo?

—¿Tú estás feliz aquí? —Cuando él no respondió de inmediato, Omera respiró profundo—. Queremos que te quedes. La comunidad está agradecida. Puedes guardar todo esto en caso de que alguna vez haya problemas. —Su mirada se encontró con la del mandaloriano y brilló en la luz vespertina—. Tú y el niño pueden tener una buena vida. Podría seguir siendo niño durante un buen tiempo. —La amabilidad de su voz pareció mezclarse con la sensación general de paz que emergía de ese lugar, de la gente que había llegado a conocer y de la libertad que había encontrado allí—. ¿No sería lindo?

—Lo sería —contestó Mando.

Omera levantó ambas manos y tocó los costados de su casco. Él no hizo ningún movimiento inmediato para retirarlas; se quedó así por unos segundos; sin embargo, al final le tomó las muñecas y las guio de nuevo a ambos lados de su cuerpo.

—Yo... no pertenezco aquí —murmuró y miró hacia el niño—. Pero él sí.

Omera tragó saliva y asintió.

—Entiendo. Lo cuidaré como si fuera mío.

—Gracias. —Mando se alejó un paso—. Debería irme.

Estaba a punto de irse cuando se escuchó el estruendo de un disparo de bláster. El impacto causó que parvadas de aves sorprendidas salieran de los árboles, y lo sacó de sus pensamientos mientras escuchaba a los niños gritar.

—¡Ve por los niños! —le gritó a Omera. Sacó su bláster mientras volteaba para asegurarse de que el niño estuviera seguro, antes de correr hacia el bosque, en dirección al disparo.

Avanzó rápido entre los árboles y subió por la colina, sorteando las ramas que poco a poco dieron paso al claro. Al llegar al área donde la ausencia de follaje daba lugar a un espacio abierto, vio la figura que destacaba al tope de la colina con el bláster en la mano. Era Cara Dune.

El cuerpo envuelto en una capa yacía a sus pies, todavía salía humo por el orificio que le había dejado el disparo; además, tenía un rifle de francotirador tirado a su lado. Mando se agachó y volteó el cadáver para mirar los visores protectores y el largo

hocico del cazarrecompensas kubaz. Vio también el fob rastreador que parpadeaba, seguía sonando una alerta de proximidad.

—¿A quién está rastreando? —preguntó Cara, mirándolo.

—Al niño.

Ella soltó un resoplido.

—Saben que está aquí.

—Sí.

—Entonces seguirán viniendo.

Solo había una respuesta.

—Así es.

El mandaloriano azotó la bota contra el dispositivo de rastreo, pisoteándolo con fuerza hasta pulverizarlo contra el suelo rocoso, y hasta que la luz roja se apagara por completo.

* * *

Las despedidas ocurrieron junto al trineo de provisiones donde Mando apilaba los suministros que se llevaría al *Razor Crest*. Cara se acercó a Omera, Winta y los demás aldeanos que se reunieron mientras él terminaba de cargar sus provisiones.

Cara dio un paso al frente.

—Hasta que nos volvamos a encontrar —se despidió y le ofreció una mano, que Mando tomó entre la suya.

—Hasta que nos volvamos a encontrar. —El mandaloriano volteó hacia Winta, que abrazaba al niño con lágrimas en los ojos.

—Voy a extrañarte mucho —dijo ella, y el niño la abrazó entre gorjeos tenues. Cuando Mando levantó la vista, vio a Omera frente a él.

—Gracias —murmuró. Por un instante pareció que le diría algo más. Al final, Mando solo asintió, y él y el niño se prepararon para irse.

Momentos después, ya se habían marchado.

CAPÍTULO



—MANDO, ENTREGA AL NIÑO. —La voz se oía fragmentada a través del intercomunicador del *Razor Crest*. — Y podría dejarte vivir.

El mandaloriano se percató de que la otra nave ya estaba detrás de la suya, y que sus cañones láser disparaban lo bastante cerca como para sacudir al *Crest*. Un segundo después, uno de los disparos acertó en el motor de estribor, lo que los sacudió y provocó que al niño se le escapara un chillido de sorpresa. Las alarmas sonaron y las luces empezaron a pulsar en el tablero frente a él, mientras los sistemas diagnósticos de la nave informaban daños graves.

—Agárrate —le indicó Mando al mismo tiempo que encendía las armas e inclinaba la nave en una maniobra evasiva. La otra nave se acercaba cada vez más, preparándose para destruirlo. Volvió a escuchar la voz del piloto, que ahora sonaba engreída y arrogante.

—Puedo llevarte tibio o puedo llevarte frío. Tú eliges.

Mando dejó que el atacante en ciernes se acercara y, cuando lo hizo, encendió los impulsores de reversa e inclinó la nave para descender de manera abrupta; la nave enemiga pasó directamente por arriba, lo bastante cerca como para rebotar contra el flanco izquierdo del *Crest*. En menos de un segundo, el mandaloriano tenía al otro piloto en su mira.

—Ahora me toca a mí —siseó y apretó el gatillo.

A través del intercomunicador se escuchó un repentino grito de sorpresa. La nave explotó frente a él y se pulverizó en millones de fragmentos diminutos que pronto desaparecieron en la negrura circundante.

Se acomodó de nuevo en su asiento y miró al niño. Este lo observaba con esos ojos grandes llenos de asombro y, sin lugar a duda, de placer entusiasta. Parecía como si quisiera hacerlo todo de nuevo.

—No se supone que sea divertido —espetó Mando, pero los balbuceos y risitas del niño insistían en lo contrario. Aun así, las alarmas del *Crest* seguían sonando y se dio cuenta de que el daño era peor de lo que había pensado al principio. Algunos de los sistemas estaban fallando y perdía combustible. Estaban cayendo a gran velocidad.

Apagó los motores, los escuchó chisporrotear hasta detenerse y los encendió de nuevo. Pudo convencer a los impulsores para que volvieran a funcionar... aunque no

sonaba nada prometedor.

Más abajo, el paisaje de arenas rojizas y cafés del planeta se volvía más grande a la distancia. Mando encendió su intercomunicador y escuchó la voz que ya intentaba hablar con ellos:

—Esta es la torre de Mos Eisley, lo estamos rastreando. Diríjase a la bahía tres-cinco, cambio.

—Entendido —respondió Mando—. Curso fijado a trescinco.

Para cuando aterrizó, el motor izquierdo ya estaba chisporroteando y lanzaba un ominoso humo negro. Sin importar qué fuera lo que estuviera mal con los impulsores, parecía que sería costoso. Sacó el tren de aterrizaje y descendió con el *Crest* a la plataforma, blindó al niño en un compartimiento seguro de la nave y extendió la rampa para desembarcar.

El anuncio arriba de plataforma de acoplamiento le informó dónde estaba: «Tatooine».

Al final de la rampa de abordaje, una serie de silbidos y chillidos electrónicos captó su atención. Tres droides de reparación con aspecto herrumbroso avanzaban con gran ansiedad hacia él sobre sus patas largas, con cajas de herramientas en la mano como si se prepararan para desmantelar la nave y convertirla en chatarra.

Mando sacó su bláster e hizo un tiro de advertencia; el trío respondió con un chillido comunitario de terror antes de tirarse al piso y aplanarse bajo sus cubiertas protectoras.

—¡Oye! —gritó una voz. Al voltear, vio que una mujer de pelo castaño rizado, ataviada con un overol, caminaba a grandes zancadas hacia él; llevaba un cinturón de herramientas a la cintura—. Si dañas a mis droides, me los pagarás.

—Solo manténlos lejos de mi nave.

—¿Sí? ¿Crees que sea buena idea? —La mujer lo contempló con actitud especulativa—. Veamos tu nave. —Al acercarse al *Crest*, levantó la mano y dio unos golpecitos con el puño sobre la parte inferior del casco. El mandaloriano vio cómo un trozo de metal suelto caía de forma estrepitosa—. ¡Uf! Mira eso. Tienes un montón de rayones carbonizados allá arriba. Uno podría pensar que estuviste en un tiroteo.

Mando no respondió. Para ese momento, la mujer ya había sacado un dispositivo diagnóstico, con la intención de examinar mejor el daño.

—Soy Peli Motto —se presentó—, ya que no te preocupaste de preguntar. Este es mi taller. No encontrarás a una mejor mecánica en el planeta. —Se inclinó un poco más para examinar la parte inferior del motor—. Sí, tendré que rotarlo. Tienes una fuga de combustible. Mira nada más, es un desastre, ¿cómo pudiste siquiera aterrizar? —Sin esperar respuesta, volteó hacia Mando y fue directo al grano—. Esto te va a salir caro.

—Tengo quinientos créditos imperiales.

Motto miró poco impresionada la pequeña bolsa de monedas.

—¿Eso es todo lo que tienes? Bueno... —Volteó hacia los droides de mantenimiento—. ¿Qué opinan, chicos?

Los droides trinaron y voltearon con cautela hacia el cazarrecompensas, guardando distancia.

—Bien, eso por lo menos debería pagar el hangar —dijo Motto.

—Te conseguiré el dinero.

—Mmm... Ya he oído eso antes.

—Solo recuerda...

—Sí —lo interrumpió—, nada de droides. Entiendo. No tienes que repetirlo.

Mando asintió y salió del hangar.

* * *

Las calles de Mos Eisley estaban casi vacías, como si lo que fuera que hubiera ocurrido en ese planeta hubiera pasado hacía mucho tiempo. Viviendas bajas de un solo piso y del color de arenisca estaban unas frente a otras en relativo silencio.

Al dar vuelta a una esquina hacia la siguiente calle, Mando levantó la vista y observó que un grupo de cascós de stormtroopers imperiales estaban suspendidos en lanzas que salían del piso, como un deprimente monumento y un recordatorio de que el Imperio ya no tenía dominio sobre ese planeta... y tal vez como advertencia para cualquiera que pensara lo contrario. Más adelante se topó con parte de los escombros de la última escaramuza que había ocurrido allí, con equipo dañado que parecía como si se hubiera incendiado. En ese lugar encontró a unos cuantos habitantes y una puerta cercana que conducía a una cantina. Se abrió paso hacia la oscuridad del interior.

Dentro había un local prácticamente vacío con un par de droides de servicio que preparaban bebidas detrás de la barra, además de una serie de mesas contra la pared, donde un puñado de otras personas, vagabundos y pilotos de todas las especies diferentes, conversaban entre murmullos. Pudo ver también un escenario vacío sin señal de músicos. Como las calles en el exterior, parecía el tipo de lugar en el que habían sucedido muchas cosas en el pasado, en otra vida; era fácil imaginar cuando allí se tocaba música alegre y el sitio se animaba con actividad e intriga, promesas y amenazas. Pero ya no era así.

—Oye, droide —dijo al acercarse a la barra—. Soy cazador y busco trabajo.

El droide no levantó la vista de la copa que estaba mezclando.

—Por desgracia, el Sindicato de Cazarrecompensas ya no opera en Tatooine.

—No busco trabajo del sindicato.

—Me temo que eso no mejora tu situación —replicó—, por lo menos según mis cálculos.

—Piensa de nuevo, montón de hojalata. —La voz de un hombre habló desde una de las mesas detrás de él.

Mando volteó para mirar al joven sentado entre las sombras, con los pies subidos frente a él en una actitud de excesiva confianza en sí mismo.

—Si buscas trabajo, toma asiento, amigo. —No esperó a que el mandaloriano respondiera—. Me llamo Toro, Toro Calican. —Hizo un ademán hacia el asiento vacío frente a él—. Ven y relájate.

El mandaloriano apenas había tomado asiento cuando, con ademán ostentoso, Calican lanzó un puck que cayó sobre la mesa y activó el holograma.

—Recogí este puck de recompensa antes de salir del Borde Medio —explicó el chico, al parecer muy complacido consigo mismo—. Fennec Shand, una asesina. Escuché que está huyendo desde que la Nueva República encerró a todos sus patrones.

Mando echó una ojeada al rostro de la mujer; sus rasgos eran fríos y remotos, y sus ojos de francotiradora lucían oscuros y carentes de compasión aun en el holograma.

—Conozco el nombre —afirmó.

—Sí, bueno, seguí este fob de rastreo hasta aquí. —Calican habló de manera casual mientras sostenía el fob para mostrar la luz roja parpadeante—. Los datos sugieren que se dirige más allá de Mar de Dunas. Debería ser un trabajo fácil.

Mando se incorporó.

—Buena suerte con eso.

Por un segundo, Calican se quedó demasiado sorprendido como para responder.

—Espera, espera, oye, pensé que necesitabas trabajo.

—¿Cuánto tiempo has estado en el sindicato?

—El suficiente.

—Es obvio que no. —Mando apuntó al puck—. Fennec Shand es una mercenaria de élite. Se hizo de un nombre como asesina de los principales sindicatos criminales, incluyendo los Hutt. —Miró directo a los ojos del joven—. Si vas detrás de ella, no vivirás más allá del amanecer.

Empezó a alejarse, pensando en cuál sería su siguiente parada. Mos Eisley podría ser un pueblo tranquilo sin gran cosa que lo hiciera recomendable, pero siempre había oportunidades para aquellos motivados a seguir buscando. Necesitaba pagar esas reparaciones y salir de allí lo más pronto posible.

—Espera —protestó Calican a su espalda.

Mando volteó y vio que el joven cazador lo miraba de manera diferente. Toda su arrogancia y desenvoltura se habían desvanecido para revelar su falta de experiencia.

—Es mi primer trabajo —admitió—. Puedes quedarte con todo el dinero. Es solo que... necesito este trabajo para entrar al sindicato. —Agitó la cabeza—. No puedo hacerlo solo.

Por un largo rato, el mandaloriano no respondió.

—Encuéntrame en el hangar tres-cinco en media hora —indicó al fin y se dio cuenta de que el chico ya se estaba relajando de nuevo—. Trae dos motos speeder y

dame el fob de rastreo.

Calican levantó el fob como si fuera a ponerlo en la mano de Mando, pero luego lo estrelló contra la pared. La sonrisa regresó a su rostro como si nunca la hubiera perdido.

—No te preocupes, lo tengo todo memorizado. —Su sonrisa se hizo más amplia
—. Parece que ahora estás atado a mí, compañero.

—Media hora. —Antes de que el chico pudiera decir otra cosa, Mando se dio vuelta y abandonó el lugar.

CAPÍTULO



DESPUÉS DE SALIR de la cantina, Mando regresó al *Razor Crest* que seguía en el hangar. Abordó la nave y fue hacia el compartimiento oculto donde escondió al niño, pero no estaba allí. Mando giró y corrió por la rampa.

—¡Oye!

Dentro de su oficina, Peli Motto se incorporó de un salto y levantó la cabeza, dando un grito.

—¡Estoy despierta! ¡Estoy despierta!

—¿Dónde está?

—¡Silencio! —La mujer salió con el niño, meciéndolo en los brazos. Le lanzó a Mando una mirada reprobatoria—. ¡Lo despertaste! ¿Tienes alguna idea del tiempo que me tomó lograr que se durmiera?

—Dámelo.

En lugar de ello, Motto se mantuvo firme y siguió escudriñándolo, en tanto que el niño se aferraba a los brazos de ella.

—¡No tan rápido! No puedes dejar solo a un niño de esa manera —lo regañó con una actitud reprobatoria y de instinto maternal—. ¿Sabes qué? Tienes un montón de cosas que aprender sobre la crianza de un bebé.

El mandaloriano bajó la vista hacia el niño, que había dejado de llorar y volteaba hacia la mujer mientras balbuceaba contento en sus brazos.

—En cualquier caso —prosiguió Motto—, ya empecé a reparar la fuga de combustible. Tuve un par de contratiempos de los que quiero hablar contigo. —Movió al niño con facilidad hacia el pliegue del codo izquierdo y levantó la mano hasta la consola de la pared; abrió el panel de acceso y escribió un código de diagnóstico. El niño observaba todo con gran interés—. No usé a ningún droide, como lo pediste, así que me tomó más tiempo del que esperaba. —Le lanzó una mirada dudosa—. Pero supuse que cumplirías con el pago, ya que tienes otra boca que alimentar.

Mando volvió a mirar al niño, y escuchó sus gorjeos y balbuceos. El bebé parecía reconocer que, sin importar cuáles pudieran ser los motivos económicos de Peli Motto, estaba seguro con ella.

—Gracias —respondió el mandaloriano.

La sinceridad de su respuesta pareció sorprenderla, pero solo por un instante.

—Bueno, supongo que tenía razón —dijo—. Conseguiste trabajo, ¿verdad? —No tenía que responder, pero ella lo siguió afuera mientras continuaba hablando—. ¡Debes saber que me está costando mucho dinero mantener encendidos estos droides!

El mandaloriano se detuvo. Frente a él, Toro Calican estaba parado junto a un par de motos speeder que flotaban con suavidad sobre sus propias sombras. El joven cazarrecompensas estaba inclinado contra uno de los vehículos con los brazos cruzados y la cabeza inclinada hacia atrás en una pose que, sin duda, había practicado frente a cientos de espejos diferentes.

—Ey, Mando, ¿qué te parecen? —preguntó, e hizo un ademán hacia las motos.

Las inspeccionó con cautela aunque no esperaba encontrar gran cosa. En el mejor de los casos eran de segunda mano, armadas con piezas sobrantes, pero llegarían hasta el Mar de Dunas.

—¿Qué esperabas? —preguntó Calican a la defensiva—. No estamos en Corellia. —Se refirió al planeta famoso por su manufactura de naves de primera calidad. Luego asintió hacia Motto, que seguía de pie con el niño en brazos—. Señora.

Peli Motto no respondió y solo lo miró con la suspicacia de alguien que ha visto aparecer y desaparecer a ese tipo de personas, pero Mando escuchó la respuesta del niño: una estruendosa risa divertida, como si todo eso, incluyendo la actitud presuntuosa de Toro Calican, fuera parte de un desfile preparado solo para divertirlo a él.

Mando subió a su speeder. Calican ya había encendido su propio motor y aceleró de forma estruendosa la máquina hacia la calle en dirección al desierto. Un momento después, el mandaloriano lo alcanzó con la esperanza de no estar cometiendo un error todavía más grande.

Ya lo descubriría pronto.

CAPÍTULO



EL DESIERTO ERA INFINITO.

Para los arqueólogos que estudiaban su pasado, el Mar de Dunas tenía secretos incontables. Las leyendas decían que alguna vez, hacía mucho tiempo, fue un mar verdadero, antes de que los soles gemelos de Tatooine lo secaran y lo dejaran en su condición actual, con cientos de kilómetros de arenas ardientes que corrían en todas direcciones hacia un horizonte que hervía con los espejismos provocados por el calor. Los huesos de seres extintos hacía largo tiempo estaban dispersos sobre las dunas, y tal vez debajo de ellos había antiguos reinos que nacieron y desaparecieron incluso antes.

El mandaloriano empujó el acelerador y se inclinó contra el viento. El speeder tenía un mejor desempeño del que esperaba y, de hecho, su motor parecía funcionar mejor a máxima velocidad, como si agradeciera la oportunidad de estar allí y devorar todo ese espacio abierto.

Su objetivo estaba en algún sitio allá afuera: Fennec Shand. Su reputación estaba más allá de cualquier duda. Para aquellos que tenían las posibilidades de pagar sus servicios (líderes criminales, políticos corruptos y Hutts), era una mensajera de la muerte, un fantasma con un rifle de francotirador que, para cuando la veías, ya era demasiado tarde.

Mando sabía que, si fracasaba en su misión para capturarla, él y Calican no sobrevivirían porque Shand se aseguraría de ello.

Bajó la palanca del acelerador y frenó la marcha hasta detenerse. El chico se detuvo a su lado y se quitó los visores para mirar alrededor.

—¿Qué pasa?

—Mira. Allá adelante. —Mando apuntó con el dedo.

Calican bajó de su moto y sacó un par de macrobinoculares de su mochila; los apuntó hacia un par de banthas descuidados que estaban parados a la distancia.

—Bandidos tusken —escupió Calican con desprecio—. Escuché que los lugareños mencionaban a esa basura.

—Los tusken piensan que ellos son los lugareños —respondió Mando—. Todos los demás están invadiendo su propiedad.

El chico resopló como si no esperara gran cosa de una especie inferior.

—Bueno. No me importa cómo se consideren, es mejor que mantengan la distancia.

—¿Sí? ¿Por qué no se los informas tú mismo?

Calican volteó, listo para soltar algún tipo de réplica improvisada, y vio a los dos tusken parados detrás de él, con sus tradicionales lanzas gaffi en la mano. Se quedó con la boca abierta y sus pupilas se hicieron más grandes.

—Relájate —le indicó Mando. Volteó hacia los tusken y levantó las manos. Se dirigió a ellos con lenguaje de señas.

—¿Qué estás haciendo?

El mandaloriano ni siquiera se molestó en voltear hacia él.

—Estoy negociando.

—¿Qué cosa? —El chico volteó a todas partes con actitud confundida mientras los tusken frente a él respondían en una conversación silenciosa—. ¿Qué está pasando?

—Necesitaremos atravesar sus tierras —dijo Mando. Un momento después, volteó hacia Calican—. Déjame ver esos binoculares.

—¿Por qué?

Sin molestarte en responder, Mando se los quitó, volteó y se los arrojó a uno de los tusken, que los atrapó con facilidad y se los guardó.

—¡Oye! —exclamó Calican—. ¡Eran nuevecitos!

—Sí, lo eran. —Mando volvió a montarse en su speeder, aceleró el motor y salió de allí sin esperar a que el chico lo siguiera.

* * *

Siguieron adelante hasta llegar a una duna alta donde Mando bajó la velocidad del speeder y saltó del vehículo, al mismo tiempo que le indicaba con un ademán a Calican que hiciera lo mismo.

—Baja.

—¿Qué? ¡Ah! —El chico se bajó y se apresuró a alcanzarlo.

Agachados uno junto al otro, se asomaron al valle que estaba debajo de ellos. El débil pero inconfundible bramido de un animal que deambulaba a media distancia rompía el árido silencio.

—Muy bien —comentó Mando—, dime qué ves.

—Un dewback —respondió Calican, que miraba hacia el lagarto que bramaba y jalaba de un cuerpo, todavía sujeto a su arnés con el rostro contra la arena—. Parece que el jinete todavía está atado. —Volteó hacia el mandaloriano—. ¿Es ella? ¿Ese es el objetivo?

—No lo sé. —Mando sacó su bláster—. Yo iré. Tú cúbreme y mantente abajo.

El chico no discutió; solo asintió y sacó su arma. Mando se levantó y descendió corriendo por la duna, en dirección al dewback y a campo abierto.

A medida que se acercaba, el lagarto pareció ponerse más nervioso y trató de huir de él. Algo había asustado al animal, que tiró con más fuerza del cadáver colgado de él mientras rebuznaba y relinchaba sin cesar. Mando levantó una mano.

—Calma, calma. —Se acercó al cadáver; se arrodilló para voltearlo y poder verlo. El rostro del hombre era desconocido, pero estaba bien equipado con tecnología de navegación y supervivencia, armas y dispositivos de rastreo: eran herramientas del oficio que el mandaloriano reconoció de inmediato.

—¿Es ella? —le gritó Calican de atrás de la duna—. ¿Está muerta?

Mando seguía mirando el equipo.

—Es otro cazarrecompensas.

—Oye, espero que no planees quedarte esas cosas —gritó Calican—. ¿Por lo menos me dejas el bláster?

Mando encontró el fob de rastreo que colgaba del cinturón del muerto y que parpadeaba y sonaba con rapidez. Todos sus sentidos se agudizaron y, de pronto, el mundo pareció quedarse muy quieto. Se irguió y giró para mirar al chico.

—¡Agáchate! —le gritó y un rayo francotirador fulminó el espacio desde la distancia hasta acertar en él y derribarlo.

Se levantó de un salto y empezó a correr a toda velocidad por la duna, con la cabeza abajo y los pies que golpeaban contra la arena suelta, al mismo tiempo que sentía el blanco en su espalda. Si quien hizo la primera ronda de disparos era Shand, entonces el momento entre un disparo y otro no era porque dudara, sino porque tan solo se estaba tomando el tiempo para tenerlo directamente en su mira.

¡PUM! El siguiente disparo dio justo en medio de su espalda y lo lanzó por el borde, hasta que salió rodando del otro lado.

—¡Mando! —gritó el chico. Sonaba asustado, pero también emocionado y listo para moverse, sin estar seguro de lo que había pasado.

Mando recuperó el aliento y se arrastró hacia arriba para reunirse con él. La armadura había recibido la mayoría de la fuerza del disparo y le salvó la vida, pero, de todos modos, el impacto del rayo tenía que ir hacia algún lado. Justo en ese momento, se sentía como si estuviera de nuevo en Arvala-7 y el mudhorn lo estuviera lanzando por todas partes.

—¿Qué pasó? —preguntó Calican.

—Rayo francotirador. —El mandaloriano se asomó a donde había estado parado hacía un momento—. Solo un rifle MK modificado podría hacer ese disparo.

El chico lo miró fijamente.

—¿Estás bien?

—Sí. Me dio en el beskar —respondió— y a esa distancia, el beskar aguantó.

—Espera. —Calican parpadeó—. Yo no traigo nada de beskar.

—No.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—¿Viste de dónde vino el disparo?

—Sí. —El chico apuntó—. Vino de esa cresta.

—Muy bien. —En su mente ya estaba formulando un plan—. Esperaremos hasta que oscurezca.

—Bueno, pero ¿qué tal si escapa?

—Tiene una posición ventajosa. Esperará a que nosotros demos el primer paso.

—Al levantarse, Mando empezó a caminar hacia el costado protegido de la duna donde habían estacionado las motos speeder—. Voy a descansar. Toma el primer turno. —Recordó el entusiasmo en la voz del joven cuando empezaron los disparos, ese instinto de novato que le impulsaba a reaccionar primero y pensar después—. ¡Mantente abajo!

* * *

El tiempo pasó con lentitud, y las sombras empezaron a reptar por las ondas de arena a medida que los soles gemelos de Tatooine caían bajo el horizonte, retrocediendo en tonalidades combinadas de naranja, rojo y morado, hasta que por fin desaparecieron por completo. Al principio, la oscuridad era fresca, y luego se volvió casi insoportablemente fría.

En la oscuridad, el mandaloriano abrió los ojos y despertó de algo que en realidad no había sido dormir. Sin embargo, era evidente que Calican pensaba que seguía dormitando. El joven bajó por la duna y hablaba a un volumen lo bastante alto como para que el cazarrecompensas más viejo pensara que quería que Shand lo escuchara.

—Muy bien, ya se metieron los soles. Llegó la hora de irse, Mando.

El otro no se movió y dejó que el chico se acercara al mismo tiempo que hablaba con un dejo de desprecio.

—Mírate —se burló Calican—. Dormido en horas de trabajo, anciano. —Entre risitas, dio un paso hacia atrás, volteó y sacó su bláster desintegrador para apuntar con una sonrisa de suficiencia; luego la hizo girar en su dedo y empezó a posar. Mando lo miró.

—¿Terminaste?

—¿Qué? —La sonrisa se desvaneció y el bláster regresó a su funda—. Sí, sí, solo estaba, ya sabes, despertándote. Vamos.

El mandaloriano se incorporó.

—Súbete a tu speeder —le dijo y apuntó—, y avanza tan rápido como puedas hacia esas rocas.

—¿Ese es tu plan? —Calican resopló—. Nos disparará y nos tirará de las motos.

Mando buscó en su mochila y sacó un pequeño dispositivo rectangular. Se lo arrojó al joven.

—Es una carga de luz. Alternaremos disparos y cegará cualquier mira de forma temporal. Al combinarlas con nuestra velocidad, tendremos una oportunidad.

—¿Una oportunidad?

—Oye, tú querías esto —le recordó Mando—. Alístate.

Aceleraron los motores de los speeders y saltaron por encima de la duna.

* * *

Al principio, el plan salió a la perfección. Mientras avanzaban a gran velocidad hacia las rocas, Mando levantó un brazo y detonó su carga de luz, lo cual lanzó un pulso cegador de energía que rasgó la negrura y arrojó extrañas sombras angulares sobre el suelo. En el resplandor, pudo ver por el rabillo del ojo que el chico venía detrás de él y le hizo un movimiento de cabeza para decirle que disparara.

Calican lanzó su carga de luz y de nuevo el cielo se estremeció y pulsó con la penetrante iluminación blanca. Continuaron su marcha entre el rugido de los motores y seguían ganando velocidad. Ahora las rocas se veían más cercanas y Mando pensó que podía ver a media distancia la figura con el rifle francotirador y el casco que intentaba apuntar un tiro directo.

Pero la siguiente carga de Calican nunca llegó al cielo. De algún modo se desbalagó y trazó una espiral hacia un lado antes de apagarse sobre las dunas. Demasiado tarde, Mando se dio cuenta de lo que eso significaba. La carga fallida le dio a Shand la oportunidad que necesitaba: la suficiente oscuridad para ponerlos en la mira y triangular el disparo.

¡PUM! Escuchó el rayo francotirador al mismo tiempo que lo sintió, y el impacto lo lanzó de su moto hacia la arena. Por un instante, el vehículo salió disparado sin piloto antes de barrerse en algún sitio de la oscuridad.

Tirado entre el polvo, tuvo la idea de levantar una mano y disparar otra carga de luz, justo antes de que Shand pudiera hacer el tiro mortal. O eso pensó.

El rayo acertó en medio de su pecho y, por un instante, todo desapareció en un helado vacío oscuro. Un segundo después, se sentó. La cabeza le daba vueltas, pudo escuchar los gemidos y quejidos, los golpes y patadas, no muy lejos de él. Por cómo sonaba, a Calican le estaban sacando el cerebro a golpes.

Mando sacó su bláster y avanzó hacia ellos, para apuntarle a Shand.

—Bonita distracción —le dijo a Calican.

Cuando Fennec Shand se dio cuenta de lo que había sucedido, dejó de pelear y levantó las manos. Calican se levantó y recuperó el aliento.

—Sí. —Asintió hacia Mando—. Buen trabajo, socio.

El mandaloriano no apartó la vista de Shand. Le lanzó un par de esposas hacia donde estaba arrodillada.

—Ponte las esposas —ordenó y cuando ella lo hizo, volteó hacia Calican—. ¿Por qué no vas a buscar tu bláster?

El chico se fue sin decir palabra. Mientras se alejaba, Shand miró a Mando, observándolo con interés.

—Un mandaloriano —pronunció la palabra como si fuera una especie exótica—. Ha pasado mucho tiempo desde que vi a alguien de tu tipo. —Una leve sonrisa cubrió su rostro—. ¿Alguna vez estuviste en Nevarro?

Él no respondió.

—Me enteré de que las cosas no salieron tan bien allí. —El tono de Shand era casual—. Pero pareciera que te libraste con facilidad. No llevas ni un raspón en ese lindo beskar nuevo. Bueno... —Apuntó con la barbilla a las marcas de bláster que los rayos francotiradores dejaron en la armadura—. Quizás una o dos abolladuras.

—No tendrás que preocuparte de llegar a Nevarro o a ninguna otra parte cuando te entregue —aseguró Calican mientras caminaba hacia ellos y sacudía la arena de su bláster para devolverla a su funda. Observó a la mujer en la oscuridad—. ¿Sabes? Debería darte las gracias. Eres mi boleto para entrar al sindicato.

—De nada —respondió Shand con frialdad.

Los tres caminaron hacia la única moto speeder que quedaba en pie y Mando escuchó que la mujer soltaba una risa gutural.

—Ajá. Parece que uno de nosotros tendrá que caminar.

—O podemos arrastrarte —sugirió Mando. Le lanzó al chico una mirada con la que le indicaba que lo siguiera y lo llevó lejos de Shand, donde ambos podrían hablar en voz baja.

—Muy bien —susurró Calican—, entonces, ¿cuál es el plan?

—Necesito que vayas a buscar al dewback que vimos —indicó Mando.

El chico levantó las cejas sin poder dar crédito.

—¿Y te dejo aquí, con mi presa y mi moto? —Negó con la cabeza—. No lo creo, Mando.

El mandaloriano volteó hacia el desierto mientras ponderaba sus opciones.

—Está bien —respondió—. Yo lo haré. —Volteó la mirada hacia Shand—. Vigílala y no permitas que se acerque a la moto. No nos sirve de nada si está muerta.

* * *

Luego de que el mandaloriano se fue, Toro Calican se sentó en la moto a esperar, mientras que Shand permanecía en su sitio sobre el suelo. La noche pareció durar una eternidad. Al principio, pensó que la mujer podría tratar de escapar, pero luego de un rato se dio cuenta de que todo eso era tan aburrido como temía que fuera. El atractivo del trabajo se había terminado. El resto solo consistía en esperar. Esperar y recibir su pago.

Finalmente, al romper el alba en el desierto, Shand suspiró y se estiró.

—Ay, mira, están saliendo los soles.

Calican no levantó la vista de sus botas.

—Silencio.

—Mira, todavía hay tiempo para llegar a mi cita en Mos Espa —le dijo—. Llévame allí y puedo pagarte el doble del precio que dan por mi cabeza.

Calican resopló con desprecio.

—No me importa el dinero.

—Entonces, ¿el mandaloriano recibe todos los créditos? —preguntó la mujer—. ¿Esa es tu idea de un trato justo?

—Yo contraté a Mando. Este es mi trabajo. —Calican la miró—. Llevarte me convertirá en miembro del Sindicato de Cazarrecompensas.

Shand levantó una ceja.

—Ya tienes algo que el sindicato valora más que a mí —le espetó—. Lo que pasa es que no lo ves.

—¿Qué?

—El mandaloriano. Tan solo su armadura vale más que la recompensa por mí. Piensa en lo que eso haría por tu reputación. —Esperó para que él mismo uniera las piezas—. Un mandaloriano le disparó al sindicato en Nevarro. Se llevó un objetivo de alto valor y se convirtió en prófugo.

Ahora Calican ni siquiera se molestaba en ocultar su interés, mientras apuntaba con el bláster hacia el desierto.

—¿Ese mandaloriano?

—No se ve a muchos —afirmó Shand—. Si llevas al traidor ante el sindicato, te darán la bienvenida con los brazos abiertos. Tu nombre será legendario.

Calican se levantó del speeder y caminó hacia ella.

—¿Cómo podemos estar seguros de que es él?

—Dicen que sigue teniendo al objetivo con él —respondió Shand—. Algunos dicen que es un niño. —Se inclinó al frente—. Mira, si tienes miedo de enfrentarlo, no temas. Yo te puedo ayudar con eso. —Ahora podía darse cuenta de que el chico la escuchaba con atención y que estaba cercano a tomar una decisión—. ¿Quieres ser un cazarrecompensas? Acepta un consejo. Consigue el mejor trato para ti y sobrevive.

Calican respiró profundo, enfundó su bláster y se acercó más. Shand se irguió para encontrarse con él y estiró los brazos para que él pudiera quitarle las esposas.

El joven se detuvo a mirarla, volvió a sacar el bláster y le disparó directo al pecho. Shand soltó un sonido casi inaudible de asfixia. Al principio, la sorpresa casi fue mayor que el dolor, pero después lo sintió.

—Ese es un buen consejo —le decía Calican desde una distancia que parecía muy lejana—, pero si te quito esas esposas, estaré muerto —concluyó con un movimiento de cabeza—. Si el mandaloriano vale más que tú, entonces ¿quién no querría convertirse en leyenda? —Una leve sonrisa se marcó en la comisura de sus labios—. Gracias por el consejo.

Lo último que Shand vio antes de perder la conciencia fue al chico avanzar hacia la motocicleta, para montarla en dirección al horizonte.

* * *

Rastrear al dewback en la oscuridad se llevó más tiempo del que Mando esperaba. Apenas podía imaginar cuánto le hubiera tomado al chico. Para cuando pudo alcanzar al enorme lagarto y lo montó de regreso a las dunas, las estrellas se veían diferentes.

Ahora había más, con nébulas totalmente nuevas a medida que la noche parecía respirar con profundidad y expandirse más allá de donde le alcanzaba la vista.

Cuando llegó a la cima de la montaña, la speeder había desaparecido.

Mando se quedó sentado un momento sobre el dewback y observó el cuerpo de Fennec Shand, todavía esposado, que yacía inmóvil sobre el suelo.

Suspiró e hizo girar al animal para iniciar el largo camino de regreso.

CAPÍTULO



AL ENTRAR A MOS EISLEY, el mandaloriano se acercó al hangar y observó que la moto del chico estaba estacionada enfrente. Se detuvo y la miró.

Sacó su bláster y se deslizó al interior silencioso de la plataforma del hangar. El *Razor Crest* estaba allí, con la rampa abajo, pero no había señales de Peli Motto, de los droides de reparación o de nadie más. Mando pasó sigilosamente por la esquina, tratando de escuchar el arrastre de unos pasos o el sonido de una respiración.

Nada. Hacia la izquierda oyó un chillido angustioso y vio que uno de los droides de Motto corría deprisa por el suelo hacia la protección de la oficina de su jefa, mientras que los otros dos droides ya estaban allí, encogidos de miedo. Mando avanzó al centro de la plataforma, con el bláster todavía al frente.

—Te tardaste bastante, Mando. —La voz del joven venía del interior de la escotilla abierta del *Crest*. Cuando el mandaloriano volteó, lo primero que vio fue a Peli Motto que salía de entre las sombras. Su expresión estaba contraída y atemorizada, detrás de ella distinguió el rostro del niño, con un brillo de temor en esos ojos enormes que parecían flotar en la oscuridad. Al final, Calican salió y Mando vio que traía al niño en una mano y que, en la otra, llevaba un bláster con el que apuntaba a la espalda de Motto. Calican avanzó el resto del camino hasta que los tres llegaron frente a él.

—Parece ser que ahora yo soy quien está a cargo, ¿verdad socio? —preguntó—. Tira tu bláster y levántalas.

Mando puso las manos detrás de la cabeza después de arrojar el bláster. Escuchó que el niño soltaba un suave gemido de preocupación.

—Espósalo —le indicó Calican a Motto.

Ella respondió con un gruñido de indignación y caminó al frente para ponerle las ataduras, mientras que el joven cazarrecompensas apuntaba su bláster a la cabeza del mandaloriano.

—Traicionaste al sindicato, Mando —acusó Calican y, con un ademán, señaló hacia el niño que llevaba en los brazos—. Podría apostar que este es el objetivo al que ayudaste a escapar.

Mando no respondió. El chico había ensayado su discurso, su gran momento de triunfo, y estaba tan entretenido con lo que decía que no se percató de la carga de luz

en su mano. Sin embargo, Peli Motto sí la vio cuando se acercó detrás de él con las esposas y le susurró:

—Eres más listo de lo que pareces.

—Fennec tenía razón —prosiguió Calican—. Entregarte no solo me hará miembro del sindicato... —Su voz se volvió más baja—. Me volverá legendario.

Apuntó el bláster directo al rostro de Mando. En ese momento, él activó el destello.

Todo el hangar se llenó del pulso cegador de la luz. Calican soltó un grito de sorpresa, hizo un gesto de dolor y se replegó por la rampa del *Crest*. Apuntaba frenéticamente por todo el hangar mientras su vista se ajustaba. Sin embargo, cuando su visión regresó, el mandaloriano ya no estaba allí. Disparó hacia cualquier lado sin acertarle a nada.

Mando dio un paso al frente, levantó su bláster y jaló el gatillo. Solo requirió un disparo. Toro Calican se derrumbó y cayó de la rampa, de cara contra el suelo del hangar.

Mando le seguía apuntando.

—Mantente atrás —dijo mientras se acercaba al cuerpo, pero Motto no lo escuchaba.

—Tenemos que encontrarlo —exclamó en tanto que el mandaloriano le daba vuelta al cuerpo de Calican. Por un instante se quedaron allí, confundidos. El niño había desaparecido.

—¿Dónde está? —preguntó Motto.

Detrás de ellos, Mando escuchó un suave balbuceo. Miró a todas partes y vio que una oreja larga sobresalía por detrás de una esquina cuando el niño se asomó a verlos desde su escondite.

—Allí estás —suspiró ella y se arrodilló frente a él. El niño respondió con una serie de gorjeos de felicidad y una mano levantada—. ¿Te estabas ocultando de nosotros? ¿Verdad? —Lo levantó en brazos—. Está bien, lo sé, eso sonó muy fuerte para tus grandes orejas, ¿no es cierto?

Mientras acunaba al niño y le aseguraba que todo estaría bien, Mando se inclinó sobre el cadáver de Calican. El chico había sido víctima de sus propios errores, que lo condujeron a un último error de juicio que resultó mortal. Era ambicioso, pero fue su imprudencia la que lo mató.

El mandaloriano tomó el saco de monedas del bolsillo del chico, lo sopesó en su mano y caminó hacia donde Motto cargaba al niño.

—Ten cuidado con él —dijo la mujer al mismo tiempo que pasaba al bebé balbuceante hacia los brazos del cazarrecompensas. Luego su voz retomó el tono rudo más familiar de la mecánica de un planeta perdido—. Entonces, ¿supongo que no te pagaron?

Mando le enseñó el saco y lo volteó de cabeza sobre las palmas de Motto, que rebosaban de créditos.

—¿Eso cubrirá mi deuda?

La mirada asombrada en el rostro de Peli fue respuesta suficiente, pero logró articular una en voz alta.

—Sí, claro. Esto cubrirá tu deuda.

Mientras llevaba al niño por la rampa para abordar el *Razor Crest*, Mando escuchó a Motto gritarles a sus droides, aún junto al cuerpo de Calican:

—Muy bien, droides de reparación, ¡saquemos esto de aquí! —Uno de los droides emitió un chillido de duda—. ¡No sé, tírenlo en el Cañón del Mendigo!

Dentro de la cabina, Mando prendió los motores y escuchó que ambos se encendían con ese rugido familiar y alentador. Motto había hecho un buen trabajo; si acaso había sido ella y no sus droides quienes terminaron con la compostura. En cualquier caso, los resultados hablaban por sí mismos, y estuvieron en camino en cuestión de segundos.

CAPÍTULO



—MANDO —LO LLAMÓ EL HOMBRE BARBADO—. ¿Eres tú debajo de esa cubeta?

El mandaloriano miró el rostro desgastado y sonriente, rodeado de una barba abundante, con los ojos alegres y la mano extendida.

—Ran —respondió y le tomó la mano para saludarlo.

—No sabía si alguna vez volvería a verte por aquí. —Ranzar Malk seguía sonriendo. Estaban de pie sobre el andén del *Roost*, la estación espacial a la que Mando había llegado en búsqueda de trabajo—. Es bueno verte. Para ser sincero, me sorprendió un poco que me llamaras, porque... me enteré de algunas cosas. —Ran levantó una ceja y bajó la voz en un tono confidencial—. ¿Como que, tal vez, las cosas entre tú y el sindicato no estaban marchando como debían?

—Estaré bien —respondió Mando con tono inexpresivo.

Ran se encogió de hombros.

—Bien. Ya conoces las políticas, sin preguntas y tú... —La sonrisa regresó y posó una mano amigable sobre el hombro de Mando—. Eres bienvenido cuando quieras. —Señaló con la mano hacia un pasillo elevado—. Ven, caminemos.

El mandaloriano lo siguió por el pasillo por donde ambos caminaron arriba de varios cazas y cargueros que estaban estacionados allí para recibir mantenimiento. Las chispas volaban de las soldadoras y herramientas eléctricas, que producían nubes olorosas de humo que se elevaban hasta ellos. Era un sitio ajetreado donde no faltaban naves en espera de una reparación.

—¿De qué trata el trabajo?

—Bueno —dijo Ran—, uno de nuestros asociados tuvo una riña con algunos competidores y se dejó atrapar. Estoy juntando a un grupo para que lo libere. Es un trabajo para cinco personas y ya tengo a cuatro. —Volteó hacia Mando—. Lo único que necesito es el vehículo y tú lo trajiste.

Se detuvieron y el cazarrecompensas volteó hacia su nave, estacionada en la plataforma inferior.

—La nave no fue parte del trato.

—Bueno, el *Crest* es la única razón por la que te dejé venir. —La expresión en apariencia alegre de Ran no había cambiado—. ¿Por qué me miras así? ¿Es por agradecimiento? —Rio—. Ajá, creo que sí.

Cuando se dio vuelta para marcharse, todavía seguía riéndose.

* * *

En un lugar más abajo, el mandaloriano conoció al resto del grupo de Ran, empezando por un hombre calvo y sonriente llamado Mayfeld; este llevaba una prótesis de bláster especialmente fabricada sobre una base montada en el hombro, donde se podía asegurar de que todos la vieran.

Mayfeld lo observó de pies a cabeza sin mostrarse impresionado y luego volteó hacia Ran.

—¿Este es el tipo del que me hablaste?

—Mando y yo solíamos trabajar juntos en los viejos tiempos —explicó Ran—. Todos éramos jóvenes y tratábamos de ganar fama, pero viajar con un mandaloriano, bueno... —Le echó un vistazo a Mando—. Eso nos trajo cierta reputación. —Soltó una risa áspera de nostalgia—. Hicimos unas cuantas locuras, ¿verdad?

—Eso fue hace mucho tiempo —replicó Mando.

—Bueno, yo ya no salgo —dijo Ran—, así que Mayfeld estará a cargo de este trabajo. —Su voz se volvió más seria—. Si él lo dice, es como si viniera de mí. ¿Te parece bien?

—Tú dime. —Mando observó la reacción de Mayfeld, que levantó una ceja.

Ran soltó otra carcajada.

—No cambiaste nada.

—Bueno, las cosas sí han cambiado por aquí —fanfarroneó Mayfeld y se volteó con arrogancia para irse, asegurándose al mismo tiempo de que Mando viera que se estaba tomando su tiempo.

—Mayfeld es uno de los mejores tiradores que haya visto —afirmó Ran—. Era francotirador imperial.

—Eso no significa gran cosa —dijo Mando.

Mayfeld lo miró por encima de su hombro.

—¡No era un stormtrooper!

Ran miró a su viejo amigo y soltó otra carcajada triste.

—No se requiere gran cosa, ¿verdad? Vamos, lo mejor será que conozcas de una vez al resto.

* * *

Junto al *Razor Crest*, Mando se encontró rodeado por los demás miembros del equipo: el enorme y poco amigable devaroniano con cuernos llamado Burg; el droide de ojos saltones de nombre Zero; y una twi'lek de piel purpurea que llegó desde atrás, y cuya voz reconoció incluso antes de verle el rostro.

—Hola, Mando —saludó.

—Xi'an.

—Dime, ¿por qué no debería meterte una puñalada aquí mismo? —le preguntó y se lanzó hacia él con la daga en la mano, la cual empujó debajo del casco.

Mando no se inmutó.

—También me da gusto verte —dijo y la risa de los demás se apagó cuando Xi'an se inclinó más cerca, volteó la cabeza y chasqueó la lengua.

—Te extrañé —susurró ella, mirando con fijeza su visor, como si de alguna manera pudiera ver algo más que sus propios ojos en el reflejo. O tal vez eso era todo lo que quería ver.

Mayfeld juntó al grupo y les comunicó el plan.

—El paquete se encuentra en una nave transporte fortificada —explicó mientras mostraba la pálida imagen azul del holograma que activó frente a todos—. Tenemos una ventana limitada para abordarla, encontrar a nuestro amigo y sacarlo de allí antes de que den el salto.

Mando observó el diagrama tridimensional que flotaba ante él y reconoció el diseño.

—Esa es una nave prisión de la Nueva República. —Volteó hacia Mayfeld—. Tu hombre no fue tomado por un sindicato rival. Lo arrestaron.

—¿Y qué? —preguntó Mayfeld.

Ran observó a Mando.

—Un trabajo es un trabajo —le recordó.

—Ese es un transporte de máxima seguridad —replicó Mando—. No estoy buscando ese tipo de problemas.

—¿Por qué crees que usaremos el *Razor Crest*? —preguntó Ran—. No es la gran cosa, pero no está registrado ni por el viejo Imperio ni por la Nueva República. Es un fantasma. Nunca lo verán venir.

Esperaron mientras Mayfeld explicaba el resto del plan.

—Saldremos del hiperespacio lo bastante cerca como para ponernos en su punto ciego, con el tiempo suficiente para codificar su señal.

—Eso no es posible —replicó Mando—. Incluso para el *Crest*.

Ran sonrió y señaló al droide.

—Esa es la razón para que él tripule la nave. —Al anticipar la respuesta del mandaloriano, levantó una mano—. Sé que eres buen piloto, pero esta vez te necesitamos con un arma y no al volante. Zero quizás sea un poco tosco, pero es el mejor.

Mando esperó que Zero siguiera al resto del equipo al interior de la nave, hasta que solo quedaron él y Ran al pie de la rampa.

—¿Cómo puedes confiar en él? —le preguntó.

—Ya me conoces, Mando —respondió Ran—. No confío en nadie.

Mando empezó a subir por la rampa de abordaje de su nave y escuchó la voz de Ran detrás de él.

—Como en los viejos tiempos, ¿no es cierto, Mando?

El mandaloriano volteó sin decir nada. Levantó la mano para activar el interruptor que subía la rampa y que cerraría la escotilla, observando cómo desaparecía el rostro barbado de Ran, aún sonriente. Escuchó el sonido de los motores y se dio cuenta de que eso significaba que el droide ya estaba en la cabina de control, encendiendo la programación previa al vuelo.

Para bien o para mal, era momento de irse.

CAPÍTULO



LOS PROBLEMAS COMENZARON cuando el devaroniano intentó quitarle el casco a Mando.

Acababan de dar el salto al hiperespacio y Zero pilotaba la nave, lo cual quería decir que nadie tenía nada mejor que hacer que esperar bajo cubierta. Mando los encontró hurgando en su arsenal y Mayfeld le dijo a Burg que podría ser el momento de ver cómo era el mandaloriano debajo de esa cubeta. Cuando el devaroniano hizo un movimiento para tomar su casco y levantarla, Mando le dio un fuerte golpe en la cara, a sabiendas de que tendría que asestarle muchos puñetazos desde el principio para conseguir algún tipo de ventaja. De otro modo, ni siquiera sería una pelea, porque Burg solo lo levantaría en el aire y lo partiría en dos.

Eso no sucedió, pero solo porque el devaroniano cayó de espaldas y activó el interruptor sobre la pared, lo que abrió la escotilla detrás de él. Se oyó un zumbido y el cazarrecompensas escuchó que el niño, que estaba adentro, soltaba un balbuceo de sorpresa. Todo el mundo se detuvo.

—Vaya. —Mayfeld se quedó mirando al niño y se levantó de su asiento—. ¿Qué es eso? —Volteó hacia Mando, con los ojos brillantes, y luego de nuevo hacia el pequeño—. ¿Es como una mascota o algo así?

—Sí —respondió con cautela el mandaloriano—. Algo así.

Mayfeld asintió, como si al fin hubiera encontrado algo en común con el otro hombre.

—Yo nunca fui de mascotas. Me refiero a que lo intenté, pero no me funcionó. Pero creo... —bajó las manos para recoger al niño— que quizá podría intentar de nuevo con este amiguito. —Volteó hacia Mando, sosteniendo al niño frente a él, y abrió las manos como si fuera a dejarlo caer.

Mando no se movió. Mayfeld esperó para ver qué sucedería; pensaba que, si el cazarrecompensas intentaba cualquier cosa, les quedaría algo de recompensa extra para repartirla entre él y los otros. Luego, todos volarían a casa en la nave. Ran estaría feliz de quedársela.

—Saliendo del hiperespacio, ahora. —La voz de Zero interrumpió por el intercomunicador. Había llegado el momento de trabajar.

* * *

—Comenzaremos la extracción ahora —aviso el droide.

Fue un aterrizaje difícil, con turbulencia suficiente como para arrojarlos de un lado a otro mientras Zero terminaba de acoplar la nave con el transporte. El mandaloriano se levantó y escuchó la voz de Mayfeld a su espalda.

—Muy bien, tenemos trabajo por hacer. Mando, es tu turno.

El mandaloriano se agachó sobre la escotilla ventral del *Crest* para aparejar el cable de derivación con el puerto de atraque de la otra nave, que estaba cerrado desde el interior. La luz roja en la consola chisporroteó y parpadeó cuando el sistema escaneó el código de seguridad de la nave prisión para activarlo. La luz de la consola pasó a verde y la escotilla se abrió con un susurro de vacío.

Así como así, habían entrado.

En el interior, la nave prisión era un laberinto desolado de pasillos blancos y largos bordeados por celdas, con corredores que se extendían en todas direcciones y que estaban vacíos, excepto por un par de droides de patrullaje. Mayfeld activó el intercomunicador.

—Zero, llévanos a la sala de control.

—Subnivel tres —respondió de inmediato el droide desde el interior del *Crest*. Desactivando la vigilancia a bordo.

—Muy bien —dijo Mayfeld—, tenemos el tiempo limitado. Cuando nos topemos con esos droides, nos caerán todos encima.

—Conozco este oficio —respondió el mandaloriano.

Con el bláster levantado, el hombre calvo los condujo por el corredor y los otros lo siguieron en silencio. Caminaron junto a celdas donde los internos sacaban las manos, los observaban y hacían ruidos de curiosidad mientras los vigilaban a través de las rejas.

—No me gusta esto —dijo Mando.

—Siempre fuiste paranoico —se burló Xi'an.

Mayfeld levantó una ceja.

—¿Es cierto, Mando? ¿Siempre fuiste paranoico?

A su izquierda, algo dentro de una de las celdas soltó un rugido y se estrelló con la suficiente fuerza contra la puerta como para que todos se alejaran; todos excepto por Xi'an, que se inclinó al interior y le gruñó en respuesta, lo que provocó la risa de Burg. La voz de Zero se escuchó por el intercomunicador.

—Se acercan a la sala de control —informó el droide—. Vuelta a la izquierda en la siguiente intersección.

Al dar vuelta en la esquina, un pequeño droide ratón negro viró frente a ellos.

—Es solo un ratoncito —comentó el devaroniano, que sacó su bláster y lo escondió tras de su espalda—. Ven aquí, ratoncito.

El droide dudó y empezó a alejarse. Burg soltó un gruñido, sacó su bláster y disparó, haciéndolo pedazos.

—¿Qué estás haciendo? —El tono de Mayfeld era de consternación—. Vas a...

Ya era demasiado tarde. El corredor frente a ellos se llenó con cuatro droides de seguridad que marcharon al frente mientras accionaban sus blásteres. Mando y los otros se cubrieron junto a las paredes e intentaron regresar los disparos, pero era casi imposible sin exponerse. La hombrera de Mayfeld desplegó un bláster sobre su brazo mecánico, que disparó desde su espalda, pero los droides de seguridad prosiguieron con su avance.

—¡Mando, vamos! Se supone que eres algo especial. —Mayfeld sacudió la cabeza con actitud decepcionada—. ¡Lo sabía!

El mandaloriano corrió al frente para luego deslizarse por el suelo en el último segundo y golpear en las piernas a los droides hasta derribar a uno de ellos. Se levantó de un salto, agarró al droide más cercano y azotó su cabeza contra el piso; disparó su cable al siguiente y tiró de él, por lo que el droide salió disparado contra la pared opuesta. Los otros intentaron reaccionar, pero sus cuerpos mecánicos eran demasiado grandes y torpes para este tipo de lucha cuerpo a cuerpo. Seguían esforzándose por ponerse a la par de su atacante cuando el mandaloriano arrancó un trozo de la placa frontal de un droide, la lanzó por los aires hacia la cabeza del otro y la clavó en él. La lucha terminó cuando utilizó un cable de corte para decapitar al cuarto droide, cuya cabeza de metal traqueteó contra el suelo.

Después salieron otros dos, con las pistolas listas. El cazarrecompensas los atacó con su lanzallamas e incineró sus cuerpos, al mismo tiempo que disparaba con el bláster para atravesar al último.

En el silencio, Mando pudo escuchar los gritos y vivas de los presos dentro de sus celdas. No todos los días tenían el gusto de escuchar el sonido de media docena de droides de seguridad siendo reducidos a piezas. Mayfeld estaba menos impresionado. Dejó que los otros caminaran delante del mandaloriano y que pasaran sobre los trozos dispersos de los droides mecánicos.

—Asegúrate de recoger tu tiradero —murmuró.

* * *

Cuando llegaron a la sala de control, el caos empeoró.

—Se suponía que solo hubiera droides en esta nave —dijo Mando cuando se pararon frente al ansioso y muy humano oficial correccional, que les apuntaba con su bláster. En la otra mano, el oficial tenía una baliza de rastreo y todos sabían lo que eso quería decir: cuando la activara, un equipo de ataque de la Nueva República iría directo hacia la señal y terminaría de manera abrupta con su misión, al igual que con sus vidas.

Mando fue el primero en hablar.

—Bájala —le ordenó al guardia, cuyo rostro asustado mostraba apenas pocas señales de estar escuchándolo—. No vinimos aquí por ti. Estamos aquí por un prisionero.

El guardia no cedió. Mayfeld tampoco bajó su bláster. Fue Xi'an quien terminó el enfrentamiento al golpear al oficial y tirarlo al suelo.

—¿Por qué no se callan los dos? —espetó.

Mayfeld miró el rastreador tirado en el piso, donde el guardia lo había arrojado. Ahora su luz parpadeaba.

—¿Eso estaba encendido antes? —preguntó con la voz temblorosa—. ¿Sí?

Por el intercomunicador escucharon la voz de Zero, que respondía a su pregunta.

—Detecté una señal de rastreo de la Nueva República que va hacia ustedes. Tienen unos veinte minutos.

Xi'an inclinó la cabeza y se lamió los labios, con los ojos brillantes de emoción.

—Solo necesitamos cinco.

* * *

Cuando llegaron a la celda, Zero activó el acceso remoto y la puerta se elevó para revelar al twi'lek sentado en la banca del interior.

—Hermano —exclamó Xi'an con una sonrisa.

—Hermana. —El twi'lek le sonrió en respuesta. Luego volteó hacia el mandaloriano con una mirada fría y conocida—. Y mira quién más se unió al paseo.

—Qin —respondió Mando a manera de saludo.

—Qué gracioso. —El twi'lek salió para encontrarse con los otros en el pasillo, sin romper nunca el contacto visual con Mando—. El hombre que me dejó atrás es ahora mi salvador.

Mando escuchó un gruñido a sus espaldas; al voltear, Burg le metió un puñetazo lo bastante fuerte como para lanzarlo al frente y tirarlo hacia la celda ahora vacía. Mando giró y les disparó, pero la puerta ya se estaba cerrando. El rayo del bláster rebotó contra las paredes y pasó rozándole la cabeza. En ese momento escuchó cómo se cerraba el dispositivo de bloqueo de la celda. Estaba atrapado.

Un momento más tarde, un droide de seguridad pasó junto a la celda. Mando sacó la mano, lanzó su cable de sujeción y lo atrapó por el cuello; tiró de él y lo golpeó contra el otro lado de la puerta. Tomó el brazo del droide y lo retorció hasta que sintió que los cables y servomecanismos se soltaban, hasta por fin arrancarle el miembro. Al final, sacó su bláster y disparó a la cabeza del droide.

Se quedó con el brazo cercenado en la mano. Mando activó un interruptor en los alambres de esa cosa y una llave se extendió al frente, misma que insertó en el puerto de la escotilla. Esta se abrió y el mandaloriano salió.

Era momento de ir de cacería.

CAPÍTULO



—¡VAMOS! —gritó Mayfeld—. La flota de ataque está en camino, ¡tenemos que irnos!

A través del audífono del intercomunicador, la voz de Zero tenía la misma autoridad tranquila de siempre:

—Les quedan diez minutos.

Mayfeld y los otros corrían por un pasillo hacia la salida cuando las luces se apagaron y las paredes empezaron a bajar alrededor de ellos. Era como si toda la nave prisión decidiera atraparlos. ¿Las ventilas del aire también empezaran a cerrarse? Mayfeld sintió un repentino aleteo de claustrofobia, como si un guante de hule le apretara los pulmones y le dificultara respirar.

«No quedaré atrapado aquí», pensó. «Primero muerto». Recordó al mandaloriano. Tal vez no debieron haberlo traicionado. «Ya es demasiado tarde», pensó y dio vuelta a la esquina.

Era un callejón sin salida.

* * *

Dentro del centro de control, Mando siguió activando los sistemas remotos de la nave que cerraban las puertas y bloqueaban los pasillos. Por los monitores veía a Mayfeld y a los demás, con sus rostros cubiertos por el resplandor rojo de los sistemas de respaldo de energía del transporte. Divididos unos de otros, y perdidos en el laberinto de pasillos, comenzaban a entrar en pánico.

Cerró otra puerta.

* * *

Apartado de Xi'an y Burg, Mayfeld terminó solo con el twi'lek Qin. Las alarmas sonaban para anunciar, sin duda, la llegada inminente de la flota de la Nueva República. Se les estaba acabando el tiempo.

El prisionero le sonrió a Mayfeld.

—¿Cómo te llamas?

—Mayfeld.

—Bueno, señor Mayfeld —dijo Qin—. Me vas a sacar de esta nave.

—¿Qué pasará con tu hermana? —preguntó Mayfeld.

La sonrisa de Qin se volvió más amplia.

—¿Qué hay con ella?

Al retomar el camino, Mayfeld sacudió la cabeza.

—Bonita familia —murmuró.

* * *

Dentro del centro de control, el mandaloriano se inclinó para tomar el dispositivo de rastreo que el oficial correccional había activado. Se le ocurrió que, si esperaba, cuando menos uno de sus objetivos iría hacia él.

Burg fue el primero en entrar de manera intempestiva al centro de comando. El davaroniano se quedó de pie, inmóvil, mirando alrededor hacia las consolas de luces parpadeantes y pantallas de monitores. Estaba listo para pelear, pero el área parecía abandonada.

Luego escuchó un sonido que provenía de arriba.

Desde su escondite, Mando lanzó un cable y tiró de Burg para levantarla en vilo, pero el techo se colapsó bajo el peso del devaroniano, y Mando cayó encima de él. Furioso, Burg soltó un gruñido y le dio un puñetazo. Era fuerte a niveles imposibles y no había forma en que el cazarrecompensas pudiera sostenerse contra él en una pelea física. Mando permitió que lo levantara y lo lanzara hacia atrás, mientras Burg le gruñía desde la puerta abierta preparándose para acabar con él.

El mandaloriano activó la escotilla, que le cayó encima al otro con un firme ¡CLANG! Pasó un momento y Burg empujó las puertas hacia arriba para levantarse con un rugido victorioso. Mando apretó el segundo botón y las puertas laterales se cerraron.

Esta vez, Burg ya no se levantó.

* * *

—Mandooo —canturreó Xi'an con voz alegre y burlesca—. ¿Dónde estás?

Él salió y la twi'lek respondió de inmediato con una sonrisa maliciosa que revelaba sus colmillos afilados. Comenzó a lanzarle cuchillos. Él se agachó con movimientos rápidos para evadir las dagas y se arrojó hacia ella desde abajo. Después de todo este tiempo, la velocidad de Mando seguía causándole sorpresa a Xi'an.

Mando la agarró de la cintura. Llevaba también una daga en la mano, que colocó en la garganta de la twi'lek. Los ojos de Xi'an parpadearon y se quedó muy quieta.

—Adelante —lo retó—. ¿Qué esperas?

* * *

Mayfeld se quedó inmóvil en la oscuridad. Sabía que el mandaloriano estaba por allí, acosándolo y acercándose. Sintió que se aproximaba y, mientras las luces

parpadeaban en el techo, notó que su valor comenzaba a ceder ante el pánico. Empezó a sudarle el labio superior y fue consciente de los fuertes latidos de su corazón. Su mente regresó de inmediato a lo que había dicho antes, cuando se burló del mandaloriano acerca de su paranoia. ¿Ahora quién era el paranoico?

«Está cerca», pensó Mayfeld. «Puedo olerlo, está muy cerca». Su brazo disparador se sacudía de manera insensata, sin poder ver nada en las sombras.

Lo siguiente que sintió fue la mano enguantada que lo agarró con fuerza. No tuvo tiempo de gritar.

* * *

Mando encontró a Qin en la escalera que llevaba al *Razor Crest*. Cuando el prisionero vio la sombra del mandaloriano en la pared, dejó de tratar de escapar y miró sobre su hombro hacia el cazarrecompensas. Su voz sonaba resignada.

—Mataste a los otros.

—Recibieron su merecido —respondió Mando.

Con un gruñido de enojo, el twi'lek volteó con el arma en la mano, pero el cazarrecompensas ya lo esperaba con el bláster apuntándole al pecho.

—Si me matas, no recibirás tu dinero —advirtió Qin. Sonrió, y sus dientes brillaron salvajemente—. Lo que sea que te haya prometido Ran, me aseguraré de que lo consigas, y más. —El prisionero dio un paso hacia el mandaloriano y luego otro, caminando despacio con los brazos a los costados—. Vamos, Mando. Sé razonable. —Lanzó a un lado su bláster y levantó las muñecas al mismo tiempo que reía—. Te contrataron para un trabajo, ¿no es cierto? ¿Ese no es tu código? ¿No eres un hombre de honor?

Mando no respondió.

* * *

A bordo del *Razor Crest*, el niño estuvo gozando de un juego de escondidas con el droide llamado Zero. Cuando menos, eso le había parecido en ese momento, pero ahora lo había encontrado y el pequeño se dio cuenta de que el juego se había vuelto serio. El droide tenía en las manos un rifle que parecía peligroso. Quizá, después de todo, no era solo un juego divertido.

Zero apuntó el bláster hacia el niño; este levantó la mano y cerró los ojos. Mientras se concentraba, con las largas orejas planas por la intensidad de su meditación, hubo un estallido de una energía violenta detrás del droide. Una explosión repentina de chispas salió de la placa del pecho al mismo tiempo que el droide se derrumbaba.

El mandaloriano estaba allí, con un bláster en la mano. El niño gorjeó y le sonrió.

* * *

—¿Dónde están los otros? —preguntó Ranzar Malk.

De regreso en la *Roost*, Ran esperaba para recibir al *Razor Crest* cuando la nave aterrizó y la rampa bajó para dejar que Qin descendiera a su encuentro. Mientras Ran saludaba con un abrazo al prisionero, el mandaloriano bajó la vista hacia el hombre barbado.

—Sin preguntas —espetó Mando—. Esa es la política, ¿no?

—Sí —contestó Ran—. Es la política.

—Hice el trabajo.

—Sí, lo hiciste. —Ran le lanzó una bolsa de créditos—. No los gastes en un solo lugar.

—Como en los viejos tiempos —dijo Mando.

—Como en los viejos tiempos.

El mandaloriano regresó por el pasillo y accionó el interruptor para cerrar la escotilla. Un momento después, el tren de aterrizaje del *Crest* se elevó de la plataforma y la nave empezó a ascender para salir del puerto.

Mientras lo veía irse, Ran levantó una mano que agitó como despedida, y le sonrió hasta que la nave empezó a salir. Luego su sonrisa desapareció. Se inclinó y activó una línea de comunicaciones. Su voz era fría y despectiva.

—Mátenlo.

Podía escuchar las risas de Qin cuando las puertas del muelle se abrieron a los lados y detrás de ellos se elevó una plataforma con un cañón. Sabía que acabaría en un santiamén con el *Razor Crest*. Nadie volvería a oír de él. Los viejos tiempos del mandaloriano, todos ellos, pronto se habrían acabado.

Un pitido lo hizo mirar hacia Qin, que sostenía un dispositivo parpadeante en su mano. Al parecer, el mandaloriano lo había metido en el bolsillo del prisionero twi'lek antes de llevarlo allí.

—¿Qué es esto? —preguntó el twi'lek mientras se lo mostraba.

Ran miró con asombro el rastreador y se dio cuenta de lo que significaba. A través de la escotilla abierta ya podía ver las tres naves de la Nueva República que se dirigían a gran velocidad hacia ellos. Parecían acercarse a la estación espacial a una velocidad muy agresiva.

—¿Esos son X-wings? —preguntó Qin, confundido.

Ran no tuvo oportunidad de responder antes de que los cazas abrieran fuego.

CAPÍTULO



—AMIGO MÍO. —La imagen de Greef Karga parpadeó hasta cobrar vida en el holoproyector de la nave—. Si estás recibiendo esta transmisión, eso significa que estás vivo. —Con las manos en las caderas, el agente del sindicato lo miraba—. Tal vez te sorprenda enterarte, pero yo también estoy vivo. Supongo que podemos decir que quedamos a mano.

El mandaloriano observó con cuidado la imagen mientras escuchaba cada palabra.

—Pasaron muchas cosas desde la última vez que nos vimos —prosiguió Karga—. El hombre que te contrató sigue aquí y sus filas de guardias eximperiales crecieron. Gobiernan mi ciudad, lo cual afecta el modo de vida del sindicato. Lo consideramos un enemigo, pero no podemos acercarnos lo suficiente para eliminarlo. —Karga cruzó los brazos para llegar a la esencia del mensaje—. Si pudieras considerar una última comisión, te compensaría con mucho el esfuerzo. Hasta el momento tuviste éxito contra sus cazarrecompensas, pero no se detendrán hasta conseguir a su presa. Esta es mi propuesta: regresa a Nevarro y trae al niño como carnada. Arreglaré un intercambio y pondré como protección a los miembros leales del sindicato. Cuando nos acerquemos al cliente, lo matas y ambos conseguimos lo que deseamos. Si tienes éxito, te quedaras con el niño y limpiaré tu nombre con el sindicato, ya que un hombre de honor no debería estar forzado a vivir en el exilio. —Karga hizo una pausa para que los términos resonaran en la mente de Mando—. Esperaré tu llegada con optimismo.

Mando apagó la transmisión y volteó a mirar al niño. Profundamente dormido en su cápsula, roncaba con suavidad.

El mandaloriano volteó hacia la computadora de la nave y trazó el curso hacia Sorgan.

* * *

Boxear siempre había hecho que Cara Dune se sintiera mejor acerca de las decisiones que había tomado en su vida. Ganar apuestas mientras lo hacía era un simple premio adicional.

En el tiempo desde que Mando se fue, había estado intranquila y aburrida, buscando formas de ganar dinero, de preferencia mientras descargaba sus ansiedades. Ahora, en la cantina donde la sopa de hueso era la especialidad local, y atada por una

correa de energía a un luchador zabrak, había encontrado una manera de dejar salir su agresividad, y ganar algunas apuestas al mismo tiempo. Eso si sobrevivía lo suficiente.

¡ZAS! El zabrak la golpeó en el rostro y la arrojó contra la barra. Alrededor, la multitud gritó de alegría. Tambaleante, Cara se despejó y se arrojó contra él, con un fuerte puñetazo a la mandíbula, seguido de una patada en círculo que le asestó en el estómago. Eso lo enfureció, y también lo volvió torpe, que era justo su objetivo.

—¡Vamos! —exclamó furioso el zabrak, que tiró del lazo con ambas manos para atraerla hacia él. Cara se dejó jalar, permitiendo que el oponente se agotara con el esfuerzo. Se agachó en el último instante, el puñetazo de su contrincante pasó zumbando sobre su cabeza y, mientras el otro perdía el equilibrio, le devolvió un fuerte golpe lateral que le rompió una costilla y lo hizo doblarse de dolor.

«Saluda al piso de mi parte», pensó. El zabrak gimió y tragó aire. Cara se balanceó para montarse en él y envolvió la correa alrededor de su cuello. Le dio un fuerte tirón, hasta que por fin él desactivó el extremo del lazo que estaba atado a su contrincante y se desplomó hacia el suelo.

La multitud aplaudió con un rugido de aprobación. Jadeando, Cara levantó las manos en señal de victoria y apuntó hacia los que habían apostado en su contra.

—¡Paguen, comefangos! —gritó y juntó los créditos que tenían en las manos—. Vamos, son míos. Gracias...

Cuando la multitud se separó, vio que el mandaloriano caminaba hacia ella.

—¿Buscas trabajo? —le preguntó el cazarrecompensas.

* * *

Más tarde, sentados a la mesa, él le describió la operación según se la había explicado Greef Karga.

—Ellos proporcionan el plan y la potencia de fuego. Yo soy la trampa.

Los ojos de Cara se enfocaron en la pequeña criatura de largas orejas que seguía su discusión con un ávido interés.

—¿Con el chiquillo?

—Por eso vine a buscarte.

—No sé. Me aconsejaron que sea discreta. —Lo miró dudosa—. Si alguien me identifica, me pudriré en una celda por el resto de mi vida.

—Pensé que eras una veterana.

—He sido muchas cosas desde entonces —respondió Cara, pensando en los muchos trabajos que había hecho y en los dolorosos sentimientos que había dejado atrás—. Tan solo con que reserve un pasaje en una nave registrada para la Nueva República...

—Yo tengo una nave —le recordó Mando—. Puedo llevarte allí y de regreso con una jugosa recompensa. Puedes vivir libre de preocupaciones.

—Ya estoy libre de preocupaciones —espetó—, y ya no estoy de humor para jugar a los soldados. —Levantó las cejas para enfatizar—. En especial para luchar contra algún cacique local.

—No es un cacique local —aclaró Mando—. Es imperial.

Cara reflexionó, lo reconsideró y levantó su copa.

—Cuenta conmigo.

* * *

Cara viajaba ligero, por lo que no le tomó mucho tiempo empacar. En el curso de una hora, ya estaban a bordo del *Razor Crest* y en camino al espacio. El mandaloriano ajustó el sistema a piloto automático y ambos bajaron a la bodega de la nave. Cara analizó el arsenal de blásteres y explosivos que llevaban, y escogió las armas que le acomodaban mejor. Todas se veían bien, pero el detonador térmico tenía un atractivo particular. Lo sopesó en la mano.

—¡Ay! —gritó cuando la nave viró de forma abrupta de lado y empezó a sacudirse. Mando se agarró a una pared para apoyarse y se dirigió a la cabina, donde las alarmas sonaban y parpadeaban en la consola. Un momento después, se dio cuenta de la razón.

El niño estaba sentado al timón, había tomado el acelerador y balbuceaba feliz, intentando controlar la nave. El cazarrecompensas se lanzó al frente para levantarla y alejarla de ahí, y se lo pasó a Cara antes de tomar los controles. Estabilizó la nave y apagó las alarmas.

Cara soltó un suspiro de alivio.

—Necesitamos que alguien vigile a esa cosa.

—Vaya que sí.

—¿Tienes alguien en quien confíes?

El mandaloriano pensó que sabía con exactitud quién era la persona indicada.

* * *

Kuiil le ponía la montura a su blurrg cuando vio la figura familiar del *Razor Crest* que descendía frente a su casa. Cuando se abrió la escotilla, saludó a los recién llegados. El mandaloriano estaba allí con el niño y alguien más que, por su aspecto, era una guerrera.

El ugnauth examinó al niño.

—No ha crecido mucho —afirmó y miró a Cara—. ¿Qué me dices de esta? ¿Tiene nombre?

—Ella es Cara —respondió Mando—. Era trooper de choque.

—Una paracaidista —dijo Kuiil.

Ella asintió.

—¿Serviste?

—En el otro bando, me temo. —Kuiil se agachó para sentarse—. Pero me siento orgulloso de decir que pagué la deuda de mi clan y ahora no sirvo a otro que no sea yo mismo.

Se abrió la puerta detrás de ellos y un droide entró a la habitación. IG-11 era tan alto que tenía que agacharse para librar la escotilla, pero la bandeja de té que llevaba en las manos siguió perfectamente equilibrada.

Al ver al droide cazarrecompensas, Mando se levantó de un salto, con el bláster en la mano; Cara hizo lo mismo. IG-11 siguió imperturbable.

—¿Alguien gustaría un poco de té?

—Por favor —pidió el ugnaught—, bajen sus blásteres. No les hará daño.

El mandaloriano siguió apuntando el arma a la cabeza del droide cazarrecompensas.

—Esa cosa está programada para matar al bebé.

Kuiil sacudió la cabeza.

—Ya no.

* * *

Mientras Cara y Mando lo escuchaban, el ugnaught les contó la historia de cómo encontró muerto al droide luego de la batalla. Juntó los restos del IG y lo cargó en el lomo de su blurrg para llevarlo a su taller y evaluar el daño. Era extenso. Conservaba poco de su arnés neural y la reconstrucción fue difícil. Una vez que terminó con las reparaciones mecánicas, Kuiil pasó días enseñándole todo desde cero: cómo pararse, cómo caminar, tareas simples como recoger una caja o verter agua. Había requerido paciencia y repetición.

—Pasé día tras día reforzando su desarrollo con paciencia y afirmación —explicó mientras el droide servía el té para los invitados—. Desarrolló una personalidad a medida que sus experiencias aumentaban.

Mando no estaba convencido.

—¿Sigue siendo un cazador?

—No —contestó el ugnaught—, pero sí protegerá.

IG-11 levantó el brazo y extendió una taza.

—¿Té?

El mandaloriano lo miró y suspiró.

* * *

Más tarde esa misma noche, mientras Kuiil alimentaba a los blurrgs, Mando habló con él sobre la razón para regresar a Arvala-7: contratarlo como protector para el niño.

—No puedo aceptar tu ofrecimiento —dijo el ugnaught—. Pero IG-11 cubrirá tus necesidades. Puedo reprogramarlo para que vigile al niño.

—No. —El tono de Mando era firme—. No quiero que ese droide se le acerque. El ugnaught parpadeó hacia él.

—No son buenos ni malos —afirmó—. Son reflejos neutrales de aquellos que los programaron. —Se enderezó y miró de pies a cabeza al mandaloriano—. ¿Confías en mí?

—Por lo que sé, sí.

—Entonces confiarás en mi trabajo —sentenció Kuiil, como si todo quedará decidido—. Iré contigo e IG-11 vendrá conmigo. No lo hacemos a cambio de un pago, sino para proteger al niño de la esclavitud del Imperio. —Miró con fijeza al mandaloriano y habló desde su corazón—. Nadie estará libre hasta que los viejos tiempos hayan desaparecido para siempre.

No parecía que hubiera nada más que decir, así que Mando solo accedió.

—Muy bien.

—Los blurrgs también vendrán conmigo.

—¿Los blurrgs?

—No se hable más —respondió Kuiil y se alejó.

* * *

Los blurrgs cupieron muy bien en la bodega de carga del *Razor Crest* y el ugnaught viajó con ellos, feliz de tener su compañía. Ya en camino, Cara se acercó al mandaloriano, quien estaba en una mesa en la cubierta inferior con el niño. La mujer dejó caer un puñado de créditos frente a él, se sentó y extendió la mano.

Mando observó los créditos y luego volteó a verla.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto?

Ella le sonrió.

—¿Tienes miedo?

El mandaloriano plantó su codo y agarró la mano de Cara, luego de lo cual ambos empezaron a luchar para vencer el brazo del otro. Cara sabía que sería una competencia bastante desigual, pero presionó con fuerza y sintió que Mando empezaba a debilitarse.

—Te voy a ganar, Mando.

Él resoplaba con el esfuerzo.

—¿Quisieras doblar la apuesta?

Cara presionó con fuerza y una sonrisa tensa en el rostro. En ese momento supo que le ganaría y que, cuando lo hiciera, nunca iba a permitir que se le olvidara, en especial...

De pronto, sus pensamientos se disiparon cuando una mano invisible pareció asfixiarla. Se sentó muy erguida y se tomó el cuello. Cuando los bordes de su visión empezaron a oscurecerse, pudo ver que el niño tenía los ojos cerrados y la mano estirada hacia ella.

—¡No! —gritó Mando y Cara lo vio abalanzarse para cargar al niño—. ¡Detente!
¡Somos amigos! ¡Cara es mi amiga!

La asfixia terminó y sintió que la liberaba. Respiraba con dificultad cuando se inclinó al frente y apuntó hacia el niño.

—¡Eso no está bien!

El mandaloriano dejó al niño dentro de su cuna.

—Interesante —dijo Kuiil.

—¿Interesante? —Cara lo miró con la boca abierta—. ¡Esa cosa casi me mata!

Mando observó al ugnaught. Podía sentir que Kuiil examinaba al niño y procesaba lo que acababa de presenciar.

—Lo que me contaste del mudhorn tiene más sentido ahora —soltó al fin.

—Podría aprovechar tus habilidades —le contestó el cazarrecompensas—.

¿Modificarías la cuna del niño con algunos cojines para que duerma mejor?

—Le fabricaré una mejor —aseguró y se preparó para ponerse a trabajar.

Cara se frotó la garganta, donde había sentido la mano invisible apretar su tráquea. A partir de ahora, se andaría con más cuidado cuando estuviera cerca del pequeñito.

CAPÍTULO



AL POSARSE SOBRE LOS CAMPOS de lava de Nevarro, encontraron que Greef Karga los esperaba, junto con un trío de cazarrecompensas locales: un humano, un nikto y un trandoshano. Kuiil descargó los blurrgs y los bajó por la rampa del *Crest*, mientras Cara y Mando se reunían con él, y todos montaron los animales para marchar en dirección a los otros.

Karga y sus cazadores se mantuvieron firmes mientras observaban a Mando y a los otros dos que se aproximaban.

—Lamento este encuentro en un sitio lejano, Mando —dijo el agente del sindicato—, pero las cosas se complicaron desde la última vez que estuviste aquí. —Extendió los brazos—. Veamos, ¿dónde está el pequeño?

Mando apretó un botón en el guantelete de su muñeca; la cápsula plateada flotó al frente y se abrió para mostrar el rostro del niño. Al verlo, Karga parpadeó de sorpresa.

—Así que este pequeño bogwing es la causa de todo este escándalo. —Se inclinó sobre él y lo cargó—. Qué preciosa criaturita. Ahora veo por qué no querías dañar ni un pelo de su arrugada cabecita. —Regresó al niño a su lugar y miró de nuevo a Mando—. Me alegra que podamos ponerle fin de una vez por todas a este asunto. ¿Nos vamos?

* * *

El sol descendió con rapidez en Nevarro. Viajaron a pie durante un tiempo a través de los campos de lava sin que alguno de ellos hablara gran cosa, hasta que montaron un campamento en la ribera del río con la intención de dirigirse al pueblo con las primeras luces de la mañana.

Esa noche, reunidos alrededor de la fogata, Kuiil alimentaba con trocitos de carne al niño, que los devoraba con gran apetito y chasqueaba los labios.

—Supongo que el mocoso es carnívoro —se maravilló Karga—. Nunca había visto algo así. —Se inclinó para acercarse—. Estaban dispuestos a pagar una fortuna por esa cosa.

—Revisemos el plan de nuevo —propuso el mandaloriano.

Karga resumió los pasos. No eran complicados. Irían juntos hasta la cantina con el niño como cebo. Se encontrarían con el cliente en la mesa, donde Mando lo

eliminaría. Cualquier complicación relacionada con el equipo acompañante de stormtroopers, que eran cuatro como máximo según le juró Karga, la manejarían sus cazarrecompensas y Cara Dune. Todo sonaba bastante claro.

—Confía en mí —dijo Karga—. Nada puede salir mal.

Las palabras seguían en sus labios cuando la criatura alada descendió en picada desde la oscuridad con un chillido ensordecedor. Karga gritó de asombro y dolor, y alejó su brazo, para luego tambalearse hacia atrás mientras el caos dominaba el campamento. Los cazarrecompensas desenfundaron sus blásteres y comenzaron a disparar.

—¡Abajo! —El mandaloriano saltó y cerró la cápsula que contenía al niño para sellarla. Al tiempo que levantaba su rifle, abrió fuego junto con los cazarrecompensas y Cara Dune. No sirvió de nada. La noche se llenó con los chillidos y el crujido de las correosas alas de los reptavianos, tres o cuatro al menos, que se abatieron sobre ellos, ansiosos de llevarse una presa. Uno de ellos pasó zumbando y encajó sus garras en uno de los blurrgs, que soltó un aullido de pánico.

—¡Suéltala! —gritó Kuiil, pero la cosa ya estaba aleteando y volando lejos con el animal.

El mandaloriano se quedó mirando a la negrura, con el oído atento. Entonces otra de las criaturas se lanzó en picada y atrapó entre sus garras al cazarrecompensas trandoshano, al que arrancó del suelo. Otro reptaviano atacó a un segundo blurrg, así que abrieron fuego contra la cosa y la explosión lo hizo lanzar un chillido y dar un tirón al cuero duro del blurrg. El fuego de bláster atinó en el blurrg y lo hizo pedazos hasta que cayó, al mismo tiempo que otros dos reptavianos descendieron con las garras extendidas. Mando levantó el brazo y produjo un chorro de llamas que incendiaron a las criaturas voladoras hasta que se dieron por vencidas y salieron por los aires como un par de cometas incendiadas que desaparecieron en la noche.

Así como así, todo terminó. No había otro sonido más que el llanto temeroso del niño y los gemidos de dolor de Greef Karga. La herida de su brazo era profunda y se sabía que el veneno de los reptavianos actuaba con rapidez. Una vez que llegaba al torrente sanguíneo, la muerte ocurriría en cuestión de minutos.

—Quédate quieto. —Cara se sentó junto a él y abrió un medpac mientras examinaba la herida—. Sí que te dieron con todo.

—¿Qué tan mal está? —preguntó Mando.

—Mal —respondió ella—. El veneno se está dispersando con rapidez. ¡Esto no está funcionando! —Volteó a mirar al niño, que había salido a gatas de su carrito flotante y se acercaba a ella y a Karga desde atrás—. Llévate a esa cosa de aquí.

—Espera —le indicó Kuiil con voz tranquila.

Los ojos de Karga se dirigieron al niño, que ahora lo observaba cautivado.

—¡Está tratando de comerme! —exclamó el agente del sindicato, pero no se movió. Todos observaban al niño cuando presionó su diminuta mano sobre la herida de Karga, cerró los ojos y se mantuvo allí.

Poco a poco, los gemidos de Karga disminuyeron y volteó hacia ellos sin poder dar crédito de lo que pasaba. La herida estaba sanando y luego... desapareció.

Karga miró al niño con absoluta incredulidad. El único sonido era el restallar del fuego. Él y los demás se miraron entre sí, sin idea alguna de lo que acababan de presenciar.

* * *

Al romper el alba, bajaron de los campos de lava hacia las afueras de la ciudad, como un grupo harapiento que ya estaba al borde del agotamiento debido al ataque de la noche anterior. Karga y los dos cazarrecompensas que lo acompañaban se adelantaron, mientras Mando y Cara los seguían a pie y Kuiil montaba al único blurrg sobreviviente.

Cara observó que, frente a ellos, Karga conversaba en murmullos con sus compañeros cazarrecompensas.

—¿Crees que lo estén pensando mejor? —preguntó.

—Podría ser —respondió el mandaloriano—. Necesito tus ojos.

—Estoy atenta.

Se detuvieron en un risco que daba hacia la ciudad, y Karga se tomó un momento para contemplar el lugar.

—Supongo que llegamos —dijo sin voltear. Mando y Cara también pararon, tensos de ver lo que sucedería. Mando escuchó a los cazarrecompensas acercarse detrás de ellos. Sus pasos se detuvieron y pudo oír el crujir del cuero de la funda de sus armas.

En ese mismo instante, Karga volteó, con blásteres en ambas manos, y disparó.

Atinó en el pecho de los dos cazadores, el humano y el nikto, que cayeron cada uno con un solo disparo de ambas armas. En el instante en que sus cuerpos golpearon contra el suelo, Karga levantó las dos armas al aire. Mando y Cara se le acercaron desde ambos costados, con sus armas en la mano, apuntando hacia él.

—Hay algo que deben saber —confesó el agente con actitud sombría—. El plan era matarlos y llevarnos al bebé. —Volteó hacia ellos y sacudió la cabeza—. Pero después de lo que pasó anoche... no fui capaz de hacerlo. —Frunció el ceño—. Adelante, pueden dispararme aquí y ahora, y no violarían el código. Pero si lo hacen, el niño nunca estará a salvo.

Mando y Cara siguieron apuntando sus blásteres hacia él.

—Correremos el riesgo —afirmó Cara.

—Tal vez deberían dejarlo hablar —les sugirió Kuiil.

—Ambos necesitamos eliminar al cliente —le recordó Karga—. Déjenme llevarle al niño y ustedes dos...

—No —exclamó Mando y bajó su bláster.

Cara frunció el ceño.

—¿Qué estás haciendo?

—Mientras el Imperio siga vivo, enviará cazarrecompensas a perseguir al niño.
—Volteó hacia Karga—. Llévame a mí. Dile que me capturaste. Logra que me acerque a él y lo mataré.

—Es buena idea. —Karga asintió—. Dame tu bláster.

—¡Es una locura! —exclamó Cara cuando Mando le entregó su arma.

—Es la única manera.

—Bueno, entonces iré con ustedes. Les diré que te captureé.

—Ella puede llevarles al niño.

—No. —La voz de Mando era firme—. El bebé se regresa a la nave.

—Pero sin el niño, nada de esto funcionará!

—Tengo un plan —soltó el mandaloriano y volteó hacia el ugnaught—. Kuiil, regresa al *Razor Crest* con el niño y enciérrense. Activa los protocolos de seguridad en tierra. Nada que esté en este planeta penetrará esas puertas.

Kuiil asintió.

—Mantendré a salvo al niño.

Mando levantó las manos para que Karga pudiera esposarlo.

—Vamos.

CAPÍTULO



LA CIUDAD HABÍA CAMBIADO.

Parecía haber menos gente que hiciera negocios en las calles, y estas se sentían extrañamente vacías. En lugar de ello, los stormtroopers y los exploradores con motos speeder 74-Z holgazaneaban con cinismo, cargando sus armas y reclinados contra las paredes. Observaron cuando Karga y Cara Dune se acercaron con Mando, que iba esposado. La cápsula flotaba entre ellos con la tapa cerrada.

—¿Código en cadena? —exigió el trooper explorador.

—Tengo un regalo para el jefe —respondió Karga y le entregó el código. El explorador lo escaneó.

—Te doy veinte créditos por el casco.

—Ni en sueños —negó Karga entre risas—. Eso colgará de mi pared.

—¿De tu pared? —murmuró entre dientes el mandaloriano.

—Sigue la corriente —le susurró Karga.

El trooper explorador les hizo un ademán de que continuaran.

—Adelante.

Karga empujó al cazarrecompensas y siguieron caminando. Más stormtroopers los observaban desde ambos lados de la calle mientras avanzaban hacia la cantina.

No faltaba mucho para que llegaran.

* * *

El cliente se levantó cuando los vio llegar. Sus ojos brillaron de interés.

—Mira qué te traje —presumió Karga—. Como lo prometí.

El anciano observó la armadura del mandaloriano como si admirara una pieza escultórica que le hubieran traído para que la evaluara.

—Qué destreza artesanal tan exquisita. —Pasó la mano sobre el visor del casco—. Es sorprendente lo hermoso que es el beskar cuando lo forjan sus artesanos ancestrales. —Señaló hacia el droide de protocolo RA-7 que estaba detrás de la barra y este empezó a preparar unas copas. El anciano les indicó que se acercaran a la mesa—. Siéntense, por favor.

Karga empujó con rudeza a Mando para que tomara asiento, mientras que el cliente se acomodaba al otro lado.

—Es una pena que su pueblo haya sufrido tanto cuando todo eso se pudo evitar —se lamentó—. ¿Por qué Mandalore se resistió a nuestra expansión?

Mando no respondió.

—El Imperio mejora cuanto sistema toca —continuó el anciano—. Se juzgue desde cualquier perspectiva: seguridad, prosperidad, comercio, oportunidades, paz... —Su expresión se ensombreció y adquirió un tono de seriedad—. Comparen el gobierno imperial con lo que sucede ahora. ¿El mundo es más pacífico desde la revolución? —Miró directo al mandaloriano sin molestarte por esperar una respuesta—. No encuentro nada más que muerte y caos. —Sus ojos se desviaron a la cápsula que flotaba al lado de la mesa—. Me gustaría ver al bebé.

—Mmm... —contestó Karga al tiempo que levantaba una mano—. Está dormido.

—Todos guardaremos silencio —dijo el cliente.

Antes de que Karga pudiera responder, un stormtrooper próximo se acercó y susurró algo al oído del anciano.

—No quiero parecer desconsiderado —se disculpó mientras se ponía de pie—. Tengo que atender esta llamada.

Cuando se fue de la mesa, el mandaloriano abrió las esposas que llevaba en las muñecas y soltó sus manos.

—Dame el bláster —susurró.

Karga se lo pasó con discreción.

—Tienes una sola oportunidad.

En la cantina, el cliente se inclinó hacia el holoproyector, donde apareció la imagen de una figura de rostro enjuto que lo observaba con mirada fría y calculadora.

—Dígame, Moff Gideon.

—¿Trajeron al niño? —preguntó Gideon. Su voz sonaba engañosamente informal, como si fuera una conversación casual.

—Sí, lo trajeron —respondió el anciano—. En este momento está dormido.

—Sería mejor que verifiques.

El anciano entrecerró los ojos y volteó hacia la derecha, con la sospecha dibujada en el rostro.

Un disparo atravesó la ventana detrás del bar. El viejo abrió los brazos y cayó al suelo. Los stormtroopers giraron al mismo tiempo que accionaban sus blásteres y el caos estalló en la cantina. Al otro lado de la habitación, Karga volteó la mesa para que él y los demás pudieran cubrirse. Por la ventana destrozada, un rayo de luz del exterior se abrió paso entre el aire enrarecido por el humo. El droide de protocolo detrás de la barra levantó las manos y se agachó para ponerse a salvo.

El holograma de Moff Gideon observó todo esto por un momento. Luego se inclinó al frente para desactivar su transmisor y desapareció.

Después de que cesaron los disparos, Cara se levantó para verificar la habitación y asegurarse de que los troopers estuvieran muertos. Karga y Mando se acercaron a

ella. Cara volteó a mirar por la ventana destrozada hacia la calle y, al observar lo que había allí, sintió una repentina oleada de pavor que fluyó por todo su cuerpo.

Una fila de death troopers con armadura negra estaba frente a la cantina. Eran las tropas de élite del Imperio, diseñadas para ser furtivas y letales. Detrás de ellos, un transporte imperial de tropas aparcó hasta detenerse por completo. Sus puertas se abrieron para arrojar un contingente de stormtroopers.

—Esto es malo —murmuró Cara.

Mando se llevó el intercomunicador hasta el casco.

—Kuiil, ¿ya regresaste a la nave?

Después de los crujidos de la estática en la radio, se escuchó la voz del ugnaught; parecía venir de muy lejos.

—Todavía no.

—¡Regresa a la nave y lárgate! —le ordenó Mando—. Saca al niño de aquí. ¡Estamos arrinconados!

Al recibir la transmisión, Kuiil apretó las riendas y cabalgó más rápido sobre el blurrg que galopaba sobre los campos de lava hacia el *Razor Crest*. Sabía que no le faltaba mucho para llegar. Pronto se subiría a la nave y el niño estaría a salvo.

Sin embargo, no era el único que estaba escuchando. En las afueras de la ciudad, dos troopers exploradores habían estado espiando la conversación. Se miraron uno al otro, montaron sus motos speeder y empezaron a correr.

CAPÍTULO



EL CAZA TIE Outland se abalanzó en un giro desde el cielo y descendió en la calle, al mismo tiempo que guardaba sus colectores solares al aterrizar detrás de las filas de tropas imperiales. Dentro de la cantina, con sus blásteres en alto, Mando, Karga y Cara Dune miraron la nave sin decir palabra, aunque todos sabían lo que eso significaba. Había llegado la hora de un ajuste de cuentas.

La escotilla del TIE se abrió con un silbido, y un hombre de capa oscura y pechera salió de él. Caminó entre las filas de troopers en dirección al bar. Era el oficial imperial del holoproyector, el mismo que había hablado con el anciano: Moff Gideon.

Se detuvo frente a la ventana abierta y habló con una voz tranquila e imparcial.

—Tienen algo que quiero. Quizá piensen que tienen alguna idea de lo que tienen en su posesión, pero en realidad no lo saben. —Se asomó para mirarlos con esos ojos fríos que demostraban la seguridad en sí mismo—. Significa más para mí de lo que nunca sabrán. Y dentro de unos instantes, será mío.

Mando levantó el intercomunicador.

—Kuiil, ¿ya regresaste a la nave? —preguntó—. Están sobre nosotros. ¡Kuiil, responde!

Pero no hubo respuesta.

* * *

Kuiil cabalgó a toda velocidad. No había tiempo para responder al mensaje del mandaloriano. Podía ver al *Razor Crest* adelante, con su perfil que se destacaba claramente contra el cielo azul. Era cuestión de minutos, quizá menos. Acució al blurrg, que ahora corría a toda velocidad. Podía escuchar el suave arrullo del niño que llevaba envuelto entre sus brazos.

«Protege al niño», pensó. En este momento, esa era la tarea más importante de su vida.

Cuando estuvo lo bastante cerca como para activar de manera remota el sistema de seguridad de la nave, apretó el botón y la rampa del *Razor Crest* empezó a extenderse. Ahora podía ver el interior de la bodega, el sitio donde estarían seguros.

El rugido de las motos speeder lo sobrepasó. Los motorizados dispararon sobre el blurrg y provocaron que se precipitara con violencia al frente, hasta terminar en el

suelo. El ugnaught vio que el niño salía volando de sus brazos, y supo la abrupta y terrible verdad.

Había fracasado en protegerlo. Los troopers exploradores lo miraron a través de los visores de sus cascos blancos, con una apariencia tan impersonal como la muerte misma.

—¡No! —gritó Kuiil y levantó una mano, en un último intento desesperado por detenerlos.

Recibió un disparo de bláster, y lo último que vio fue la oscuridad.

CAPÍTULO



DE REGRESO A LA CIUDAD, los dos exploradores que habían capturado al niño redujeron la velocidad y detuvieron sus vehículos en las afueras para reportarse con sus jefes.

—Las motos speeder llegaron al puesto de control con el activo —aviso el primer trooper a través de su intercomunicador—. Esperamos confirmación. —Dentro de la mochila que colgaba de su hombro, el niño emitió un gemido y el trooper le dio un manotazo—. ¡Basta!

—Indicación de proceder —respondió la voz en el otro extremo—, pero te aconsejo que verifiques dos veces. El Moff acaba de aterrizar y ya eliminó a un escuadrón de troopers locales.

Los troopers exploradores intercambiaron miradas y el primero activó el micrófono.

—Entendido. Estamos atentos.

Luego de un momento, el segundo trooper lo miró.

—¿Acaba de... decir que Gideon mató a sus propios hombres?

El primer trooper sacudió la cabeza.

—¿Quién sabe? —contestó—. A esos tipos les gusta imponer las reglas cuando llegan a un lugar. Ya sabes cómo es eso. —Desde el interior de la bolsa, el niño balbuceó y el primer trooper lo golpeó de nuevo—. ¡Te dije que te calles!

El segundo trooper estiró el cuello para poder ver bien la bolsa, que se estaba moviendo.

—En todo caso, ¿qué es esa cosa?

—No sé. Tal vez el Moff quiera comérselo. No hago preguntas.

El segundo trooper lo miró.

—¿Puedo verlo?

El trooper que cargaba la bolsa volteó hacia él con actitud de incredulidad.

—¿No acabas de oír que Moff Gideon mató a una docena de sus hombres solo para aclarar quién manda?

—Está bien...

—A mí me queda claro. ¿A ti te queda claro?

—Sí, me queda claro.

—Bien.

Se reclinaron sobre sus speeders para esperar instrucciones, pero no pasó nada. El sol caía a plomo, y después de la emoción de perseguir al ugnaught y recuperar al niño, el tiempo parecía correr a paso de tortuga. Si había una cosa que la Rebelión no había cambiado era lo mucho que tenían que esperar a que les indicaran qué hacer.

Después de un momento, el segundo trooper suspiró. Sacó su bláster y lo apuntó a un transmisor tirado en la arena. Tiró del gatillo. Falló. Volvió a disparar y falló de nuevo. El otro trooper lo imitó y empezaron a alternar disparos, pero ninguno de los dos acertó ni siquiera cerca del transmisor. Se mantuvieron en silencio, pero el segundo trooper volteó esperanzado hacia el morral.

—¿Deberíamos darle agua a esa cosa?

El primer trooper lo miró.

—Solo quieres verlo.

—Tú pudiste hacerlo...

—Apenas. Lo recogí y lo metí en la mochila.

—Es más de lo que yo pude verlo...

El primer trooper suspiró.

—Está bien —concedió y levantó la solapa para abrir la bolsa—. ¿Ya estás feliz?

—Vaya. —El segundo trooper se quedó mirando al rostro arrugado y de grandes ojos que se asomó a verlo—. ¿Qué es esa cosa?

—No sé, una mascota o algo.

—¿Una mascota? —Extendió un dedo para tocarlo y la cosa abrió la boca y lo mordió. Soltó un chillido y alejó la mano, para después darle un buen golpe.

El primer trooper se encogió de hombros.

—Te lo mereces.

—Deténganse. —Una voz automatizada habló frente a ellos.

Ambos troopers tomaron sus blásteres y los apuntaron a la reluciente figura metálica que avanzaba en su dirección.

—¡Identifíquese!

—Soy IG-11 —respondió el droide—. Soy el droide niñera del niño y les exijo que entreguen su custodia de inmediato.

—¿Un droide niñera? —El segundo trooper miró a su compañero—. Pensé que era un cazarrecompensas. ¿Qué en general los IG no son cazadores?

—Bueno, evidentemente este es una niñera —repitió el primer trooper.

—Lo siento, niñera, pero tendrás que largarte de aquí.

IG siguió caminando hacia ellos.

—¿Se niegan a cumplir mi petición?

—No. —El trooper apuntó el bláster a la cabeza del droide—. Te estoy diciendo que te largues.

Con un movimiento veloz, el IG tomó la mano del trooper que sostenía el arma y se la torció. El trooper gritó cuando le rompió la muñeca; luego, el droide le dio una voltereta y lo arrojó al suelo. Mientras giraba, IG tiró a un lado el bláster del segundo

trooper, lo tomó por el cuello y empezó a golpearle la cabeza una y otra vez contra la moto speeder. Luego caminó, recogió al niño y se sentó en el otro speeder para encender el motor. El niño parpadeó y lo miró fijamente.

—Eso fue desagradable —murmuró IG-11—. Lamento que lo hayas visto.

Ambos se fueron.

* * *

La contienda seguía en el interior de la cantina.

Con la espalda contra la pared, Cara volteó hacia Greef Karga.

—¿Hay otra forma de salir?

—No. Esa es la única salida.

—¿Qué dices del alcantarillado? —preguntó Mando—. Los mandalorianos tienen un escondite en el drenaje. Si podemos bajar, ellos nos ayudarán a escapar.

—Sí. —Cara se mostró de acuerdo—. El drenaje está bien.

Mando encendió su escáner.

—Buscaré puntos de acceso.

Cara miró por la ventana abierta. Al otro lado de la pared del bar, los stormtroopers habían bajado una caja blanca y estaban abriendo los pestillos para levantar la tapa. La fila de fuerzas imperiales se movió a ambos lados mientras los troopers sacaban un trípode y empezaban a ensamblar lo que al parecer era un pesado bláster de repetición. Sintió que una oleada de desesperanza la cubría por completo.

Los hombros de Karga se encogieron.

—Todo terminó.

A través del escáner de su visor, Mando detectó una señal de calor en la pared opuesta.

—Encontré la ventila de la alcantarilla —aviso.

—¡Salmamos de aquí! —exclamó Cara. Ella y Mando tomaron la banca y la movieron para exponer el punto de acceso. La reja debajo parecía fijada con cemento; cuando tiraron de ella, no cedió. Cara tomó su rifle bláster.

—¡Aléjense! —Abrió fuego sobre la reja, pero esta se mantuvo firme.

Desde el exterior, la voz de Moff Gideon sonó con claridad.

—Su intuitivo pánico sugiere que entienden la situación. —Como siempre, su tono seguía siendo tranquilo y razonable—. Preferiría evitar cualquier violencia adicional y les insto a que piensen por un momento. —Hizo un ademán hacia el pesado bláster que reposaba sobre el trípode—. Si desconocen esta arma, estoy seguro de que la trooper de choque de la República, Carasynthia Dune de Alderaan, les contará de la ocasión en que atestiguó que muchos de sus compañeros se vaporizaron a mitad de su descenso cuando enfrentaron a un predecesor de este modelo particular. —Pausó para dejar que procesaran lo que estaba diciendo—. O, tal vez, el cazarrecompensas mandaloriano destituido, Din Djarin, haya escuchado las

odas sobre el Sitio de Mandalore, donde las cañoneras provistas de artillería similar arrasaron con los campos de reclutas de Mandalore en la Noche de las Mil Lágrimas.

Mando se le quedó mirando sin moverse, solo escuchándolo.

—Aconsejo al deshonrado Magistrado Greef Karga que apele a la sabiduría de su edad —continuó Gideon— y que los inste a bajar las armas y salir. La estructura en la que están atrapados será arrasada sin demora y la historia de sus vidas llegará a un abrupto final.

Fue Karga quien respondió al inclinarse al frente y elevar la voz para que lo escuchara a través de la ventana abierta.

—¿Qué propone? —gritó.

La mirada fría de Gideon se mantuvo. Ni siquiera parpadeó.

—Una negociación razonable.

—¿Qué garantías ofrece?

—Si preguntan si pueden confiar en mí, no pueden. —Gideon abrió las manos con la actitud de alguien que comunica una verdad nefasta, pero inevitable—. Del mismo modo en que ustedes traicionaron nuestro arreglo comercial, me encantaría romper cualquier promesa y verlos morir a mis manos. La garantía que les doy es esta: actuaré en interés propio, que en este momento involucra su cooperación y beneficio. —Volteó la mirada para explorar las tropas y armamento que lo rodeaban y, más lejos, al sol que iba bajando de manera constante. Al final, regresó la vista hacia la cantina—. Les doy hasta el anochecer. Entonces, ordenaré que el cañón abra fuego.

Dio la vuelta y se alejó de allí.

* * *

—En el instante en que abramos la puerta, estaremos muertos —afirmó Cara.

—Por el otro lado, estaremos muertos si no lo hacemos —respondió Karga—. Por lo menos afuera tenemos una oportunidad.

—Habla por ti —replicó Cara—. Yo soy una trooper de choque rebelde. ¡Me subirán a un controlamentes!

Karga resopló.

—Esos no son reales. Solo son propaganda de guerra.

—Bueno —respondió ella, levantando el rifle—. No me interesa descubrirlo. Me largaré de aquí disparando.

El agente del sindicato miró hacia el cazarrecompensas.

—Mando, ¿tú qué dices?

—Sé quién es él —respondió—. Ese es Moff Gideon. No había escuchado su nombre desde que era niño.

Karga lo miró.

—¿En Mandalore?

—No nací en Mandalore.

—Pero eres un mandaloriano —protestó Karga, con el ceño fruncido.

Cara negó con la cabeza.

—Ser mandaloriano no es una raza.

—Es un código —aclaró Mando. Recordaba de nuevo ese día de tanto tiempo atrás cuando estaba con sus padres y corrieron por la calle entre el rugido de los blásteres, gritos de la gente y las naves cañoneras que volaban sobre ellos. Fue la última vez que los vio vivos. El recuerdo siguió reproduciéndose en su memoria, con las paredes que explotaban, los edificios que caían a pedazos y lanzaban escombros y nubes de humo al mismo tiempo que ellos seguían corriendo. Detrás de ellos, los superdroides de combate habían aterrizado y podía escuchar los blásteres que arrasaban con los transeúntes. Él y sus padres se acercaron a un búnker, abrieron las dos puertas y su madre lo tomó de los hombros para darle una última mirada a su rostro, mientras su padre lo atrajo a él para besarle la frente. Tenía lágrimas en los ojos, que marcaban líneas entre la suciedad que cubría sus mejillas. Lo miraron por última vez. Luego, ambos lo bajaron al interior.

Miró arriba y levantó una mano hacia ellos, pero sus rostros ya estaban ocultos por la luz cegadora a su espalda. Su padre cerró las puertas y lo envolvió en las sombras.

Un instante después escuchó la explosión. Tuvo la intensidad suficiente para sacudir las puertas de sus goznes. Los sedimentos y el humo se filtraron por la grieta. A través de la brecha entre ambas puertas pudo oír los pasos de algo pesado que se aproximaba y supo lo que era: uno de los superdroides de combate.

Las puertas se abrieron de golpe y allí estaba, gigantesco e implacable, como una montaña que se irguiera sobre él y que amenazara con una muerte segura. El droide extendió el bláster en su muñeca y le apuntó directo a la cabeza. Cerró los ojos y se volteó en anticipación de lo que vendría.

¡PUM! Una descarga de fuego de bláster golpeó desde arriba al droide hasta provocarle varios agujeros y lo derribó de lado con un sonido mecánico hueco. Cuando levantó la vista, una nueva figura apareció en el umbral.

Miró al soldado mandaloriano que se agachó para tenderle la mano y llevarlo a un lugar seguro.

Se levantó para que le ayudara, y sintió cuando el soldado lo sacó del refugio y plantó sus pies sobre el suelo. Alrededor, lo único que podía ver era a los mandalorianos con sus mochilas propulsoras. Aterrizaban con los blásteres en la mano y luchaban contra los imperiales. Estaban disparándoles a los droides de combate desde todos los flancos y estaban ganando. Uno de ellos le hizo una indicación al soldado que le ayudó a salir del búnker para que se elevara. El mandaloriano miró al niño, que asintió como respuesta; el soldado lo tomó entre sus brazos y activó su mochila propulsora para levantar el vuelo.

Mando recordaba cómo se sintió al mirar sobre el hombro del soldado hacia el sitio donde sus padres habían caído, mientras su salvador lo conducía a un lugar

seguro.

—Fui un huérfano —explicó a Karga y a Cara, volviendo al presente—. Me criaron en el cuerpo de combate. Me trataron como si fuera uno de los suyos y, cuando crecí, me comprometí con el código. El único registro del nombre de mi familia es el que estaba en los archivos de Mandalore. —Volteó hacia ellos, que escuchaban su historia con atención—. Moff Gideon fue el oficial ISB durante la Purga. Por eso sé que es él.

Los otros se quedaron callados. Los pensamientos de Mando lo llevaron de nuevo hacia el niño que estaba en algún lugar con el ugnaught. Activó su intercomunicador.

—Adelante, Kuiil.

En lugar de la voz del ugnaught, escuchó el sonido familiar de la risa del niño a través del auricular. Luego, otra voz conocida.

—Kuiil fue eliminado —informó IG-11.

La voz de Mando adquirió un tono de frialdad.

—¿Qué hiciste?

—Cumplo mi función básica —respondió el droide.

—¿Cuál es?

—Cuidar y proteger.

* * *

IG-11 salió a toda velocidad del desierto hacia las afueras de la ciudad, con el niño protegido contra su pecho. Al acercarse, sus fotorreceptores detectaron una comitiva de troopers exploradores y troopers en las puertas de la ciudad. El droide sacó sus blásteres y aceleró. Esto también podría volverse muy desagradable, pero tenía que proteger al niño.

Disparó contra los troopers en la entrada y luego pasó a gran velocidad por la calle junto a ellos sin dejar de disparar a ambos lados al mismo tiempo, derribando a los troopers en ambos costados. En la parte frontal del droide, el niño reía alegre, con sus orejas volando en el aire, encantado con la velocidad y la actividad.

Al ver el regimiento de troopers frente a él, IG giró su torso al revés para proteger al niño y siguió disparando mientras se acercaban a la cantina.

—¡Miren! —gritó Cara y apuntó a la calle al mismo tiempo que el droide llegaba.

—¡Cúbreme! —pidió Mando. Detrás de él, Cara empezó a disparar con una sólida línea de fuego mientras el mandaloriano se lanzaba al ataque en campo abierto, con Greef Karga que lo seguía apenas unos pasos atrás. Lo que vio era incluso peor de lo que esperaba. Death troopers y stormtroopers avanzaban para atacarlo. Mando y Karga los repelieron disparándoles a los cascos, y lanzando patadas y puñetazos a los que estaban demasiado cerca como para dispararles. En medio del caos, Mando pudo ver que IG llevaba al niño atado a su torso y observó cuando un rayo de bláster atinó en el droide y lo hizo caer de rodillas.

Mando miró el pesado bláster. Caminó hacia él y con un jalón lo tiró de su trípode para voltearlo contra los stormtroopers restantes, a los cuales destruyó con una lluvia de fuego anaranjado. Al otro lado de la calle, otro death trooper se acercó a la cantina y colocó un detonador sobre la pared.

Cara seguía adentro cuando la explosión destrozó la pared y lanzó al suelo a la antigua trooper. Soltó un gemido y cayó, mientras trataba de arrastrarse de rodillas para protegerse de los rayos de bláster que estallaban contra el piso y las paredes alrededor de ella. Por lo menos dos death troopers habían entrado a la cantina y se cernían sobre ella.

La mujer se levantó de un salto, con el rifle en la mano, y disparó hasta derribarlos.

* * *

En la calle, Moff Gideon observó que la batalla estaba cambiando de dirección. Entrecerró apenas los ojos con actitud de desagrado. Ese no era el resultado que anticipaba. Apuntó su bláster al casco del mandaloriano y apretó el gatillo para disparar un solo tiro. Mando lanzó un grito de dolor y sorpresa, y volteó el cañón parcialmente desmantelado hacia Gideon. Este ajustó su bláster, apuntó al generador de energía junto al mandaloriano y disparó.

El generador estalló en una conflagración cegadora de fuego y humo que lanzó a Mando de costado debido al impacto, y lo dejó inmóvil sobre el piso.

Desde el interior de la cantina, Cara lo vio caer. Corrió junto a Karga, que seguía disparándoles a los troopers. Agarró el cuerpo de Mando y lo regresó a rastras a la cantina mientras IG-11 y Karga la seguían de cerca. Este cerró la puerta.

Afuera, Gideon sintió que algo le constreñía el pecho. Ya era suficiente. Se le había acabado la paciencia.

—Quémenlos.

CAPÍTULO



DENTRO DE LA CANTINA, Cara Dune arrastró el cuerpo del mandaloriano hasta la pared opuesta. El cazarrecompensas era peso muerto y la armadura de beskar lo volvía aún más pesado.

—Quédate conmigo, compañero —suplicó—. Vamos a salir de aquí.

Si Mando llegó a escucharla, no dio respuesta. La explosión lo dejó inconsciente y lesionado de gravedad, y su cuerpo estaba flácido e inmóvil. Desesperada, Cara volteó hacia Greef Karga, que miraba a IG-11.

—¡Esta es nuestra única salida! —exclamó el agente del sindicato—. ¿Puedes despejarla?

—Sí, por supuesto —respondió el droide. Dejó con cuidado al niño en el suelo y se agachó para empezar a quitar la reja con la herramienta de corte de precisión que tenía en su mano, lanzando chispas por todas partes.

—Sí —murmuró Karga—. Me encantan las unidades IG.

En el suelo frente a Cara, el mandaloriano despertó. Su voz era débil, cargada de dolor, y le costaba trabajo respirar.

—No sobreviviré. Váyanse.

—Cállate —espetó Cara—. Solo te dejaron inconsciente. Estarás bien.

—Toma esto. —Buscó dentro de su armadura, sacó un dije con la imagen de un cráneo de mitosaurio, y se lo entregó—. Cuando te encuentres con mi tribu, muéstrales esto. Diles que el niño está bajo tu protección. Te darán salvoconducto.

Cara tomó el dije y lo guardó. Pasó la mano por debajo del casco de Mando y luego miró las puntas de sus dedos. Estaban cubiertas de sangre.

—Tendré que quitarte esto.

—No —respondió Mando y le agarró la mano—. Déjame. —Ahora respiraba con dificultad y podían escucharse los jadeos de sus pulmones que intentaban tomar aire—. Asegúrate... de que el niño esté seguro...

Cara estaba empezando a responderle cuando un enorme chorro de fuego estalló por toda la cantina con un estruendo que incendió la barra y las paredes. Ya podía sentir el calor que crecía alrededor y que extraía todo el oxígeno a medida que el fuego aumentaba.

—Puedo frenarlos el tiempo suficiente para que ustedes escapen —afirmó Mando—. Déjame tener la muerte de un guerrero.

Cara lo miró desafiante.

—¡No te abandonaré!

—El camino así es —respondió el mandaloriano.

Ahora el edificio estaba en llamas, y estas empezaron a consumirlo todo. El humo provocaba que los ojos le ardieran a Cara y sintió que la garganta empezaba a cerrársele. Cuando volteó hacia la puerta, vio las franjas rojas del stormtrooper incinerador que entraba con un lanzallamas. Podía recordar haber luchado contra este tipo de soldados en la guerra y estaba demasiado familiarizada con el terrible potencial del arma que llevaba en las manos.

El trooper volteó y apuntó el lanzallamas directo hacia ellos, preparándose para desatar otra llamarada. No había hacia dónde correr.

«Este es nuestro final», pensó. «Peleando de nuevo en la guerra, en una cantina de algún planeta perdido...».

Por el rabillo del ojo, Cara vio que el niño se ponía de pie, levantaba las manos y cerraba los ojos en profunda concentración. Lo que pasó a continuación era inverosímil y si no lo hubiera visto con sus propios ojos, nunca lo hubiera creído.

La bola de fuego salió despedida hacia ellos con un sonido ensordecedor y luego, de algún modo, se detuvo, como si quedara congelada y los poderes del niño mantuvieran a raya toda su energía y ferocidad. Cara y Greef Karga se quedaron mirando con total asombro. Incluso el mandaloriano logró levantar la cabeza para ver el reflejo anaranjado que parpadeaba sobre el visor de su casco.

Con un simple movimiento de la mano, el niño hizo que el fuego cambiara de dirección y regresara sobre sus pasos, envolviendo al stormtrooper en un baño de calor que estalló sobre él y lo lanzó a través de la pared. A la distancia, pudieron escuchar sus gritos.

Al otro lado de la habitación, el IG-11 le dio una última patada a la reja del alcantarillado. Esta se soltó y les abrió una ruta de escape.

—¡Tenemos que irnos ahora! —gritó Karga.

El mandaloriano miró a Cara.

—Vete... —pidió de nuevo con voz ronca y se quedó en silencio.

Se derrumbó contra el piso. Cara vio que IG se acercaba y le entregaba la mochila con el niño adentro.

—Escapa y protege al niño —indicó el droide—. Yo me quedaré con el mandaloriano.

La mujer se puso de pie.

—Prométeme que lo traerás.

—Tienes mi palabra.

Cara tomó al niño y siguió a Greef Karga por el drenaje, lo cual dejó solo a IG-11 con Mando. Esperaba poder confiar en el droide.

Pero, en todo caso, no tenía gran opción.

CAPÍTULO



TODO EL LOCAL se estaba convirtiendo en un caldero de llamas ardientes al borde del colapso. El fuego se elevaba alrededor y ardía fuera de control. El droide se arrodilló frente al cazarrecompensas.

—Hazlo —pidió Mando.

La pantalla roja de procesamiento del IG-11 parpadeó de manera inquisitiva.

—¿Que haga qué?

—Solo acaba de una vez. Prefiero que tú me mates a que lo haga algún imperial.

—Te dije, ya no soy un cazador. Soy un droide niñera.

—Todos los IG son cazadores.

—Este no —insistió el droide—. Fui reprogramado. Necesito quitarte el casco para salvarte. —Extendió una mano hacia el casco del cazarrecompensas y Mando levantó su bláster para apuntarle.

—Inténtalo y te mataré —amenazó—. Está prohibido. Ningún ser vivo me ha visto sin el casco desde que me juré al código.

—No soy un ser vivo —afirmó IG con tranquilidad. Sin esperar permiso, sus manos empezaron a moverse para desprender el casco. Se escuchó un suave silbido cuando el sello de este se abrió y se soltó, y el droide lo levantó para mirar al humano dentro de él.

El rostro del cazarrecompensas estaba cubierto de sangre y el dolor se dibujaba en él; el sudor apelmazaba el cabello oscuro contra sus sienes y frente. Sus ojos marrones parecían vulnerables y expuestos, con la mirada de un hombre que estaba a punto de enfrentar el último gran misterio de la vida.

—Esto es spray bacta —le informó IG al mismo tiempo que pasaba el aplicador médico sobre sus heridas—. Te sanará en cuestión de horas. Sufriste daño en tu unidad de procesamiento central.

—¿Te refieres a mi cerebro?

—Fue una broma —dijo el droide—. Su propósito era tranquilizarte.

Mando rio débilmente y luego soltó un gemido. Después cerró los ojos.

* * *

En el drenaje, el niño empezó a llorar en voz baja. El aire era húmedo y estaba lo bastante oscuro como para que apenas pudieran ver a más de diez metros frente a

ellos. Cara proyectó la luz por el largo túnel que tenían delante y se detuvo.

—¿Qué pasa? —preguntó Karga.

La mujer levantó una mano e inclinó la cabeza para escuchar. Los pasos se acercaban a la distancia y venían siguiéndolos. Ella y Karga voltearon a ver quién era.

IG-11 salió de entre las sombras y cojeando detrás del droide y apenas capaz de sostenerse en pie, estaba el mandaloriano. La luz de su casco se abrió paso entre la penumbra. Se veía débil, pero por lo menos estaba de pie y moviéndose.

Cara corrió hacia él y lo ayudó a sostenerse.

—Te tengo.

Siguieron adelante.

—¿Sabes por dónde ir? —preguntó Cara.

—No —admitió Mando—. No conozco estos túneles.

Karga entrecerró los ojos para poder ver en la oscuridad.

—Si seguimos el olor de azufre llegaremos al río de lava.

—Los imperiales nos atraparán antes de llegar a la barca —atajó Mando—.

Necesitamos que los mandalorianos nos escolten a un sitio seguro.

Buscó huellas en el camino. La infusión de bacta de IG había empezado a surtir efecto y ahora se sentía más fuerte, capaz de estar de pie y caminar por sí solo, sin ayuda. Mando avanzó más rápido y los condujo por otro corredor, dio vuelta en una esquina y se detuvo de forma brusca.

Un montón de armaduras y cascós mandalorianos estaban tirados frente a él. Mando los miró y cayó sobre una rodilla para levantar una careta cualquiera y asomarse por ella.

—Deberíamos irnos —apremió Cara.

—Váyanse. Llévense la barca. —Su voz era inflexible—. No puedo dejarlo así.

—Volteó hacia Greef Karga con una sensación de enojo que iba creciendo en su interior—. ¿Tú sabías de esto? ¿Es obra de tus cazarrecompensas?

—No fue su culpa. —Una voz femenina habló detrás de ellos.

* * *

Mando se detuvo y volteó a todas partes hasta que la armera salió de las sombras.

—No fue su culpa —repitió—. Sabíamos lo que podía suceder si dejábamos este lugar. Los imperiales llegaron poco después. —Miró la pila de armaduras y cascós—. Este fue el resultado.

—¿Alguien sobrevivió? —preguntó Mando.

—Eso espero. Es posible que alguien haya escapado fuera de este planeta.

El mandaloriano la miró.

—Ven con nosotros.

—No. No abandonaré este sitio hasta que haya rescatado lo que queda.

Mando y los otros la observaron mientras empezaba a recolectar los trozos de armadura. La siguieron hasta la fragua, donde tomó la armadura con un par de pinzas, y la sostuvo sobre las llamas azules de los surtidores.

—Muéstrenme a aquel cuya seguridad implicó tal destrucción.

—Es él. —Mando le mostró al niño.

—¿Este es el que cazaste y luego salvaste?

—Sí —respondió y después añadió—: el que también me salvó.

Miró al niño, que se asomó debajo de la solapa de la mochila y gorjeó.

—Parece indefenso —comentó.

—Está herido —respondió Mando—, pero no está indefenso. Su especie puede mover objetos con la mente.

La armera no pareció sorprendida.

—Sé de tales cosas. Las odas de eras pasadas narran las batallas entre Mandalore el Grande y una orden de hechiceros llamados Jedi que luchaban con este tipo de poderes.

—¿Es un enemigo?

—No, su especie eran enemigos, pero este individuo no. —Miró de nuevo al niño—. Es un huérfano. Según el código, está a tu cuidado. —Se inclinó y empezó a verter con cuidado el beskar fundido dentro de su molde—. No tienes opción. Debes reunirlo con su propia especie.

—¿Dónde?

—Eso lo deberás determinar tú.

Mando la miró fijamente.

—¿Esperas que busque por toda la galaxia el hogar de esta criatura y la entregue a una raza de hechiceros enemigos?

—Hasta ese momento o cuando sea adulto, está a tu cuidado. Eres como su padre.

—¿Padre?

—El camino así es —respondió la armera—. Te has ganado tu sello. —Avanzó hacia él para aplicarlo a su armadura y fijó el sello del mudhorn a su hombrera derecha—. Son un clan de dos.

—Gracias. Lo portaré con honor.

Una explosión distante hizo eco por el pasillo exterior.

—Un grupo de exploración —explicó la armera—. Deberían irse. —Volteó hacia el droide—. IG, vigila el pasillo de afuera, por favor.

El droide volteó y le entregó el niño a Cara, quien lo cargó de manera torpe.

—Un momento. Yo no me ocupo de bebés —se quejó, pero el niño soltó un chillido feliz en sus brazos.

La armera regresó su atención hacia el mandaloriano.

—Tengo otro obsequio para tu viaje. ¿Recibiste entrenamiento para el ascenso del fénix?

—Cuando era niño.

—Entonces esto —dijo mientras le entregaba la mochila propulsora— hará que estés completo.

—Gracias.

Afuera, las explosiones y disparos de bláster se habían vuelto más intensos y cercanos. Mando miró a Cara y a Greef Karga. Aunque reabastecieron sus municiones, ya no podían permitirse seguir allí. Era momento de irse.

* * *

Luego de marcharse, la armera se arrodilló frente a la fragua. Se quedó muy quieta y escuchó los pasos de los stormtroopers que se acercaban detrás de ella; según sus cálculos, eran cuatro. A pesar de que se acercaron lo suficiente como para tocarla, ella se quedó inmóvil.

—Oye, Mando —dijo uno de ellos—. ¿Dónde están? —Golpeó el cañón de su bláster contra el casco de la mandaloriana—. Te pregunté que dónde están.

Lo que pasó a continuación tomó menos de veinte segundos. La armera blandió su martillo con fuerza contra su rostro, que quedó destrozado, al mismo tiempo que giraba y lo lanzaba contra el casco del trooper al otro lado de ella. En su otra mano, el cincel voló hasta chocar en el pecho del tercer trooper, mientras ella agarraba al cuarto y lo lanzaba de cabeza sobre los chorros de fuego azul. Cuando el trooper frente a ella se volvió a levantar y empezó a disparar como loco, lo agarró y le dio vuelta, de modo que su bláster derribó al atacante que estaba delante. Lo tiró al suelo y dejó caer otra vez el martillo. Esta vez, el trooper ya no se levantó.

La habitación quedó en silencio. Miró los cadáveres que la rodeaban y no sintió nada más que una pequeña, aunque vital, sensación de paz al restaurar por lo menos una diminuta parte del orden.

Se acercó a la forja y se preparó para limpiar sus herramientas y volver al trabajo.

CAPÍTULO



MANDO Y LOS DEMÁS siguieron el túnel hasta el río que fluía hacia las planicies de lava. Mientras caminaban, el olor a azufre iba aumentando constantemente, junto con el calor. Al llegar a la vera del río, la lava burbujeante rodeaba la barca. El navío no parecía haberse utilizado por largo tiempo y permanecía tenazmente fijo en la orilla. El droide de ferry estaba sentado en silencio, con sus circuitos quemados en apariencia, y Mando y Karga se esforzaban por liberar el transporte.

—¿Les importaría quitarse de en medio? —les preguntó Cara. Se pasó al niño al otro brazo, levantó su rifle y abrió fuego sobre la ribera para volar la lava endurecida hasta que el bote se soltó y empezó a flotar.

Alertado por el ruido, el droide de ferry cobró vida y sus procesadores empezaron a parpadear y encenderse en reconocimiento a la llegada de sus pasajeros. Se levantó sobre dos largas patas hasta que se elevó imponente sobre ellos en la popa, con un remo en la mano, y trinó una pregunta.

—Creo que nos está preguntando a dónde queremos ir —aclaró IG.

—Río abajo —indicó Karga—, a la planicie de lava.

Abordaron, el droide se puso en acción y empezó a remar. El fuego líquido anaranjado que los rodeaba a ambos lados se movía despacio al frente. Mando vio extraños seres de ojos rojos que corrían presurosos en la oscuridad junto a las riberas.

—¡Allí está! —Karga señaló hacia la luz frente a ellos—. ¡Estamos libres!

Mando activó el escáner de su casco.

—No. —Observó el contorno de cuando menos una docena de figuras agrupadas afuera en ambos lados de la salida, esperando en silencio—. Stormtroopers. Flanquean la salida del túnel. Deben saber que vamos hacia allá.

—¡Detén el bote! —exclamó Cara—. ¡Droide! ¡Te dije que pares el bote! —Apuntó su bláster al panel de procesamiento del droide de ferry y jaló el gatillo. Su cabeza estalló en una lluvia de chispas, se quedó quieto y dejó de remar. Pero no importaba. La barca siguió moviéndose en el río de lava que la rodeaba.

IG miró en dirección al batallón de stormtroopers.

—No estarán satisfechos con nada más que el niño. Eso es inaceptable. Eliminaré al enemigo y ustedes escaparán.

Mando volteó hacia el droide.

—No tienes ese tipo de potencia de fuego, compañero. Ni siquiera llegarás a ver la luz del día.

—Ese no es mi objetivo —respondió IG-11—. Todavía tengo los protocolos de seguridad de mi fabricante. Si mi diseño está comprometido, debo autodestruirme.

—¿De qué hablas? —preguntó Mando.

—No debo permitir que me capturen. Debo destruirme. —El droide miró de frente al cazarrecompensas—. Por desgracia, no existe escenario posible donde el niño se salve y yo sobreviva.

—¡No! —exclamó Mando—. No irás a ningún lado. Te necesitamos.

—Por favor, dime que el niño estará a salvo bajo tu cuidado.

—Pero te destruirán...

—Y ustedes vivirán, y yo habré cumplido con mi propósito. —Miró al mandaloriano—. No hay nada por lo que sentirse triste. Nunca he estado vivo.

—No estoy... triste —farfulló Mando.

—Sí lo estás. Soy un droide niñera y analicé tu voz. —IG bajó la mano y pasó su dedo mecánico sobre el rostro del niño en una actitud casi tierna.

Luego se dio la vuelta y bajó del bote hacia el chisporroteo de la lava derretida.

CAPÍTULO



MANDO Y LOS OTROS se quedaron de pie sobre el bote, observando a IG-11 vadear entre la lava y avanzar hacia la salida. En el exterior, en la boca del túnel, el pelotón de stormtroopers se adelantó con los blásteres dirigidos a él cuando salió a la luz.

—El protocolo del fabricante dicta que no puedo ser capturado —explicó IG y el detonador implantado dentro de su cuerpo empezó a pitir deprisa—. Debo ser destruido.

La parpadeante luz del detonador se puso en rojo. La explosión fue gigantesca.

* * *

A medida que la barca flotaba fuera del túnel, Mando vio los cuerpos de los stormtroopers tirados a ambos lados de la ribera del río, rodeados del humo que se iba disipando. El droide lo había logrado. Consiguió salvarlos al dar su propia vida.

Se escuchó un clamor que cruzó el cielo. Mando volteó la cabeza hacia arriba con brusquedad y observó al caza TIE que descendía rugiente hacia ellos.

—¡Moff Gideon! —gritó Cara y levantó su bláster. Mando y Karga se le unieron y empezaron a disparar hacia el caza que giraba arriba, con sus cañones disparando contra ellos.

—¡Falló! —exclamó Karga.

—No lo hará la siguiente vez. —Mando observó cómo el TIE se inclinaba, preparándose para una segunda vuelta.

—Oye, pidámosle al bebé que haga esa cosa mágica con la mano —sugirió Karga. Miró esperanzado hacia el niño y empezó a sacudir los dedos—. ¡Bebé, haz la magia con la mano!

El niño lo miró y empezó a saludarlo con la mano y a balbucear. Karga suspiró.

—Se me acabaron las ideas.

—A mí no. —Mando levantó la mochila propulsora que la armada le había dado y la colocó sobre su espalda. Podían ver que el caza TIE de Moff Gideon se encaminaba hacia ellos y disparaba sus cañones. Esta vez no fallaría.

El mandaloriano activó los propulsores y voló directo a lo alto para dejar que el TIE pasara debajo de él. Disparó su cable de sujeción para engancharse a la nave y

sintió el fuerte tirón que lo hizo mecerse por todas partes en el cielo abierto.

Mando activó de nuevo la mochila propulsora y se impulsó al frente para aterrizar sobre el domo de la cabina del caza, donde miró el rostro sorprendido de Gideon. La boca de este se retorció con una mezcla de ira y decisión. Mando apuntó su bláster a la escotilla, pero la puerta de la cabina se mantuvo firme.

Gideon dio un abrupto giro a la izquierda que inclinó de lado la nave, lo cual soltó a Mando de la cabina mientras el caza trazaba una espiral. El cazarrecompensas soltó un quejido y se deslizó por el conector izquierdo de la nave para sostenerse con todas sus fuerzas. Jaló un detonador de su cinturón y lo fijó en el conector.

Luego se soltó.

* * *

Abajo, Cara y Greef Karga observaron cómo explotaba todo el lado izquierdo del caza TIE de Moff Gideon. La nave se desequilibró y se precipitó a toda velocidad hacia el suelo, donde estalló en una distante nube de humo.

Un momento más tarde, el mandaloriano bajó frente a ellos hasta aterrizar y luego se irguió con un suspiro.

Karga y Cara caminaron hacia él.

—Eso fue impresionante, Mando. Muy impresionante —dijo el agente del sindicato, asintiendo—. Parece que tus tarifas del sindicato acaban de aumentar.

—¿Hay más stormtroopers? —preguntó el mandaloriano.

—Creo que limpiamos la ciudad —dijo Cara—. Estoy pensando en quedarme, solo para estar segura.

—¿Te quedarás aquí? —preguntó Mando.

—¿Por qué no? —Karga hizo un ademán hacia la ciudad—. Nevarro es un planeta muy bonito y ahora que la escoria y los villanos fueron eliminados, otra vez es muy respetable.

—¿Como nido de cazarrecompensas?

Karga lo miró de reojo.

—Algunas de mis personas favoritas son cazarrecompensas. Y tal vez —levantó la mano para posarla sobre el hombro de Cara— este espécimen de soldado podría considerar unirse a nuestras filas. Y tú, amigo... —Regresó su atención hacia Mando—. Te recibiremos con los brazos abiertos en el sindicato.

Mando volteó hacia el niño, que lo miraba con los brazos extendidos. El cazarrecompensas se inclinó y lo levantó para acunarla contra su pecho.

—Me temo que tengo asuntos más urgentes.

Cara se inclinó hacia delante y tocó la oreja del niño.

—Cuida de este pequeñito.

—O tal vez —intervino Karga—, él cuide de ti.

Mando asintió, volteó y encendió su mochila propulsora. Se levantó con el niño en brazos y volteó la cabeza para mirar hacia el paisaje que se iba alejando, y a las

dos figuras paradas allí que lo veían irse.

* * *

Una vez de regreso en el *Razor Crest*, Mando enterró a Kuiil, y dejó su casco y sus visores como un monumento en el sitio donde cayó el ugnaught. Llevó al pequeño a bordo de la nave, la encendió y puso en funcionamiento los motores.

El niño se sentó detrás de él y empezó a chupar algo. Mando se dio cuenta de que era el collar de mitosaurio que le había dado a Cara cuando la envió por el drenaje. De algún modo, el niño había terminado con él alrededor de su cuello y se lo llevó a la boca.

—No creí volver a verlo —dijo Mando y lo devolvió a la mano del niño—. ¿Por qué no te lo quedas un rato?

El niño lo tomó y se lo llevó de nuevo a la boca. El *Razor Crest* se elevó y despegó.

Un momento más tarde, ya se habían ido.

* * *

No pasó mucho tiempo para que los jawas descubrieran los restos del caza TIE. Aún con ese daño, había mucho que rescatar y empezaron a quitarle las piezas para llevárselas.

Un repentino sonido de chisporroteo brotó en el interior. Los jawas soltaron un grito de sorpresa y corrieron mientras la espada láser rebanaba la cabina desde el interior. Abrió un trozo más o menos rectangular de metal que se desprendió con una explosión.

Un momento después, Moff Gideon salió de allí, con el sable oscuro en la mano. Se montó encima de la cabina del caza y se paró con el sable que resplandecía en su mano mientras examinaba con ojos fríos y vigilantes el terreno que lo rodeaba.

«Las cosas cambiaron», pensó. Pero la situación no carecía de posibilidades.

Tenía mucho trabajo por delante.

El mandaloriano es uno de los mejores cazarrecompensas de la galaxia. Siempre obtiene su recompensa.



Su nave se llama *Razor Crest*.

Un ugnaught llamado Kuiil ayuda a Mando mientras busca su objetivo.



A Mando le sorprende descubrir que su objetivo es un niño.



Mando lleva al niño con el cliente, pero cambia de opinión y pelea contra sus guardias para recuperarlo.

**En el planeta Sorgan,
Mando se encuentra con
la antigua rebelde Cara
Dune y pelea con ella,
pero ambos son igual
de hábiles.**



**El niño observa con
calma la pelea entre el
mandaloriano y Cara
Dune.**



**Mando y Cara Dune ayudan a los habitantes de
Sorgan a pelear contra los invasores, quienes los
atacan con un caminante imperial AT-ST.**

En Tatooine, Mando hace equipo con un joven cazarrecompensas, llamado Toro Calican, para buscar a la asesina Fennec Shand.



Fennec se esfuerza por convencer a Toro de que la deje ir.



¡Al niño le encanta comer ranas!

Mando se junta con un equipo reunido por un viejo amigo para liberar a un prisionero de una nave de la Nueva República.



Mando se da cuenta de que tiene que enfrentar, de una vez por todas, a los que quieren al niño y le pide ayuda a Cara Dune.



Greef Karga, el contacto de Mando en el Sindicato de Cazarrecompensas, también le ayuda, después de que el niño le cura una herida en el brazo.



El niño está feliz mientras hace un vuelo de reconocimiento con IG-11 en un speeder.



Moff Gideon, del Imperio, llega a Nevarro con stormtroopers, reclamando al niño para sí.

La armera solda un sello sobre la armadura del mandaloriano.



IG-11 se sacrifica para que Mando y el niño estén a salvo.



El niño sabe que puede confiar en que Mando lo cuidará.

Aunque Mando y el niño escapan, Moff Gideon, quien empuña el sable oscuro, jura que lo encontrará.



¡El mandaloriano y el niño ahora son un clan de dos!